

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

LA CRUCIFIXIÓN DE LA HISTORIA

TOMO PRIMERO

ESPECTROS EN LA HOGUERA

REFLEXIONES I

Tuve un amor a primera vista con el tema de este escrito. Desde hacia tiempo estaba seguro, y esto me lo platicaba a mi mismo con frecuencia, de que las obras literarias verdaderamente significativas son resultado de una suerte de encuentro fortuito entre una capacidad estética, inquisitiva y exaltada, y un asunto imprevisto, tan idóneo como apropiado, que se afirma frente al acto creador como una cantera de posibilidades. La verdad es que en este mundo hay miles y miles de autores que no dan con su tema, que, capaces y entusiastas, no tropiezan con la materia, la trama o el contenido en y por el cual sus facultades artísticas podrían desenvolverse hasta acceder a sus mayores niveles de creatividad. Pero también es cierto que en el globo terráqueo hay miles y miles de temas que no dan con su autor, que vuelan por aquí o por allá, como gaviotas invisibles, sin que hallen al cazador que los convierta en alguna de las mil y una formas que puede asumir la belleza.

No todos los hombres o mujeres poseen lo que podríamos llamar "la sensibilidad afortunada para dar con el amor de su existencia". De la misma manera que en una reunión, en una velada o en un bar, puede estar sentada junto a nosotros, o no muy lejos, la "mujer de

nuestra vida" y, sin embargo -por no sé qué distracción o insensibilidad momentáneas- no reparamos en ella, es posible que un autor sienta, oiga y respire el tema que le tiene reservado el destino -o la casualidad, que es el nombre desacralizado de éste-y, no obstante, no lo reconozca y no se pare a decir: "Caray, ése es mi tema. Cómo no verlo. Cómo ser indiferente a sus encantos. Cómo darle la espalda". Tal cosa es posible. La ceguera puede meterle zancadillas al milagro.

Si Virgilio, Dante o Cervantes no hubieran escrito la **Eneida**, la **Divina Comedia** o el **Quijote de la Mancha**, serian grandes, vigorosos, imprescindibles escritores. Pero no las luminarias que son. Estos artistas no sólo encarnan la innegable importancia histórica de todos sabida, sino que aparecen geniales por una sola razón: no se alzaron de hombros al paso de su tema. No hicieron muecas de desdén. No tuvieron dudas frente a la mirada prometedora que les enderezó un asunto preñado de posibilidades. Supongamos por un momento, que el autor de **La Galatea** y **El licenciado Vidriera** pensara: "Quizás fuese atractivo facer una obra de ficción (para criticar las obras de caballería) en que aparecieran un hijosdalgo loco y un su escudero, etc". y que, después de meditar un poco en ello, decidiera hacer a un lado dicha historia por no hallarse convencido de ella. Supongamos por un

momento esto, y se nos revuelven las entrañas. Afortunadamente Cervantes, y todos los grandes de la literatura universal, tenían el envidiable don de leer de golpe en el jeroglífico de las situaciones la existencia de una trama recóndita y huidiza. Afortunadamente.

Supieron dar con su tema. No confundirlo ni confundirse. Tuvieron la audacia de enamorarlo, seducirlo y hacerlo suyo. Temerarios, se volcaron en él a la búsqueda del paraíso y la historia y la trama o la temática no los defraudó.

Nunca me ha convencido la tesis espiritualista de la inspiración como un **mensaje de la divinidad**. Ni creo que las musas sean recaderas del cielo. Me parece, más bien, que la inspiración es un estado de ánimo exaltado. Un poner la conciencia y el alma entera en trance de recibir, capturar, comprender. El grado supremo de inspiración se lleva a cabo cuando la pasión lírica ve pasar a su tema, alarga los dedos y no hay poder humano capaz de detener el idilio. El secreto de la inspiración es el azar. Así como **casualmente** un individuo conoce a otro o una persona vive una experiencia inesperada, también el poeta halla fortuitamente el objeto de su inspiración. Lo halla y sin pensarlo dos veces se

.arroja a él. La inspiración es, entonces, la capacidad y el acto de volcarse sobre la imagen, la metáfora, el argumento o el tema que permiten, abriéndose, que el creador despliegue al máximo sus capacidades creadoras.

¿Cómo distinguir, entre tantos, **mi** tema? ¿Cómo saber que de **él** se trata? La inspiración lo intuye, lo olfatea, pero puede errar e internarse en un camino inhóspito o en un callejón sin salida. El tema tiene que ser develado y elegido. Pero una vez que se halla en nuestras manos, depende de él, de sus entrañas, sus galerías y sus secretos que el acto creador se profundice y extienda hasta que logre proporcionarnos la criatura de sus desvelos. Todo tema es, digámoslo, como una mina. Uno puede arrojarse a ella a la busca nerviosa de metales preciosos. Pero hay minas que carecen de vetas o que, de tenerlas, se hallan agotadas con el paso del tiempo. La diferencia, entonces, entre un tema cualquiera y el tema reservado a mi numen por los dioses, es que mientras el primero es una mina sin vetas -parecía gozar de muchas pero se revela ante el trabajo como empobrecida y estéril-, el segundo es el ámbito del cual, inagotablemente, se van extrayendo y extrayendo las ilimitadas posibilidades de la creación.

ANTESALA

Lo primero que va a obsequiarte este libro, oh lector, es un rompecabezas. Extiende la mano. Muy bien. Lo que tienes ahora en la palma no es demasiado grande pero, como posee todos y cada uno de los elementos que definen a este juguete, puede servir satisfactoriamente para que hagamos ciertas meditaciones.

La fabricación de un rompecabezas, de ese objeto cuadriforme donde reposa una pintura o una fotografía y que puede desestructurarse o estructurarse a voluntad, no ofrece al parecer dificultades: sobre un cartón se pega un paisaje, un retrato, la reproducción de una pintura famosa (de Lucas Cranach, de Botticelli, de Goya o de Tamayo), se toma a continuación una navaja o unas tijeras y se desmenuza o fragmenta en un número indeterminado de piezas irregulares. El problema no está, pues, en la manufactura de este juego de salón. Los problemas residen en otra parte. Las complicaciones caen sobre los dedos, nublan la mirada e hincan sus raíces en el cerebro, ennegreciendo de golpe la materia gris, cuando se trata de rearmar el pequeño cosmos convertido, por obra y gracia de la mano que revuelve los fragmentos, en un caos que exige la

presencia del lúdico demiurgo que ponga orden en esta realidad hecha trizas. ¡Extraño entretenimiento éste: quebrarse la cabeza en hallar cómo recomponer lo deliberadamente destrozado! Pero, a decir verdad, esta diversión no es ni exótica ni inusual. Es un pasatiempo en que la cabeza juega a tener neuralgia, la astucia a burlarse de las bravuconadas del reto, la paciencia a enmendarle la plana a la entropía.

Cuando el jugador tiene en la mesa y frente a sí el cúmulo cabal de piezas, debe poner en marcha un movimiento ordenador que podría compararse con un dispositivo erótico descomunal: es preciso que se lleven a cabo innumerables coitos, un sinfín de besos e incontables abrazos. En esta fantástica orgía, una pieza puede contener dos protuberancias dinámicas y una cavidad pasiva. Dotado tan generosamente, intentará llevar a cabo una doble penetración en dos piezas que posean dos huecos accesibles y hasta demandantes, y al mismo tiempo esperará rendirse lo más pronto posible a los requerimientos de una turgencia apremiante. A veces dos piezas no se interpenetrarán como buscando intercambiar sus órganos internos, sino simplemente acercarán dos partículas románticas de sus respectivos flancos para eternizar un ósculo. Otros fragmentos, en fin, se apretarán uno a otro, sin besarse ni penetrarse, como dos novios que alcanzan lo

que podría llamarse "los orgasmos de la virginidad" con el solo hecho de anular la distancia y poner a dialogar a sus poros. Cuando se termina por armar el rompecabezas no sólo se reconstruye un mundo -y se ven unos perros, por ejemplo, que corren tras unas niñas que van en pos de un crepúsculo-, sino que se erige la bacanal ingente indispensable para recomponer la escena o el paisaje conformado por piezas que tienen a lo que se ve sus contornos untados de libido.

El proceso de armar un rompecabezas está plagado de dificultades: cuando, verbigracia, se trata de unir dos piezas, en las cuales campean dos colores distintos que solicitan ayuntarse para formar sendas continuidades cromáticas, la conjunción resulta fácil y la recuperación del orden se lleva a cabo sin tropiezos. Pero cuando en un par de piezas hay un mismo color -digamos dos matices del azul con que nos habla el cielo- es casi imposible a veces encontrar que ambas congenian entre si y desean deshacerse del ropaje del espacio para dar con el orgasmo de su unidad.

Nada hay peor, no obstante, que imponer o forzar un acoplamiento. Cuando nos imaginamos que a la forma de un hueco corresponde la morfología de una prominencia, pero no advertimos las pequeñas diferencias que impiden la armonía sexual, e

intentamos, obstinada y artificialmente, que se lleve a cabo la **entrega** de una pieza a otra, dicha terquedad, tarde o temprano, nos evidenciará que no sólo estamos frente a una forma de violación, sino ante una vía falaz o una vereda inaccesible que no nos permitirá armar nuestro objetivo. La ley de los acoplamientos es, pues, la química, el coqueteo, la atracción de unos fragmentos por otros.

Sin embargo, una vez que se vencen las mil y una dificultades que se hallan diseminadas en el rompecabezas desarmado, qué placer se siente cuando se termina la faena o cuando hay sólo dos o tres pequeños vacíos irregulares en el tablero que dan voces y voces para ser rellenados por sus equivalentes corporales. Es la felicidad de saber que nos hallamos en el momento de dar los últimos retoques al milagro.

LIBRO PRIMERO

ALGO SOBRE EL "DIABÓLICO OFICIO"

PRIMERA PARTE.

ANDANZAS Y MALANDANZAS DE UN INQUISIDOR ALEMÁN

Capítulo I.

En que, amén de aludir a las herejías principales del siglo XIII, se narran algunos aspectos de la vida y la obra de Konrad de Marburgo.

Cuando una afirmación pretende ser verdadera y, más que nada, cuando una verdad tiene la arrogancia de presentarse como absoluta, alrededor de ambas aparece un olorcillo a sangre. La afirmación convertida en verdad y la verdad transmutada en evidencia exigen su propagación. Una verdad definitiva, producto de la revelación o de las aptitudes instintivas de un individuo privilegiado, no puede ser sedentaria ni conformarse con el ejercicio del poder en el reducido espacio de sus dominios. Esa verdad arroja a los hombros de sus apóstoles o sacerdotes un imperativo categórico: han de ser misioneros. Toda **buena nueva** tiene un cosquilleo en los pies. Le asquea el provincianismo. Desea salir. Correr mundo. Pero a veces su periplo es abruptamente interrumpido. La persuasión -su más seguro salvoconducto para desplazarse de un lugar anímico a otro-sufre quebranto y choca con una duda, una negativa o un simple alzarse

de hombros. A los feligreses de la verdad, entonces, se les traban las mandíbulas y se les crispa la iracundia. Cuando el **evangelio** no puede continuar su odisea, cuando San Pablo enmudece, cuando el furgón cargado de los "es indudable", "no se puede negar que", "es evidente", "resulta claro como el agua", se descarrila y no puede proseguir su trayecto, la verdad se metamorfosea en fanatismo y la intolerancia canta victoria. El misionero ya no persuade, sino obliga, ya no da palmadas en la atención, sino tuerce el brazo, ya no escucha para hablar, sino grita para no oír. Cuando el espíritu misionero fracasa, nace la inquisición. Detrás de la verdad se encuentra el diablo. Las **escrituras** hieden a sangre.

Todo lo anterior no pasó nunca por la mente de Konrad de Marburgo. El creía, si, que la verdad debía ser defendida a capa y espada. Pensaba que el poseedor de la verdad peca si no la comunica. Llevando a sus últimas consecuencias esta idea, creía que la tolerancia era una concesión de los creyentes al Demonio. El mundo se hallaba dividido en dos tipos de hombres: los que, a partir del **evangelio** de Jesucristo, de la autoridad del Papa y del gobierno de la Iglesia, se hallaban en el redil de la doctrina, y todos los demás... Obligación de los primeros era,

por un lado, atraer a los otros al territorio espiritual del cristianismo y, por otro, cuidar que las ovejas del Señor, que viven en el **lado de acá**, en el disfrute de la revelación y el dogma, no den un mal paso ni un peor pensamiento. Tolerar las convicciones y las creencias de los **otros**, o las desviaciones de los **nuestros**, no debía ser considerado como un acto de magnanimidad y rectitud -como lo juzgan algunos individuos supuestamente avanzados-, sino de condescendencia con los aspectos más brutales y demoniacos que hacen acto de presencia **en** ciertos hombres y mujeres. Konrad no se cansaba de afirmar que el **diferendo** entre el dogma y la herejía, la verdad y el error, la revelación y el intelecto, no era una mera contraposición de opiniones -frente a la cual podía ejercitarse una paciente indulgencia-, sino que se trataba de un antagonismo derivado del hecho de que detrás de una creencia se hallaba Dios y detrás de la otra -más que nada de las herejías- se encubría Belcebú.

Konrad hablaba de esto en todas partes y de modo exaltado. Su púlpito, en permanente denuncia del pecado de soberbia, semejaba la incubadora de ominosos fuegos de artificio que, con su ascenso y caída desde el firmamento, parecían ilustrar incansablemente la pasión icariana de Lucifer... Las prédicas de Konrad llegaron a oídos del Papa. Inocencio III padecía de un

permanente dolor de cabeza, de una migraña teológica, por así decirlo, provocada por el florecimiento y la consolidación de varias herejías. En 1200, en efecto, un par de años después de que fuera elegido papa, existían, vivas y pujantes, seguras de sí y provocadoras, dos grandes herejías: la de los **cátaros** y la de los **valdenses**¹.

La herejía de los cátaros, de la única que vamos a hablar aquí, no sólo repugnaba al papa, a los teólogos romanos y a la Iglesia en su conjunto por su fuerza, su extensión y su contumacia, sino por la violenta contraposición de sus creencias con los conceptos cristianos aceptados por la tradición y ratificados por diversos concilios, bulas papales y encíclicas definitivas del acervo de principios dogmáticos. Los cátaros eran los herederos del dualismo mazdeísta (que habla de Ormuz, el bien y la luz, y Ahrimán, el mal y la sombra) y del maniqueísmo (aquella doctrina del siglo III² que habla asimismo de dos principios: el del Bien y el del Mal). Los cátaros habían conservado y actualizado

¹ La secta de los **cátaros** parece haber surgido, en los siglos XI-XIII, de la prédica de los **bogomilos** (o **búlgaros**). Era el nombre común de místicos heresiarcas que se extendían por diversas regiones de Europa. En el mediodía de Francia, se les llamaba **albigenses**; en el norte de Francia **publicanos**; en Dalmacia y en Italia del norte **patirinos**, en la región del Rin, **ketzer**... Los **valdenses** pertenecían a la secta fundada por Pierre Valdo. Con el nombre de "pobres de Lyon" se separaron de la Iglesia en 1179. De cismáticos se convirtieron en herejes y fueron excomulgados en 1184.

² Fundada por el persa Urbico o Cúbrico que después tomó el apelativo de Manés, de donde se deriva su nombre.

las tesis fundamentales de sus predecesores: creían en un Dios bondadoso, creador del mundo inmaterial, y en un Dios malo y demoniaco, creador del mundo material. Los más cultos de entre ellos conocían las invectivas de San Agustín y de los padres capadocios contra el maniqueísmo. Sabían que el Obispo de Hipona había dicho en sus **Confesiones** que: "el mal no es otra cosa sino privación del bien, hasta llegar al mayor mal, que es la nada y privación de todo bien". No ignoraban, de acuerdo con esta tesis nihilizante del mal, o del mal como un mero no ser, que ni Dios ni el Demonio podían crear algo que, como el pecado, carece de entidad y se define sólo por la ausencia de su contrario. Para la teología cristiana, desde el Pseudo Dionisio Areopagita en adelante, ni Dios es el hacedor de la maldad que impera en el mundo, ni tampoco lo es el Demonio. El Diablo no es su creador -porque no es concebible dar a luz una nada-, sino que es sólo su infatigable instigador. En esta doctrina no hay lugar, pues, para un dualismo teológico como el defendido por los maniqueos. Los cátaros veían las cosas de otra manera. "La realidad de la maldad y el infortunio -decían- es tan evidente o más que la de la virtud o la del bien. En todas partes y en todas las épocas el mal existe, produce efectos, encarna maldiciones, desencadena tempestades y cultiva angustias. Si somos

sinceros, a veces lo vemos hasta adueñarse de nuestra intención y normar nuestra conducta. La realidad, la existencia perenne de la maldad y del pecado no puede ser anulada, como quieren los ortodoxos, por el acto de prestidigitación de una sutileza teológica. Si la desdicha es inherente al mundo material, alguien debe ser su gestador. No es concebible pensar que Dios, la suma perfección y la bondad suprema, haya sido el padre de tal engendro. No nos queda otro camino, por consiguiente, que considerar al Maligno -con la permanente participación de los hombres, desde luego- como el causante de tanta y tanta desgracia. Como el Diablo, por otra parte, no puede ser criatura del Señor, porque el Bien más alto no puede manchar sus manos con la gestación del Mal supremo, no queda otra posibilidad, a la cual nos atenemos, que la de pensar, creer y sentir que no sólo hay un principio del Bien, generador del mundo espiritual, sino también un principio del Mal, creador del mundo material, y que ambos son contrarios y con frecuencia excluyentes, pero también coeternos".

No es difícil entender por qué esta concepción de los cátaros, tan sencilla como ingenua³, atrajo a

³Y aquí conviene hacer énfasis en el hecho paradójico de que los principios maniqueos (o cátaros), eliminados de la teología y combatidos a sangre y fuego, no pudieron jamás ser erradicados de la feligresía cristiana, ortodoxa

tanta gente, a lo cual ayudó el comportamiento incorrupto y bondadoso de los **perfecti**, o sacerdotes cátaros, que supieron atraerse a las mujeres y hombres asqueados del boato y **la** corrupción de la Iglesia y atormentados por las dudas que les despertaban los principios teológicos a partir de los cuales se edificaba la moral cristiana ortodoxa. Los cátaros se hallaban bien organizados además. En efecto, a principios del siglo XIII, aquellos que vivían en Italia y Francia se encontraban agrupados en diócesis, encabezadas por un obispo a quien auxiliaban un **filius minor**, un **filius minor** y un **diácono**. El catarismo encarnaba una amenaza política permanente contra el papado, y así lo juzgaron Inocencio III y Gregorio IX. En su anhelo de perfección espiritual, los **perfecti**, seguidos de sus feligreses, rechazaron el cristianismo ortodoxo porque, a su parecer, había entrado en componendas con Satán: concedía un valor exagerado a la carne y demasiado poco al espíritu. A fines del siglo XII la mayor concentración de estos herejes se localizaba en Toulouse, Agen y Albi, esto es, en el sudoeste de Francia. A la población de Albi le deben los cátaros de Francia su nombre de **albigenses**. Inocencio acarició la idea de usar la fuerza militar contra estos herejes del

o no. El pueblo cristiano no puede dejar de pensar, por lo visto, en términos del Bien y el mal de Dios y el Demonio.

Languedoc cuando en 1207 indujo al rey Felipe Augusto de Francia a lanzar sus ejércitos contra los albigenses en el momento oportuno. Inocencio halló el pretexto adecuado para impulsar finalmente la **cruzada contra los albigenses** cuando fue asesinado, al inicio de 1208, Pierre Castelnau, monje cisterciense y legado del papa. El Languedoc incendiado de herejía estaba protegido por numerosas tropas, pero mayoritariamente mercenarias, que carecían de la capacidad, como se demostró, de salir triunfantes sobre los ejércitos cristianos y papistas del norte de Francia. Cuadyuvó a esta derrota, asimismo, la poca o nula coordinación que existió entre los nobles cátaros el visconde de Béziers y Ramon VI de Toulouse. En Béziers por lo menos siete mil personas fueron pasadas a cuchillo y la catedral -administrada por los albigenses- fue destruida. El "no he venido a traer la paz, sino la espada" se acomodaba, reinterpretrándolo, a los tiempos que corrían. Sin embargo, lo que pretendía ser una expedición punitiva de cuarenta días se prolongó de hecho a veinte años, aunque, hablando en rigor, la "cruzada" en cuanto tal terminó rápidamente en 1209. Pero e: problema no cesó en ese punto ya que la conspiración del papa, de: rey de Francia y de los nobles franceses contra los albigenses dispersó aún más a los cátaros - que huyeron ante los hechos de armas- orillándolos a internarse en Bohemia, en Polonia y, más que nada, en el

norte y centro de Italia. Cuando el papado diezmó al gran movimiento espiritual de la Provenza, la corte siciliana, encabezada por Federico II, acogió a los letrados y poeta: expatriados y les permitió soltar desde ahí sus invectivas contra "la Roma intolerante y cruel".

Capítulo II

Donde se habla de la adolescencia y el despertar de la sensualidad del futuro inquisidor alemán.

Konrad de Marburgo fue enviado por el papa Inocencio a la cruzada contra los albigenses. El sumo pontífice temía que las tropas francesas, formadas por gente sencilla y con características similares a los hombres y mujeres de Albi y de otras poblaciones del sudoeste de Francia, pudieran ser ganadas al ideario de los **perfecti**. Era necesario, por consiguiente, que algún teólogo de confianza, de sólidos conocimientos y de férrea voluntad, fungiera **como** ángel custodio, por así decirlo, de los ejércitos cristianos; que cuidara de su unidad, de su respeto al dogma, y estuviera a la altura del importante y significativo rol histórico a él encomendado. Konrad, no sólo desempeñó a la perfección los papeles de **vigilante teológico** de las tropas y de **teórico** de la cruzada "como acto de amor", sino que se distinguió por colaborar, llevando la cruz en una mano y la espada en la otra, en algunas de las matanzas más sangrientas de la pugna de la cristiandad contra los cataras franceses, remotos antecesores de los partidarios de la Reforma que vendrá posteriormente.

Con esto se inició, propiamente hablando, la carrera eclesiástica ascendente de este "servidor de Dios y del Papa", como se llamaba a sí mismo Konrad.

Nuestro alto dignatario de la Iglesia germana nació en la segunda mitad del siglo XII y murió en la primera del XIII. No poseía ningún título nobiliario, pero tampoco era siervo. Había nacido en Marburgo y descendía de una familia de artesanos, muy piadosos y trabajadores. Era un hombre mofletudo, rubio, con ojos azules, sudoroso y sensual. Su vida de niño consistió en ir del taller a la iglesia y de la iglesia al taller. Acabó por tener un franco y vívido sentimiento religioso; pero sus creencias y su vocación no podían eliminar lo que, en aquella época y desde mucho antes, se llamaba un "temperamento sanguíneo", y lo que hoy en día podríamos denominar un exaltado carácter **libidinoso**. Su padre dudó, durante la pubertad y adolescencia del chiquillo, si debía empujarlo a la carrera de las armas, a la del las letras o a la eclesiástica. Konrad, hacia los catorce años, no quería oír nada de las dos primeras carreras, pero tampoco se mostraba especialmente entusiasmado por la otra. Algo ocurrió, sin embargo, en su existencia que cambió su punto de vista y modificó su conducta. Seamos explícitos. La hermana de su padre, una ama de buen ver, joven, viuda, mujer que no contaba entre sus virtudes ni el recato ni la timidez, aunque sí la discreción y la envidiable sabiduría de saber guardar las apariencias, le echó el ojo a su sobrino. El ojo,

primeramente. Pero después los requiebros y las sugerencias llevadas a cabo en la parte trasera del taller, detrás de un portón, en la alcoba del mozo, o, esto ya de una manera más franca y decidida, en el pajar contiguo a la vivienda de la familia. Al muchacho no le disgustaron las insinuaciones. Pero el temor, un angelillo de la guarda enclenque y anémico que lo protegía, cada vez que la tía Martha se aproximaba a él sin ocultar sus intenciones, le ataba las manos, le cosía la boca y se ponía galope que te galope en su corazón. En cierta ocasión en que, en uno de los poblados vecinos de la ciudad, se organizó una especie de feria para la compraventa de ganado vacuno, caballar y caprino, el padre y la madre de Konrad, amén de sus hermanos mayores y su hermano menor, dejaron el taller y la vivienda y se fueron, como en un 'día de campo, al evento de marras. Martha, que se dijo indispuesta, y decidió guardar cama, permaneció en el hogar, con la única compañía del sobrino que, por mandato paterno, se quedó a cuidar el "negocio" y la morada. Una vez solos, Martha llamó a grandes voces a su sobrino. El, ni tardo ni perezoso, con un cierto cosquilleo en las manos, los pies y la entrepierna, se llegó rápidamente a la alcoba de su joven tía y se puso al lado de su cama Ella le dijo:

-Mi precioso Konradcito, me siento muy mal

-Pues, ¿qué le pasa, tía?

-Siento que algo me oprime en el pecho...

-¿En el pecho?...

-Sí, y tengo mucho, pero mucho frío.

-¿Quiere, tía, que llame al facultativo?

-No. No es necesario. Tráeme, por lo que más quieras, un cobertor.

-Claro que sí, tía, no se preocupe.

El muchacho salió a buscar una manta. Y tornó con ella. La extendió en el lecho y a lo largo del voluptuoso bulto de la viuda.. Y le dijo:

-¿Con esta frazada disminuirá el frío?

-Tal vez, Konradcito. Siento que ya empiezo a entrar en calor. Pero no. Mira cómo me castañetean los dientes. Tengo frío. Mucho. Mucho. Quizás demasiado.

-Ay, tía. ¿Qué quiere que haga? ¿Llamo al...?

-No. ¿Por qué no te acuestas aquí, junto a mí, para darme calor?

El muchacho comprendió de golpe lo que su tía se traía entre manos. Y también entre piernas. Fue preso, nuevamente, de temor. Pero el diablillo del deseo, de la mano de la diablilla de la curiosidad, lo empujaron a levantar las mantas de la cama y a colocarse junto a su friolenta tía. Esta murmuró entonces:

-No, hijo mío, así no.

-Pero me decía que...

-No, vestido no. Desnúdate, como yo lo estoy haciendo, para que el calor de tu cuerpo se una a la falta de calor del mío y me traigas la salud.

Los dos cuerpos desnudos se entrelazaron. Y Konrad, el futuro gran Inquisidor, perdió entonces el temor primero, la vergüenza un poco después y la virginidad por último. El mozalbete se sintió transportado materialmente al paraíso. Sus manos recorrían con plena libertad todos los escondrijos del placer. Su masculinidad fue llamada a rendir cuentas una vez y otra y otra, hasta que Martha, tan fatigada como feliz, le musitó:

-Konradcito, sal de la cama y vístete. Y, no sin una expresión de inocultable arrobamiento, se levantó de la cama. Ella exclamó entonces:

-Cierra la puerta en cuanto salgas. Ya es hora de que vuelvan todos.

-Sí, tía.

-Oye, sobrino, quiero que me jures algo...

-¿Qué, tía?

-Que a nadie vas a hablar de la medicina con que me curaste. ¿Lo juras?

-Claro que si, mi tiíta.

Pero Konrad, al prestar su juramento, estaba pensando en su padre, su madre y sus hermanos. A

ninguno de ellos, en ninguna circunstancia, les contaría lo pasado entre tía y sobrino. No obstante, Konrad no había incluido en este juramento a su padre confesor...

El sacerdote Wilhelm von Raff estaba obsesionado con la idea del infierno. No pocas veces, durante la noche, soñaba que una llama del averno incendiaba su cama y le chamuscaba la materia gris. A veces, se imaginaba ser víctima de una tortura inimaginable ejercida en su cuerpo por un equipo de demonios que empleaban instrumentos complicados, empulgueras y cabrestantes, para producir sufrimientos inéditos y refinados. Estas fantasías, imaginaciones o delirios no se debían a malas conductas, sino a pensamientos sospechosos. Raff no podía impedirlo: tenía una franca e irrefrenable proclividad a pensar en lo prohibido. Pero también a arrepentirse de ello. Las pesadillas que lo embargaban durante la noche, pero también en el día, era probablemente la variada forma, amarga y lacerante, que asumía su sentimiento de culpa. Wilhelm, bondadoso por naturaleza, cuando escuchó de labios de Konrad, en el confesonario, cómo su joven discípulo había caído en el "pecado de la carne", decidió mostrarle qué significado tenía pecar de esa manera y qué futuro aguardaba **post mortem** a quienes

habían ofendido con sus actos a su Creador. El cuadro que le pintó del infierno fue tan elocuente, tan preciso, tan detallista, tan pavoroso que Konrad, alma sensible y crédula, le creyó a pies juntillas y, a partir de ese momento -porque con anterioridad casi no había pensado en la cámara de tortura que, según se dice, nos aguarda a los pecadores tras la muerte-, el joven recientemente desvirginado se prometió a sí mismo no reincidir jamás en una conducta lujuriosa.

Konrad, tiempo después, se ordenó sacerdote e hizo votos de castidad. Ya en esta época, la continencia sexual era obligatoria para quienes decidieran dedicarse al servicio de Dios. Como es sabido, los apóstoles y los hermanos del Señor tuvieron mujeres, al igual que San Pablo y muchos padres de la Iglesia, obispos diáconos. Pero, poco a poco, y por varias razones que no trataremos aquí, se fue imponiendo, de manera incontenible, la práctica, por lo menos formal, de que los párrocos y sacerdotes no contrajeran nupcias ni se entregaran a ningún acto sensual deshonesto. Finalmente, a fines del siglo XI, el papa Gregorio VII decretó la obligatoriedad del celibato para los clérigos. Konrad optó, pues, por el celibato. Pero, con ello, los problemas de su padre confesor resurgieron en él,

aunque corregidos y aumentados. No volvió a tener nunca relaciones carnales. Pero no le fue dable eludir el pensamiento pecaminoso. Y lo que es más grave, no pudo evitar cierta práctica masturbatoria, profundamente clandestina, de la que se avergonzaba cada vez más, pero que se le imponía siempre. Se masturbaba, entonces; sentía que estaba pecando, que se traicionaba sí mismo y que los demonios se frotaban las manos y se relamían, complacidos, los labios. Para redimirse del pecado, Konrad pensaba que no había nada mejor que liquidar herejes. La manera óptima de servir al Señor consistía en diezmar las huestes del demonio. Nuestro hombre, sin embargo, después de cada matanza de cátaros, advertía el tufillo de una duda. ¿Y si no todos se hallaban endemoniados? ¿Y si algunos simplemente eran ignorantes y víctimas del engaño? Estos escrúpulos no lo dejaban en ocasiones dormir. La frente se le perlaba. Sentía una profunda enervación corporal. Y al llegar a ese estado de alma, nervioso y exaltado, nada lo lograba tranquilizar como la masturbación. Y vuelta a las andadas...

Capítulo III

Donde se alude al confesor de Isabel de Turingia

La posición social y eclesiástica de Konrad fue mejorando gradualmente hasta que en 1225 se le ofreció el cargo de confesor de Isabel de Turingia -posteriormente canonizada-, esposa del Landgrave Luis IV de Turingia. Podemos hacer este símil: así como el escultor, con su cincel y su martillo, arranca una estatua de la materia prima de la roca informe, Konrad, a punta de mandatos y recriminaciones, obtuvo una santa a partir de la sustancia moldeable de una recta mujer. Isabel admiraba profundamente a su confesor. Nadie sabía tanto de las cosas celestiales como él. Su abnegación, su celo, su espiritualidad no tenían límites. Es verdad que era severo, pero tal cosa, lejos de ser vista por ella con malos ojos, le satisfacía plenamente. Es cierto que, cuando Isabel confesaba sus pecados -a decir verdad bastante deslucidos e insignificantes-, él estaba dispuesto a perdonarla y absolverla si y sólo si llevaba a cabo una penitencia dura y en ocasiones dolorosa. Pero esto se debía a que Konrad estaba persuadido -idea que Isabel fue compartiendo poco a poco con él- de que la manera más perfecta de acceder a Dios era el dolor físico. Las plegarias

estaban bien. La decisión de no reincidir en la falta resultaba espléndida. Pero el sufrimiento - hambre, sed, frío- constituían la vía más segura para que Dios volviera sus pupilas misericordiosas hacia el afligido, escuchara su voz y perdonara sus debilidades. Esta es la razón por la cual Konrad empujó a Isabel a comprar un látigo o flagelo. Y, a partir de la adquisición de éste, recomendaba a su pupila, cada vez que se enteraba de que ella había realizado una falta, por mínima que fuese, que, a guisa de penitencia, se propinara un número determinado de golpes. La flagelación punitiva fue, al principio, no demasiado rigurosa: dos o tres golpes en la espalda y nada más. Pero después, con el paciente y hasta alegre consentimiento de ella, los fuetazos fueron más numerosos e intensos: ella se vapuleaba los hombros, la espalda, las piernas, el vientre. Isabel no le contaba nada de esto a su esposo. Las penas que le imponía su confesor eran un secreto entre él y ella, y la hora y el lugar en que Isabel se martirizaba también eran ocultadas al Landgrave. La práctica cotidiana de la vapulación terminó, sin embargo, abruptamente. He aquí por qué. Isabel, que era muy dada a la meditación, pensó una vez que la existencia de imágenes en los templos -la efigie de San Agustín aquí, la de San Esteban allá, la de una constelación de arcángeles y potestades en

el techo, la del Dios **trino y uno** en aquel altar-atentaba contra el carácter verdaderamente espiritual e intimista de la fe cristiana y la mancillaba con representaciones materialistas y vulgares. En realidad, Isabel estaba coincidiendo en esta manera de pensar con la tendencia "iconoclasta" (o de repudio al culto de las imágenes) apoyada por el emperador bizantino León III y sus seguidores, y con las futuras posiciones reformadoras de Lutero, Melanchton, Zwinglio y Calvino.

Cuando Konrad supo de labios de su penitente el pensamiento que había rozado su cabeza, montó en cólera y dijo a Isabel:

-¡Eso es una herejía! Algo que debes desechar de inmediato. Creo que te has vuelto en extremo blanda contigo misma. Tus látigos y cilicios permanecen apáticos e inútiles. Debes purificar tu cuerpo por medio del dolor físico para que ninguna idea pecaminosa, ninguna desviación doctrinal, ningún punto de vista influido por o coincidente con los herejes, penetre en tu conciencia y contagie tu espíritu.

Tomó entonces el látigo que se hallaba en la mesa. Unas venas se le insinuaron en la frente. Las mejillas se le colorearon. Y, al tiempo en que sus

ojos producían una mirada acerada y colérica, soltó un latigazo en la espalda de la joven.

-Debes golpearte así. Así. Así.

La joven le hizo una seña de que se detuviese. Lo miró con extrañeza, pero también con simpatía. Salió del cuarto en que se hallaban. Se tardó unos momentos y tornó con los hombros y los brazos a la intemperie y vestida de la cintura arriba sólo con un corpiño.

-Padre Konrad, dígame cómo debo golpearme. Golpéeme. Golpéeme. Dígame cómo puedo purificarme.

Konrad tomó el flagelo y empezó a golpearla aquí y allá, cada vez con mayor fuerza, cada vez más violentamente, cada vez con mayor nerviosidad. Ella se retorció de dolor y al dolor iba unido otro sentimiento inédito e indefinible. Y él proseguía enardecido, furioso, fuera de sí hasta que...

Hasta que cayó en cuenta Konrad de que toda esa energía dedicada a la punición se le transformaba en orgasmo, en deleite innombrable, en placer demoniaco.

Quizás Isabel experimentó algo extraño también porque, en el momento en que Konrad se detuvo - asombrado de la húmeda consecuencia de su arrebató-,

ella sintió cierta vergüenza que la hizo retirarse estupefacta del sitio en que se encontraban...

El rumor de que la mujer se flagelaba llegó a oídos de Luís IV de Turingia. El no habla sospechado nada porque, desde hacia algunos meses, su mujer se rehusaba aceptarlo en su cama o a acompañarlo a la suya. Razón esta por la cual, Luís no habla descubierto el mapamundi de moretones que escondían los muslos de la dama o el estampado de estrías o cicatrices que ornaban sus hombros, su espalda y su tórax. Cuando se cercioró de que el rumor no carecía de base, presa de indignación se dispuso a despedir para siempre al confesor de su cónyuge y envió un emisario a la parroquia con un urgente citatorio para Konrad. El padre Konrad, por su lado, se hallaba a todo esto sumergido en una verdadera crisis emocional. Después de la última sesión con Isabel, se aposentó de su conciencia, con afanes autoritarios, el sentimiento de culpa. No podía dudarlo: al hacer restañar el látigo y al inflingir un dolor cada vez más penetrante en la blancura sufriente del cuerpo de doña Isabel, él trajo a su mente sin quererlo, su antigua experiencia, nunca olvidada, con su tía. Se sentía culpable. Se sabía tal. Había sido cómplice de una de las tortuosas jugarretas del Maligno. Decidió, pues, renunciar a su cargo de confesor de Isabel.

Poner distancia entre la tentación y su debilidad, para dedicarse a la meditación y para hallar la forma, vía las obras o el servicio, de redimirse de sus pecados. Al hallarse frente al Landgrave, uno llevaba la idea resuelta del despido y el otro la decisión irrevocable de la renuncia. Después de las saluciones de rigor, en este caso frías y ostensiblemente formales, Konrad se adelantó al aristócrata: la renuncia se presentó con antelación al despido; el Landgrave se mordió la lengua, aceptó la separación del cargo del confesor y tendió la mano a la búsqueda de una despedida protocolaria.

Para no dejar ningún cabo suelto, conviene anotar aquí, aunque sea de pasada, que Isabel -una Isabel enferma, pálida, ojerosa, llagada- murió al poco tiempo en olor a santidad, aroma que salvó su mansión, aleteó hacia la Iglesia e invadió los pulmones del sumo pontífice, tras lo cual fue canonizada..

Inocencio III no sólo estaba interesado en las cruzadas contra los infieles musulmanes, sino también contra los infieles internos. Esta es la razón por la que quiso completar las **cruzadas exteriores** con el Islam, con las **cruzadas interiores** contra los cátaros, los valdenses, los bogomilas, etc. El papa envió a diversas partes de Alemania, tanto a la izquierda como a la

derecha del Rhin, a una persona de su confianza para hacerse cargo, entre otras cosas, de esa lucha heroica contra la epidemia de la apostasía: se trataba de Gregorio, su sobrino, el que, a su muerte, habría de sucederle con el nombre de Gregorio IX. Durante esos periodos en que Gregorio vivió en Alemania como legado pontificio de Inocencio III, Konrad tuvo el privilegio de entablar amistad con el pariente del sumo pontífice. Ambos congeniaron desde el primer momento. Los dos creían en la Verdad con V mayúscula y se sentían llamados por una voz -¿la de la providencia?- para defender su santuario y sus dominios de los heresiarcas. En 1227, ya siendo papa Gregorio, empleó a Konrad como inquisidor episcopal con licencia pontificia. Estamos en el momento, en efecto, en que nace el Santo Oficio, como lo llamarán después los españoles. No es preciso datar con precisión la fecha en que se fundó la Inquisición -esta cruzada interior contra los herejes, convertida en Tribunal de la conciencia-, pero puede afirmarse con certeza que se gestó entre 1227 y 1233, es decir, durante los primeros seis años del pontificado de Gregorio IX.

Capitulo IV

*En que se habla del **Concilio de fantasmas** que tuvo lugar en vísperas del nacimiento de la Inquisición.*

La gestación de la Inquisición medieval fue precedida por una suerte de **concilio de fantasmas**. No se trató de un concilio organizado por un emperador (como cuando Constantino convocó al concilio de Nicea en el siglo IV), ni por un sumo pontífice (como cuando el papa Inocencio III reunió al concilio de Letrán en el siglo XII). Fue un concilio convocado más bien por los tiempos o la historia de diversos pueblos, distintas culturas y diferentes épocas. No se trataba de fantasmas en el sentido habitual del término: de espectros inmateriales -o mejor, con una materia sutil que con frecuencia no logran percibir los sentidos, pero sí, invariablemente, los miedos que nos ahogan- de ánimas en pena que no acaban de irse de este mundo y que no terminan por perderse en el otro, de espíritus vagabundos cuya profesión permanente consiste en atemorizar a los individuos, paralizar a las viejas, enloquecer a los noctámbulos y dar al traste con los enfermos del corazón. Allí se presentó Maria Magdalena y su secreto -la pieza central y más importante del rompecabezas de la ilusión-, también hizo acto de presencia Judas Iscariote -precedido por una nubecilla de tercetos donde, con belleza suma, Dante registraba su

satanización, asimismo llegaron San Mateo, San Marcos, San Lucas y, ligeramente alejado de ellos, San Juan. El fantasma más importante de todos era quizás San Pablo: llegó con la lengua fatigada y los zapatos desgastados, con una sequía de saliva y una planta de los pies adueñada ya de la curvatura del planeta. Vino igualmente Constantino, quien no salía del asombro al ver las dimensiones que había adquirido la religión cristiana en la etapa histórica que va del siglo IV -en que él viviera- al siglo XII. Asistieron de igual manera varios fantasmas anónimos, pero cuya actividad en vida los convierte en verdaderamente significativos: los escribas y amanuenses que, por órdenes de Constantino, y bajo la supervisión del papa San Silvestre y la erudita vigilancia de Eusebio de Cesarea, se encargaron de establecer los documentos que conforman el dogma. No podían faltar, desde luego, San Ambrosio, San Agustín y el Seudo Dionisio Areopagita... Finalmente, para no mencionar a todos, arribó al concilio Carlomagno con toda su majestuosa presencia, orgulloso y seguro de sí.

Maria Magdalena jugó un papel esencial en el **concilio de fantasmas**. Pero no, como podría creerse, porque estuvo cerca de Jesús, porque lo acompañó al suplicio y porque, una vez crucificado y fallecido su Señor, tuvo el privilegio de que se le apareciese y

hablara con ella. No. La importancia fundamental de Maria en el **concilio**, aunque nadie lo sospechara, se debía a que ella había sido el "alma" del grupo de mujeres que, por el hecho de sustraer el cuerpo de Jesucristo de su tumba y de haberlo sepultado secretamente en Bétel, había creado las condiciones para que se propagara por todas partes la idea de que Jesús no sólo era un profeta -un santo varón que nace y muere- sino el Enviado por Dios, Dios El mismo, a redimir al género humano, como lo atestiguaba su resurrección. Si la convicción -la creencia, el sueño, el delirio- en el resucitamiento de un **ser humano** (que por dicha operación sobrenatural se muestra como **ser divinos** es una singular aportación de María a la construcción catedralicia de la religión cristiana, la traición de Judas -instrumento del Demonio para llevar al sacrificio y tal vez a la duda y al arrepentimiento a la segunda persona de la trinidad; pero también instrumento de Dios para el cumplimiento del Plan providencial de la redención y para la realización de lo profetizado por el Antiguo Testamento- es una colaboración esencial al edificio del cristianismo por parte de un discípulo **demoniaco** salido más de los **Hechos de los apóstoles** o del Cuarto Evangelio que de la visión más caritativa psicológicamente más verosímil de Mateo, posiblemente el primer evangelista. Un poco después de este Judas demonizado

-primer esbozo de Anticristo-, llegaron los autores de los Evangelios. Pero no vinieron los cuatro evangelistas originales, cargando bajo su axila sus cuatro libros, sino que se hicieron presentes cuatro personajes semi-legendarios cuya realidad histórica se hallaba circunscrita casi a la empobrecida "carne existencial" de **sus** nombres respectivos y cuyas producciones, redactadas muchos años después de la vida, muerte y resurrección de su Señor, no sólo eran resultado de una fe que construye una realidad -y no de una realidad que edifica una fe-, sino que se hallaban alterados, transfigurados, irreconocibles hasta convertirse no en **ventana para la verdad** sino en el más serio obstáculo para acceder a ella. Por eso los cuatro llegaron contradiciéndose sin cesar. Hablando de lo mismo de diferentes maneras o aludiendo a situaciones diversas del mismo modo. San Juan era el más espiritual de los cuatro. Los sinópticos -esto es, los otros tres- hablaban al vulgo, a los amantes de lo maravilloso y a los feligreses de la taumaturgia. El cuarto evangelista, con el apoyo de la filosofía neoplatónica, traducía el mito vulgar a la concepción del Verbo y lograba hacerse oír por los corazones y cerebros de la gente cultivada. San Pablo apareció como la figura fundamental del **concilio** por dos razones articuladas hasta ser una sola: porque le regaló a la Iglesia la palabra **ecuménico** y porque fue, modelado por

su propio entusiasmo, el primer y más grande sembrador de creencias cristianas que registra el universo mundo. Pero en el concilio no sólo estaban los cristianos perseguidos -por y desde Nerón hasta Diocleciano-, los cristianos opositores, los catecúmenos aplastados por el Imperio y víctimas del poder, sino también empezaron a aparecer varios representantes del cristianismo hecho poder, del cristianismo que, de oprimido, empezó a convertirse en opresor. Fue el momento en que se presentó un fantasma vestido con elegante **paludamentum** (manto de los generales) con ojos donde parpadeaba la astucia y con gestos y ademanes autoritarios: se trataba de Constantino. Roma quiso aprovecharse de los cristianos ---en tiempos de Constantino, primero, y de Teodosio, después- para resolver sus contradicciones y contrarrestar su irrefrenable impulso hacia la decadencia; pero fue el cristianismo el que, en mayor medida, se sirvió de Roma: la tomó como un trampolín para llegar a todas partes en propulsión de imperio. Antes, durante y, sobre todo, después del concilio de Nicea - en cuya convocatoria y organización tuvo mucho que ver Constantino- un número indeterminado de escribas, acatando órdenes superiores -que algunos hacían llegar al mismísimo Dios-, le enmendaron la plana a la historia y adulteraron todo lo que llegó a la mortífera epidemia de sus manos. No podía faltar en el **concilio**

de fantasmas la inteligencia profunda y ordenadora de San Agustín. Si en el sínodo de Nicea, primero, y por obra y gracia de los escribas y sus palimpsestos después, se pasó del caos al cosmos, del desorden doctrinal al dogma, de la anarquía de las creencias al armado rompecabezas de la ilusión, de la mezcla de lo humano y lo divino a un tajante deslinde que puso del lado de acá, del lado del **canon**, la verdad sacra, y del lado de allá, del lado de lo **apócrifo**, la fábula profana, San Agustín, basándose en la Biblia en general y en el Nuevo Testamento en particular, es el primero en crear una **filosofía cristiana de la historia**, esto es, una cosmogonía y antropogonía en que dos ciudades, la divina y la terrena, se hallan en perpetua lucha, enseñándose los dientes y arrojándose los puños, hasta que, como tenía que suceder, vence la divina. En este gran mural histórico-teológico no sólo aparece el Hacedor del mundo, la **creación** del cosmos, de los ángeles y de los hombres, sino el advenimiento de la redención en y por Jesucristo. **A** decir verdad, tan se influyen unos fantasmas a otros que, detrás **de** la cosmovisión del Obispo de Nipona, se halla María Magdalena y también el Judas satanizado y también... En una palabra, San Agustín tuvo ya frente a sí todas y cada una de las piezas del **rompecabezas del dogma cristiano** para poder hacer con ellas parcialmente, y con él en su conjunto, ése gran ordenamiento especulativo y

emocional que es su grandiosa y sorprendente filosofía de la historia. El **concilio de fantasmas** era inconcebible, en fin, sin la presencia de Carlomagno; pero no sólo o no tanto porque de alguna manera es el reconstructor del Imperio Romano de Occidente -sin España, es cierto, pero extendiéndose hacia toda Germania-, sino porque es el introductor, en la comunidad cristiana, de una nueva concepción de la militancia religiosa. Ante el empuje de los musulmanes, la cristiandad, encabezada por Carlomagno, empezó a concebir la idea de **cruzada** que no era otra cosa, en el fondo, sino una adopción por parte de los cristianos de la "guerra santa" del Islam. Carlomagno había tomado la decisión de imponer por la fuerza la fe de los conquistadores a los conquistados. Este Carlomagno apareció en el concilio y muy pronto hizo notar su voz...

El **concilio de fantasmas** que se realizó en las cabezas del papado, de los altos dignatarios de la Iglesia y de la mayor parte de los pensadores cristianos del siglo XIII, tenía, por lo visto, en vísperas de la génesis de la Inquisición medieval, un propósito claro y contundente: reafirmar el carácter universal o, mejor, universalizante del catolicismo romano. La ambición del cristianismo es ganarse al hombre. Ser uno con la especie humana.

Llamar al mundo **casa del cristianismo**. Por eso tiene frente a sí una tarea ilimitada: ganarse a como dé lugar a los heterodoxos, infieles, panteístas, librepensadores, ateos. A "como dé lugar" significaba, antes de acceder el cristianismo al poder: empleando todos los medios persuasivos y pacíficos posibles. A "como dé lugar" quiso decir, después de formar parte del imperio y, más que nada, después de Carlomagno y de su previsión de la cruzada: no retrocediendo ante ningún medio, pacífico o no, susceptible de traer al "otro" al redil de la Verdad. Ya no se trataba de iglesias diseminadas en el orbe: Roma aquí, Alejandría allá, Antioquia acullá, etc. Se trataba ahora de la Iglesia de las Iglesias. La Iglesia católica, como el medioevo al desembocar en el renacimiento, había transitado de la "feudalidad" de los obispos al "absolutismo" del papado. Roma había acabado por aparecer como la sede del monarca todopoderoso, representante indiscutido de Dios en el mundo y heredero de Simón, llamado **la piedra**. El ideal de esta "Iglesia de las iglesias" es que el tañer de sus campanas se escuchara en todos los continentes. Que sus himnos de San Ambrosio y sus cantos gregorianos fueran proferidos por el coro mixto de la especie humana tomada en conjunto. Que en el púlpito de esa Iglesia ecuménica no hablara un hombre, por sabio y bondadoso que fuera, sino el representante, el legado, el embajador

de la divinidad misma. En una palabra: el sueño del **concilio de fantasmas** era la ecuación de igualdad entre cristianismo y especie humana. Pero también en el mismo concilio tuvo lugar la toma de conciencia, la certidumbre de que la Iglesia católica del siglo XIII se hallaba rodeada de infieles -siendo los más aguerridos y peligrosos de ellos los musulmanes- y penetrada por toda suerte de herejías. Nada o muy poco podía ya la catequesis dulce y persuasiva o la evangelización desarmada. Ahora se requería echar mano de otros medios. No tener escrúpulos ante el cambio obligatorio de táctica. Eran necesarias, desde luego, las cruzadas **externas**. El Santo Sepulcro no podía seguir en manos de los voraces continuadores de Mahoma. Pero eran forzosas, asimismo, las cruzadas **internas** -como la llevada a cabo contra los albigenses. Se requerían, además, dos clases diversas de cruzadas: las **nómadas**, las que, vueltas "ejército espiritual", se desplazan de un lugar a otro -de Europa a Jerusalén o del Norte de Francia al Languedoc- y las **sedentarias** o "cruzadas convertidas en institución" que no se veían obligadas a convertirse en ejército para ir a combatir, sino que operaban o debían operar en las villas, poblados, ciudades combatiendo de manera tajante y frecuentemente sangrienta toda desviación del dogma y los cánones emanados del papado y de la Santa Sede. En estas condiciones era necesario que

naciera, como un brochazo de sangre a mitad del incienso, el tribunal de la Santa Inquisición.

Capítulo V

Que hace referencia al primer Inquisitor

Haereticae Privitatis

El papa Gregorio IX encontró a su hombre. El cerebro, el corazón y las manos de Konrad estaban hechos para deshacer entuertos de conciencia. El sacerdote alemán sabía descubrir la duda de fe o la desviación teológica en medio de las entretelas del fingimiento o en el litoral incauto de la ingenuidad. Sabía perseguir además los sofismas, o los errores-con-cara-de-verdad, hasta sus últimos escondrijos o hasta los sótanos de un inconsciente empolvado y sin barrer. Sabedor de todo esto, el papa encomendó a Konrad la tarea de combatir y exterminar la herejía mediante una bula llamada **Ille humani generis**, escrita en 1231 y expresamente dirigida a él. Esta bula tiene significado histórico: proporciona el primer esbozo o croquis del procedimiento que debe seguir la Inquisición. Sin proponérselo su autor, y sin reparar en ello su destinatario, la bula en cuestión era algo así como el avance descriptivo del infierno. Konrad se sintió a sus anchas. Su deseo, acariciado durante tantos años, de poder combatir **legalmente** a los infieles, o de hacerlo como encomienda del Señor y de su Iglesia, lo llenó de alegría y representó un día de fiesta para su

sadismo. Konrad fue el primer clérigo que en Europa ostentó el título de **Inquisitor Haereticae Privitatis**, con la obligación de investigar a las personas denunciadas, con el derecho de hurgar conciencias, con la autoridad de emitir juicios y con el privilegio de escoger castigos. Konrad se sentía como pez en el agua en las discusiones teológicas. Es cierto que casi no conocía a Pantenio, que muy poco había leído de Clemente y de su discípulo Orígenes, que no le había hincado el diente a Anselmo, el Arzobispo de Canterbury, y que únicamente estaba al tanto "de oídas" de Basilio, de Gregorio Nacianceno y de Gregorio de Nisa, pero se había pasado horas y horas leyendo a San Agustín y todas las concepciones de éste (desde la afirmación de que las "ideas" platónicas no eran sino pensamientos de Dios, hasta la concepción del libre albedrío condicionado por la gracia) le satisfacían plenamente y le proporcionaban un criterio para juzgar las controversias sobre el alma, sobre el cosmos y sobre Dios como **causa sui**. Ante las discordias que en 1231 estallaron en Renania, el papa Gregorio lo escogió como teólogo' especializado para zanjar las disputas. Tres sacerdotes -uno proveniente de Aquitania, otro del reino de Aragón y un tercero de Maguncia-sostenían una tesis (denegada tajantemente por un puñado de dignatarios de la iglesia germana) sobre el libre arbitrio. Konrad llegó a Renania, se enteró

del carácter de la disputa, se puso de acuerdo con los sacerdotes alemanes y después de sentenciar -"¡los tres sacerdotes disidentes son pelagianos!"- mandó organizar un sínodo o congreso eclesiástico para analizar la polémica. El cónclave debía durar tres horas. Él, como embajador del papa, intervendría en el momento pertinente con un discurso de una hora y media. Los tres sacerdotes inculpados tendrían el derecho de hacer uso de la palabra durante quince minutos **per capita** y todos los demás miembros del concilio que quisieran intervenir lo podrían llevar a cabo durante diez minutos cada uno. Al final de la sesión, Konrad se reuniría con otros cuatro miembros del Congreso - por él elegidos- para formar la Comisión Dictaminadora. Ya en la reunión los sacerdotes de Aquitania, Aragón y Maguncia, dado el poco tiempo que poseían para presentar sus ideas, se vieron incapacitados para exponer su posición con la claridad necesaria y los fundamentos deseables. Konrad habló y habló. Los acusó de seguidores de Pelagio. Citó las invectivas del Obispo de Hipona contra el pelagianismo, y los acusó de internar sus pasos por el lodazal de la desviación teológica. Los sacerdotes germanos restantes hicieron uso de :los diez minutos permitidos paera apoyar, uno tras otro, como loros, lo aducido por el prelado de Marburg. Los sacerdotes de Aquitania y Maguncia quisieron volver a hablar. El de

Aragón, desilusionado, no intentó hacerlo. Konrad, como presidente del cónclave, ya no permitió que nadie tomara la palabra. Pasó a formar la Comisión Dictaminadora. Y obtuvo de ésta, después de una rápida deliberación, una sentencia extremadamente rigurosa en contra de los tres clérigos portadores de concepciones y creencias tan erradas como inaceptables.

Konrad se volvió poco después en contra de los valdenses, la segunda gran herejía predominante en su época. A los seguidores de Pedro de Valdo los caracterizó sin más ni más como adoradores del demonio y les endilgó el epíteto de "luciferinos".

Los valdenses (u "hombres pobres de Lyon" como se llamaron inicialmente) eran, en realidad, una secta de cristianos fundamentalistas. En muchos aspectos representan un antecedente de la herejía reformista que Juan Hus propagaría en Bohemia en el siglo XV y de la reforma protestante con que Lutero, Melanchton, Zwinglio y Calvino conmovieron la Europa entera en el siglo XVI. A semejanza de Lutero que, como es bien sabido, se sirvió de las Sagradas Escrituras traducidas al alemán, una de las causas del gran éxito que lograron tener los valdenses fue que empleaban una traducción de los Evangelios al francés, realizada por el propio Valdo. Lo más esencial y característico de

la práctica de los "hombres pobres de Lyon" era que condenaban y combatían sin descanso la corrupción creciente de la Iglesia, y pugnaban por un retorno a los orígenes del cristianismo. A pesar de que el papa Lucio III había excomulgado a Pedro de Valdo en 1184, a principios del siglo XIII puede registrarse un claro resurgimiento de la herejía valdense (y la de los patarinos). Gregorio IX estaba convencido de que Konrad era la persona adecuada para acabar de una **vez** por todas con los brotes de "luciferismo". Cuando le tomaba el pulso al pueblo, cuando advertía que, a pesar de su espíritu religioso y su fidelidad a la Iglesia, la gente sencilla murmuraba contra los lujos desmedidos del alto clero, rechazaba la hipocresía y la corrupción de éste, y se hallaba abierto a ensayar un tipo de vida más acorde con las ideas del "Cristo pobre", Konrad se decía a sí mismo y a sus correligionarios de siempre -Konrad de Tor y Jean le Borgne- que el Diablo "se había ido a hacer política entre los parias y menesterosos". De manera similar a los capitalistas que piensan que la lucha de clases es invención de los socialistas, Konrad estaba convencido de que el anticlericalismo espontáneo de los pobres -y no se diga el más consciente y combativo de los valdenses- era el producto artificioso y repugnante de Lucifer. Pero Konrad llevaba su pensamiento más lejos. El Demonio -decía- sabe convivir con los pobres. Entiende sus

problemas demandas. Acepta gozosamente el pedazo de pan y la infusión de hierbas aromáticas que le ofrecen. Su destreza para hablarles se funda en su sabiduría para escucharlos. Nosotros, en cambio, altos dignatarios de la Iglesia romana, después de pasarnos la vida en los templos, los palacios, las casas campestres o las residencias de los villanos usureros o comerciantes, no sabemos cómo hablarle al pobrerío de la ciudad y de la aldea. Nuestra forma de vida es más elocuente que nuestras palabras. Y el pueblo acaba por identificarnos con los poderosos, los señores, los enemigos de las criaturas famélicas e ignorantes.

No cabe duda de que Konrad era perspicaz. No se le podía acusar de insensible u obtuso. Se devanaba los sesos pensando cómo contrarrestar la creciente influencia de Lucifer dada la perniciosa **lejanía** del alto clero respecto a los campesinos, los artesanos y los vagabundos. Afortunadamente no hacia mucho, el papa Inocencio III, por medio de una bula del 17 de noviembre de 1206, había fundado las órdenes mendicantes y había instado al clero a imitar la pobreza de Cristo y la humildad de sus apóstoles. Inicialmente estas órdenes -de los dominicos y de los franciscanos- surgieron para asimilarse al pueblo, vía el voto de pobreza, con el objeto de combatir la "demagogia" de Lucifer, y poder llevar a cabo una

catequesis eficaz y convincente. Nacieron, entonces, como órdenes de predicadores. Pero después fueron modificando gradualmente su papel hasta convertirse en dos de los instrumentos fundamentales de la Inquisición que nacería, ya plenamente conformada, durante el pontificado de Gregorio IX, entre 1227 y 1233. Konrad fue uno de los clérigos cercano a Gregorio --el cual fue amigo también de Domingo de Guzmán y de Francisco de Asís- que convenció al Sumo Pontífice de echar mano de las dos órdenes mendicantes para predicar entre los pobres, erradicar el "liciferismo" y sentar las bases para la acción inquisitorial. Konrad, a pesar de hallarse a gran distancia del pueblo, pudo, por consiguiente, comunicarse con él, zarandearlo y sacudirlo, para exorcizarlo y tornarlo al corral de la piedad y del dogma. Fue duro. Inflexible. Severo como nadie. El papa recibió quejas por su salvajismo. El Arzobispo de Maguncia, por ejemplo, se quejó formalmente ante Gregorio diciendo que Konrad había obligado a personas inocentes -mediante la **cámara de tortura** que empieza a ser una pieza esencial de la Inquisición recién nacida- a confesar conductas jamás tenidas o creencias o supersticiones nunca enarboladas.

Mucho era el parecido de la Inquisición con el infierno: ambos habían sido creados, como producto de una ingeniería macabra, para sufrimientos infinitos y

castigos excepcionales. La persecución, la cárcel, la tortura echaban leña al fuego de la analogía. Pero la similitud llegó a su perfección por obra y gracia de la hoguera. El **Per me al va nella citó dolerte** con que Dante anuncia el umbral y el dintel que conducen a la desgracia, no cabe duda de que podría haber sido puesto a las puertas del Santo Oficio. Ya en el Concilio de Verona de 1184 y en el de Letrán de 1215, el papado había creado la **Animadversio debita** que daba carta abierta al poder secular para llevar a cabo decidir las penas por herejía y a partir de la cual se empezó a quemar a los herejes que no se arrepentían. Finalmente, en 1224 y, sobre todo, en 1231, Gregorio estableció el uso de la hoguera como uno de los procedimientos punitivos habituales de la Inquisición medieval. Konrad, con la ayuda de Konrad de Tor y de Jean de Borgne -sus lugartenientes en el Estado Mayor del castigo- y mediante las acciones variadas y especialmente eficaces de dominicos y franciscanos --sus ejércitos olorosos a incienso- se dio a quemar y quemar herejes con frenesí. Los cronistas de la época apuntan que hasta el rey, los señores y los obispos de Renania temieron por sus vidas y se confesaban en secreto que Konrad más que ser representante de la Iglesia parecía ser legado del Príncipe de las Tinieblas.

La belleza, el poder y hasta el espíritu jovial del conde Enrique de Sayn, despertaron el enojo, la inquina y podemos sospechar la envidia de Konrad. Un **Inquisitor Haereticae Privitatis**, por importante que fuese, no podía compararse con un príncipe terrateniente que tenía no sólo multitud de siervos en su condado, sino otros señores relacionados con él en la forma tradicional del vasallaje. La inmensa riqueza del aristócrata deslumbró a Konrad. Le produjo cosquilleos desagradables en el corazón. Y lo llevó, inconscientemente, a dar oídos al rumor de que el noble veía con simpatía el dualismo de los cátaros y el "luciferismo" mendicante de los valdenses. En una conversación que mantuvo con el príncipe, Enrique, acostumbrado a decir lo que pensaba y a hacer lo que le complacía, soltó algunas bromas -muy celebradas por su corte- en la que Konrad creyó advertir claras huellas de desviación teológica. Sin pensarlo dos veces, y con el carácter de una cruzada personal en contra del señor feudal, convocó el 25 de junio de 1233, a un concilio en Maguncia para tratar de los cargos de herejía formulados contra el conde Enrique por dos denunciantes anónimos. El concilio tuvo lugar, en efecto, en la fecha prevista. Pero ¡cuál no sería el desagradable asombro de Konrad al caer en cuenta de que el concilio, en lugar de plegarse a sus puntos de vista, compartidos por Konrad de Tor y por Jean le

Borgne, declaró inocente al príncipe y concluyó, con toda solemnidad, que estaba fuera de toda sospecha de herejía! Konrad se puso de pie presa de indignación. No pudo disfrazar la cólera y exigió, tartamudeando, el veredicto opuesto. Pero el concilio no se dejó atemorizar y Konrad tuvo que partir de Maguncia sin que se le hubiesen satisfecho sus exigencias. En el camino de Maguncia a Marburg, cinco días después del concilio, Konrad, en compañía de Gerhart, un franciscano que le era fiel, iba meditando en varias cosas a un tiempo: a veces pensaba en su tía o en Isabel, a veces en sus proyectos para una nueva cruzada general contra todos los herejes de Europa, a veces, en fin, se dedicaba de nueva cuenta a roer el odio y la envidia que sentía por Enrique... En eso estaba, cuando una partida de asesinos, acabó con su vida y con la de su compañero franciscano, en aparente represalia por la animadversión del sacerdote contra el príncipe. Las redes del poder feudal en esa etapa histórica -aunque no por mucho tiempo- eran indiscutiblemente superiores, más complejas, decididas y experimentadas, que las de la Inquisición en pañales. El Santo Oficio, representado en este suceso por Konrad de Marburg, vio en ese momento convertida su arrogancia y prepotencia en un patético charco de sangre.

SEGUNDA PARTE

EL SASTRE ARGONÉS

Capítulo I

Que habla de la niñez y las mocedades de un sastre aragonés, que alude al antipapa aragonés Benito XIII y que hace referencia a la decapitación de Don Alvaro de Luna

El sastre Jaime Valdés, hijo, no era, propiamente hablando, un incrédulo. Alguien que se negara a suscribir lo que todos admitían o que rechazara, con la soberbia (¿o el heroísmo?) del que decide pensar por su cuenta, ser una cifra más en el guarismo de la feligresía. Si tuviéramos que clasificarlo, habría más bien que incluirlo en el grupo, bastante numeroso por cierto, de los indiferentes en materia religiosa. El no se hallaba a las patadas con Dios, ni se dedicaba al deporte español de la blasfemia. A diferencia de los religiosos y místicos, pero también de los ateos y agnósticos, no se preocupaba por los problemas del trasmundo, de la muerte y de lo sobrenatural.

Jaime Valdés, padre, nació en Zaragoza, cuando era rey de Aragón Alfonso V. En esa época, hablamos de la primera mitad del siglo XV, había cuatro grandes reinos en España: el de Castilla, el de Aragón, el de Navarra y el de Granada. Al frente del primero se hallaba Juan II de Castilla, hijo de Enrique el Doliente y padre de Isabel la Católica; el segundo era

encabezado, como dijimos, por Alfonso V, uno de los siete infantes de Aragón (cinco hombres y dos mujeres); el tercero pertenecía también a un Juan II, otro de los infantes de Aragón que fue nombrado rey de Navarra a la desaparición de Doña Blanca, su esposa y heredera de aquella corona. Jaime era un lactante aún cuando se produjo el escándalo de Benito XIII, el cual -como había ocurrido en el pasado con el haz de antipapas residente en Avignon- surgió como un insólito caso de prelado cismático español. El antipapa Benito XIII se hallaba convencido de que la silla de Roma estaba ocupada por un falsario y embaucador. No sólo se hallaba persuadido de que el derecho canónico lo favorecía, sino que, cuando acallaba los ruidos del medio ambiente y el parloteo de la parte más externa y superficial de su alma, sabía escuchar, o así al menos lo creía, una voz que brotaba de sus entrañas. Una voz que le decía: "tú debes ser mi representante en la tierra", "tú eres el verdadero continuador de San Pedro", "tú estás llamado a luchar contra los usurpadores", "nada debe arredrarte, ni siquiera los peligros de un cisma". Benito estaba tan seguro de que Dios había escogido sus entrañas y su fuero interno para hablarle, que persuadió a mucha mucha gente. "Soy el caracol de Dios", decía. "Que nadie se me acerque, por lo que más quieran, porque puede oír., y ello está terminantemente prohibido, al Verbo que decidió

apostarse en esta pobre ermita de carne y huesos que mide un metro sesenta y ocho centímetros y que nació después de que un día Belzebuth se acercó al oído inescrupuloso de mi padre para decirle que una moza - mi madre-guardaba un cofre secreto en el vértice oculto de su recato a ultranza". "Que nadie se me arrime, porque carece de la pureza indispensable para escuchar la música de las esferas celestes, el tarareo cósmico de la divinidad". Muchos le creyeron. Lo veneraron, aunque fuera de lejos. Y estaban dispuestos a dar su vida por él. "Escuchad, decía: el viento que golpea nuestras ventanas y más que nada nuestras sienes está en arameo, la lengua que hablaba Jesucristo"... "Yo no sé por qué mi hígado -¿o serán mis riñones o mi páncreas o un sínodo organizado por mis órganos internos?- tiene el **don de lenguas** y sé lo que va diciendo -en su fresca catequesis-la palabra del céfiro"... "No se acerquen a mí. No oigan lo que digo con los labios cerrados. La humareda de los volcanes no puede ocultar con su dedo de humo el sol licuado de la lava". Durante años convenció a su entorno. Hablando como profeta, arrastró a su gente y fue ganando rodillas y rodillas empolvadas. No era santo ni hacía milagros. Sentía que el Hacedor del mundo lo había escogido para ejercer en él y a través de él su capacidad de ventrílocuo divino. Se hizo de feligreses. Le creyeron. Y tocaron a revuelo las campanas del cisma. Benito III no fue encarcelado,

destituido, castigado. Se le dejó hacer. Se le escuchó con burla. Se le creó un vacío. Se corrió el rumor de que no era un hereje propiamente dicho, sino un enujuto de entendederas, un extraviado inocente, un loco sublime: alguien que había dinamitado el **Organon** de Aristóteles y que había perdido, quién sabe cuándo y en dónde, el sentido de realidad. Y así transcurrieron y transcurrieron los años. Capítulos y capítulos de un incienso ambiguo con un perfume de rosas y de hierbas malolientes. Benito hizo un pacto. Pero no con Luzbel, sino con la longevidad. Se diría que más que ser devoto de San Esteban, de San Pablo, de San Benito o de San Francisco, lo era de Matusalén. Benito falleció con noventa años auestas en un palacio al que consideraba -y muchos con él- el Vaticano, proclamándose sin cesar el supremo padre, legítimo, de la Iglesia. Hacia el final de su vida, el papa y el alto clero, al darse cuenta del gran número de feligreses que estaban de su lado, rehuyeron la indiferencia y volvieron al ataque. A Benito, sin embargo, no le importaron concilios en contra, bulas que iban y venían, repudio final de la mayor parte de los reyes cristianos y todas y cada una de las amenazas de excomuni6n. No hubo manera de reconciliarlo con la iglesia romana, y murió, si no en olor a santidad, sí en olor a disidencia, heterodoxia y rebeldía. A decir verdad, Benito, el antipapa aragonés, era un loco

sublime, antecesor y pariente de Alonso Quesada y del Lic. Vidriera, materia prima de psicoanálisis, enajenado en busca de autor.

A la familia de Benito pertenecía Don Alvaro de Luna, el que fuera Condestable, gran maestro de la Orden de Santiago, señor de Ayllón, Conde de Santiesteban y, más que nada, favorito imprescindible de ese rey amante de las artes y los torneos que fue Juan II de Castilla. Los hermanos Don Alvaro de Luna y Don Jaime de Luna fueron a visitar, en cierta ocasión, a su tío abuelo Benito a su palacio, para que ayudara a uno de ellos (a Don Jaime) y al hijo del otro (el niño Alvaro) para que pudieran ir a residir a Castilla la Vieja. El antipapa decidió nombrar Arzobispo de Castilla a Don Jaime de Luna y le dio a éste una misiva de presentación para Don Fernando de Antequera (regente en aquel entonces del reino de Castilla dada la minoría de edad del rey) que podría ayudar a su sobrino, el futuro valido de su majestad. El nuevo Arzobispo partió en 1408 a Castilla con dos muchachos de la misma edad: su sobrino Alvaro y Jaime Valdés. Pero aquí nos vemos precisados a hacer una confidencia y a deslizar una indiscreción. La confidencia -no por todos ignorada- es que el niño Alvaro era fruto de ciertos amores irregulares, para no decir ilícitos, de Don Alvaro de Luna padre, hombre de linaje, con una tal

María de Cañete, de clase humilde y, según se dice - pero a todo rumor hay que asumirlo entre interrogaciones- de no muy nítida fama. La indiscreción es que Juan Valdés era hijo del mismísimo Don Jaime de Luna, el cual, antes de ser Arzobispo desde luego, tuvo unos amoríos, tan gozosos como fértiles, con una Rosalía Valdés, prima de María de Cañete. El padre Jaime no quiso abandonar a su hijo a la mano de Dios, tan frecuentemente olvidadiza. De común acuerdo con las costumbres de la época, y de las frecuentes también ahora, transformó de la noche a la mañana a la "carne de su carne" en pariente lejano, descendiente de alguno de sus muchos primos venido a menos. Una vez que llegó a Castilla el Arzobispo Don Jaime de Luna, introdujo a su sobrino, al que llamaba hijo, en la corte, y colocó a su hijo, al que daba el nombre de sobrino, como aprendiz de un taller de sastrería. Durante toda su vida, Jaime Valdés padre se la vivió en el taller. Fue aprendiz, fue oficial, fue maestro. Era no sólo productor, sino comerciante. Hacía trajes lujosos para los nobles y los prelados y vestidos humildes para los sirvientes, los trabajadores y los campesinos. Se casó con una joven toledana y tuvo seis hijos, tres hombres y tres mujeres, el mayor de los cuales, nacido en 1447, heredó su nombre y su oficio, al que se dedicó también toda la vida, junto con todos sus hermanos y hermanas. Cuando Jaimillo Valdés,

colocado como aprendiz de sastre, cumplió siete años, presenció un hecho que le produjo una impresión imperecedera: aludimos a la decapitación de Don Alvaro de Luna, protector de su padre.

Don Alvaro había llegado a Castilla en 1400, como dijimos. Y apenas llegado, su tío el Arzobispo le consiguió el cargo de paje del rey. Era sólo tres años mayor que Juan de Castilla, el cual había nacido en 1405. El príncipe se sentía prácticamente fascinado por la jovialidad, la imaginación lúdica, el carácter decidido del paje aragonés e imperceptiblemente empezó a caer en las inextricables redes de una influencia que, salvo al final, duraría toda su existencia. No es este el sitio para hablar con detenimiento de un reinado, el de Juan II de Castilla, en el que, mientras el rey tendía a desentenderse de los vulgares menesteres de la cuestión pública, a buscar la amistad de personalidades literarias de la envergadura del Marqués de Santillana y de Juan de Mena y a promover torneos caballerescos muy dentro del espíritu de la Alta Edad Media, Don Alvaro de Luna, sin demasiados escrúpulos por cierto, tomaba las principales decisiones gubernamentales y administrativas, ponía a raya a las conspiraciones en general y a las de los infantes de Aragón en particular y aconsejaba al rey qué política convenía llevar a la

práctica con los musulmanes entronizados en el reino de Granada. Es cierto que, en algunas ocasiones, el monarca se distanció de él y el Condestable se vio en la necesidad de retirarse a Escalona, villa de su dominio en la provincia de Segovia. Pero Juan II pronto se arrepentía y acababa siempre por exigir la presencia de Don Alvaro en su corte y a unos pocos centímetros, como arete finísimo, de su oído... Sin embargo, y en este sin embargo se condensa toda la tragedia de una de las **eminencias grises** más célebres de la historia de España, la segunda esposa del rey, Doña Isabel de Portugal, con la cual contrajo nupcias en 1447, se declaró enemiga de Don Alvaro y luchó denodadamente porque el rey se desentendiera de su favorito. Lo paradójico de todo ello es que este matrimonio fue preparado por el Condestable, un poco a regañadientes del rey, tomando en cuenta los intereses de la monarquía castellana y aparentemente...los suyos propios. La reina portuguesa se puso de acuerdo con la familia de los Zúñiga, y se inició, cautelosa y bien calculada, la conspiración contra el Condestable. Al contraponerse a la familia de los Zúñiga en general y a Don Pedro de Zúñiga en particular, Don Álvaro hizo una torpe jugada de ajedrez que lo llevó a perder la reina primero y poco después el rey. No cabe duda de que entonces Isabel de Portugal presionó a Juan de Castilla y que éste hizo otro tanto con el tribunal de doce consejeros que se

formó para juzgar a Don Álvaro. El favorito por décadas del rey fue condenado a la decapitación pública en Valladolid y a que su cabeza fuera colocada en alto durante varios días. La sentencia se basaba en los siguientes cargos: intento de usurpación de la corona, daños a la cosa pública y malversación de las rentas del rey. Mientras un par de prelados ofrecía sus auxilios espirituales a Don Álvaro, preso en una casa de los Zúñiga en Valladolid., en la plaza central de la ciudad se levantó un tablado, recubierto con una alfombra y ornamentado con paños oscuros, en el cual se improvisó un altar donde se colgó un crucifijo y fue rodeado de antorchas encendidas. De los poblados vecinos y hasta de algunos lejanos acudieron multitud de personas. La curiosidad de todos era mayúscula, tomando en cuenta que el condenado era alguien que habla ocupado de hecho durante años el sitial del rey.

El sastrecillo Jaime Valdés fue, junto con su padre, uno de los testigos oculares del ajusticiamiento. En su prisión Don Alvaro perdió la esperanza de un cambio de estado de ánimo del monarca. Al decir de quienes se hallaban a su lado, dio muestras entonces de una gran entereza, de un corazón bajo el pie del cerebro, de un envidiable control de si mismo y de una serenidad que no era al parecer fingida. En la madrugada oyó misa y quiso recibir la comunión. Poco después Don

Alvaro fue conducido al lugar de la ejecución. Jaimillo Valdés contemplaba todo -el cadalso, el gentío, la expectación medrosa, el murmullo de la masa y el paso lento, seguro y digno del sentenciado a muerte- desde sus seis años, desde el asombro, la curiosidad, el miedo de su alma inocente y sensible. El niño vio cómo Don Alvaro cuidó en todo momento la corrección de su vestimenta. No tenía los ojos clavados en el piso sino que, con la frente en alto, los enderezaba hacia el firmamento. También lo miró cuando ascendió al tablado con paso firme, cuando se deshizo de su capa, se quitó el sombrero y se arrodilló un momento ante el crucifijo. El verdugo fue expedito y en unos segundos llevó a cabo su obligación. Según se dice, el pueblo vio rodar la cabeza del Condestable y maestre de Santiago con una mudez extraña e inhabitual. Nuestro sastrecillo sumió su silencio al de la turba. Y en el mismo momento en que divisó la cabeza de Don Alvaro separada del tronco y colgada de lo alto del madero, supo que jamás olvidarla la escena, el corazón se le deshizo en latidos y los ojos le nublaron el mundo.

Capítulo II

Donde se continúa lo tratado en el precedente

Cuando el pequeño Jaime dejó de ser aprendiz, y cuando, hacia los catorce años, era un diestro oficial de sastrería, su padre, que habla logrado hacerse de ciertos recursos económicos, decidió enviarlo allende los Pirineos para conocer el arte de tejer, teñir, curtir, planchar, etcétera, tal como se emprendía en el sur de Francia. Este viaje del muchacho no sólo fue significativo por el cúmulo de conocimientos profesionales que obtuvo, sino también porque entró en relación de amistad con Miliband de Vaux, artesano de edad madura, alma francesa donde, sin mucho ruido, la herejía se había convertido de visitante en propietaria y de propietaria en misionera. Nieto o quizás bisnieto de un cátaros de tomo y lomo, odiaba a la Iglesia católica con todas sus fuerzas y todos sus insomnios. Le habló y habló al chiquillo con el ánimo de sembrar dudas y cosechar perplejidades, con el propósito de metamorfosearle la perspectiva y modificar sus convicciones. Pero Jaimillo lo oyó como quien oye llover, sin involucrarse, sin tomar partido, sin encender la calderilla de la pasión que se halla detrás de las verdades definitivas, las religiones minoritarias o los fanatismos en armas. Pero si el

pequeño sastre permaneció reacio a toda prédica heresiarca, protegido por el muro granítico de su indiferencia, en otro terreno el artesano Miliband le produjo una impresión imborrable. Al calor de un vinillo tinto, y después de comprobar que el tema religioso dejaba frío a su interlocutor, de Vaux se acercó y acercó al muchacho hasta llegar a la distancia en que se pueden hacer insinuaciones en voz baja y en que el erotismo adolescente puede ser canalizado hacia otro tipo de herejía: la sexual.

Jaime tornó a Castilla convertido en un mozo con mayor experiencia, variados conocimientos y múltiples proyectos y ambiciones. Llegaba rezumando juventud por los cuatro costados. Tenía diecisiete años y corría el año de 1464. Su padre lo puso a trabajar de nueva cuenta en el obraje de sastrería. Pese a su edad, podía congratularse de poseer la instrucción y la pericia de un maestro. Al joven Jaime le fascinaba su profesión y le encantaba hallarse día y noche entre paños, telas y tinturas. Su padre estaba feliz al verlo tan serio, cumplido y formal en el desempeño de sus labores. Algo hacía, no obstante, que al progenitor preocupaba: Jaimito no volvía los ojos, ni por asomo, para columbrar a las muchachas que se cruzaban con él en la calle. Tenía amigas parientes; pero con ninguna habla intentado la sorpresa de un beso, la

audacia de una caricia o la travesura de una insinuación. Don Jaime entrevió que algo sucedía. Sospechó lo peor y dio en el blanco. A partir de ese momento las relaciones padre-hijo, que tan buenas habían sido, empezaron a deteriorarse. Don Jaime, de común acuerdo con su esposa, creyó ingenuamente que la solución para el problema ya inocultable de su hijo -el cual no podía, ni deseaba disfrazar cierto amaneramiento en sus gestos, ademanes y manera de caminar y correr- habría de ser el matrimonio. Los padres de Jaimillo no se vieron precisados a buscar y rebuscar en la villa donde habitaban o en las circunvecinas la candidata en cuestión, porque la novia posible y conveniente de su hijo se hallaba a la mano: se trataba de Lucinda, prima segunda del joven por el lado materno, muchacha bien parecida, humilde y hacendosa y con la ventaja además de que ambos primos tenían entre sí un trato atento y hasta cariñoso. No lo pensaron dos veces. Persuadieron al joven, entusiasmaron a la muchacha y a sus padres, se animaron entre sí, y la boda tuvo lugar con una celeridad que alguna vieja, tornando los ojos hacia el vientre rectilíneo de Lucinda, consideró sospechosa. Y a decir verdad, tal matrimonio era, en efecto, sospechoso, pero no por la morbosa y malintencionada imaginación de una de aquellas viejas que, al decir de Quevedo, "juegan con su pellejo al escondite", sino

porque Don Jaime y su esposa se hallaban convencidos de que unas nupcias que permitiesen a la masculinidad del joven, por así decirlo, despertar sobre la marcha, debían llevarse a cabo lo más pronto posible. La boda se realizó sin tropiezos. El único incidente un tanto extraño, pero afortunadamente no advertido por nadie en la iglesia, salvo por Ialdabaoth o algún otro demonio, fue el siguiente: el joven Jaime, indiferente a su deslumbrante novia o, por lo menos, distante de ella, no pudo despegar los ojos, y con los ojos la admiración y el deseo, del sacerdote fuerte, buen mozo, esbelto y varonil oficiante que les brindaba el sacramento. Esta mirada, este mal pensamiento que le estalló a Jaimillo de reojo, era el preanuncio del fracaso de su matrimonio.

El padre del joven Jaime logró por aquel entonces una verdadera proeza: que la Inquisición española, entregada a dar sus primeros pasos, a erigirse en Santo Oficio y a empezar a actuar como tribunal de conciencia, le encargara la manufactura de todos los **sambenitos** que iban requiriendo. Hablamos de una época en que el lujo eclesiástico habla creado toda una industria de carácter artesanal: joyeros, plateros, grabadores, torneros, medallistas, etcétera. Y el Santo Oficio había impulsado una serie de manufacturas no por siniestras menos importantes:

instrumentos de tortura de diversas formas, usos y tamaños. Y también, en lo que a la sastrería se refiere: diferentes vestimentas de los reos, entre las cuales destacaban los sambenitos. El sambenito es, como se sabe, una suerte de capote de lana amarilla, que lleva estampada la cruz de San Andrés y algunas llamas de fuego, y que empleaban los inquisidores españoles para vestir a los reos o penitentes condenados por el Tribunal. Se trata de una variante de la prenda con cruces amarillas que empleaba la Inquisición medieval y que complacía tanto a Konrad de Marburgo, Robert le Bougre (el "Martillo de los herejes") o Pedro de Verona (San Pedro Mártir), tres de los más feroces inquisidores del Medioevo. Es de subrayarse que el sambenito se imponía tanto a los condenados a la hoguera como a los penitentes reconciliados que habían abjurado públicamente de sus yerros o desviaciones.

A los Valdés les benefició extremadamente el hecho de que, durante algunos años, su sastrería fue la única que surtió a la Inquisición de tal vestimenta punitiva. La Inquisición, en varias partes de España, combatía denodadamente a todo tipo de herejes, relapsos, marranos, etcétera. Miraba, día con día, cómo crecía el número de sus reos y castigados. Y cómo aumentaba, con ello, la necesidad de sambenitos. Jaime primero, y sobre todo Jaimillo después,

obtuvieron pingües ganancias con la tendencia irrefrenable a la herejía de buena parte de la población española de entonces. Pingues ganancias y un nivel de vida que casi, o sin el casi, podía parangonarse con la de los grandes señores de España.

Mancha imborrable en la vida de Jaime Valdés hijo fue el hecho de que -ya muerto su padre y convertido él en dueño del negocio- se dedicó, sin pudor, y con ambición febril y desmedida a delatar a cuanto hereje se le pusiera delante, con el objeto de prosperar más y más. Esta estratagema se le ocurrió en sueños: el Diablo con el nombre de Ialdabaoth- se le presentaba. Vela con menosprecio su caja de caudales. Se aproximaba a su oído y le sugería que, para acrecentar su fortuna, se pusiera a denunciar -sobre todo si existía un motivo para ello, pero no necesariamente- a todo aquel que se contrapusiera a las verdades, la moral o las costumbres cristianas. El se rió del sueño. Pero la idea central que campeaba en su caletre no le pareció mal del todo...

Jaime gustaba de ir a las hosterías, las ventas o los hostales castellanos a tomar un vinillo tinto, rosado o blanco -de acuerdo con el color de sus estados de ánimo- y a conversar de todos los temas habidos y por haber con sus amistades o, por lo menos, con el

desconocido que, como una mosca desprevenida e hipnotizada, caía de pronto en la telaraña insalvable de su elocuencia. En una de las muchas ocasiones en que se hallaba en un sitio así, y en que departía risueñamente con uno de sus primos, tras de empinar y empinar el codo con liberalidad inusitada, le dio por soltarle a su interlocutor nada menos que la confidencia de que el "negocio de los sambenitos" había adquirido un auge sin precedentes a partir, y aquí bajó la voz, o creyó hacerlo, del momento en que él y su familia se habían convertido en "denunciantes" sistemáticos y entusiastas de los herejes que andaban por ahí haciendo de las suyas. Musitó también que la decisión del Santo Oficio de no revelar el nombre de los denunciantes -ni a los denunciados ni a nadie- le venía como anillo al dedo para proseguir en su obra de denuncia, depuración de las creencias de España y acrecentamiento del tamaño de su bolsa tras el vertiginoso ascenso del volumen de ventas de los generosos sambenitos. Jaime no advirtió, para su desgracia, que un alguacil de la Inquisición se hallaba en la mesa de junto, convertido todo él en atención cuando oyó hablar del Santo Oficio, de las denuncias, de los sambenitos y de la fortuna que se había ido asimilando ese buen hombre que hablaba y hablaba hasta los codos. Desde ese momento tal alguacil decidió denunciar al denunciante. Corrió,

pues, a relatar a uno de sus superiores lo que su fino oído y su "instinto moral" habían escuchado.

-Es inaceptable, padre, que se denuncie a los réprobos e infieles únicamente para enriquecerse.

-Mm., respondía el inquisidor.

-Pero lo peor, lo profundamente inmoral es que se hagan a granel delaciones de herejías supuestas, imaginarias o francamente carentes de fundamento.

-Mm., contestaba el inquisidor.

-El móvil de la denuncia, padre, ¿no debe centrarse sólo en el afán de combatir las desviaciones de los principios religiosos y morales que sustenta nuestra Santa Madre Iglesia?

-Mm., insistía el inquisidor.

-Padre mío: ¿no es un crimen hacer delaciones falsas o dudosas? -Mm., comentaba el inquisidor.

La delación del alguacil tuvo terribles consecuencias para Jaime. Tras el processus inquisitionis se le juzgó culpable en estos términos: "Jaime Valdés y Alvarez de la Cadena, sastre aragonés, ha cometido faltas que merecen punición. La denuncia de herejías inexistentes, reiterada acción perpetrada por este individuo, se hace merecedora del siguiente castigo: pérdida de su sastrería y otros bienes -que se enlistan en hoja anexa-, tres meses de abolición de libertad que serán cumplidos en una de

las mazmorras de que dispone este tribunal, y obligación de confeccionar él mismo el sambenito que debe vestir durante doce meses a partir del momento en que abandone el calabozo". Cuando el alguacil conoció el veredicto del Santo Oficio, buscó al padre inquisidor para plantearle algunas dudas.

-Padre, querría preguntarle algo.

-Dime, Pedro Castillejas.

-¿Por qué el Tribunal Regular de la Inquisición únicamente tomó en cuenta la denuncia-de-herejias-inexistentes llevada a cabo por este sastre felón y no las denuncias-de-herejías-reales, también llevadas a cabo por él, pero sólo con el fin, como el mismo Jaime Valdés lo confesó, según tengo entendido, de acrecentar sus ingresos y darle un peso mayor a su caja de caudales?

-Es que, hijo mío, la denuncia de una herejía verdadera es tan valiosa a los ojos de su Santidad y la Congregación , que cualquier motivación extraña pasa a segundo plano y es irrelevante.

Pedro Castillejas se cuidó mucho de manifestar las dudas que esta respuesta le produjo en el ánimo. Recordó que, en multitud de casos, la motivación fundamental -no por tácita menos verdadera- de la persecución de herejes, marranos y mozárabes, era la ambición contante

y sonante por parte de la Santa Madre Iglesia y su Santo Tribunal de quedarse con los bienes, las tierras, las casas y hasta los palacios de los heterodoxos. La tesis inquisitorial de la irrelevancia de los llamados **beneficios secundarios** del enjuiciamiento de los heresiarcas le chocaba especialmente, pero no hallaba el modo de combatirla. Y mucho menos se atrevería él, que era un hombre ignorante, a ponerla en entredicho y a correr el riesgo de...

Capítulo III

En donde se abre un amplio paréntesis para hablar de la encrucijada en que se hallaban los eclesiásticos de la Edad Media.

Los prebostes de la Edad Media, supuestamente entregados al servicio de Dios, tarde o temprano tenían que definirse. Si poseían oídos, y sabían oír, es posible que escucharan la polifonía del trasmundo, la fanfarria de los querubines y las potestades o el aria para bajo profundo de la voz de Dios. Si, por lo contrario, eran víctimas del canto de sirenas del aquende, y la cera de sus oídos habla acabado por derretirse ante el fuego acumulado de su curiosidad, vendían su alma al demonio o mordían, en las delicias de la carne o en los regocijos del mundo, las carnadas del anzuelo satánico.

A algunos no les cupo la menor duda: Dios empleaba una fuerza natural -el viento desbocado, el timbalazo cósmico del trueno, el mar encolerizado consigo mismo- o una insólita estratagema -la queja de un niño, el llanto de una mujer o la carcajada de una desvergüenza- para enviarles una señal, una adivinanza o un jeroglífico; en fin, unas tremendas sílabas sobrenaturales. Los más, sin embargo, y a pesar de sus funciones eclesiásticas, eran sordos a

esas llamadas de larga distancia y ciegos a ese correo metafísico, difícil y casi inaccesible, que trae a veces la correspondencia de lo numinoso.

Hablemos esencialmente de los primeros.

Durante algunos años, Agustín de Sagasta (Numidia), el futuro Obispo de Hipona, anduvo en la **vivitas terrena** como pez en el agua. La concupiscencia amordazó sus escrúpulos, y Agustín se puso a hojear y a hojear un placer tras el otro, mientras su inteligencia, con la brújula de la curiosidad en las manos, paseaba sus ojos, sus sorpresas y sus entusiasmos por la galería de los más frívolos y disparatados devaneos cerebrales. Pero su madre tenía una capacidad oceánica de deshacerse en lágrimas. Su llanto no se reducía a ser, aparentemente, la acuosa manifestación de un proceso biológico natural, como en todos nosotros, sino que, siendo lo anterior en principio, devino poco a poco en un, llamémosle así, derramamiento sobrenatural de **lágrimas benditas**, es decir, un caudal de perlas líquidas que, dada su cantidad y calidad, conmovieron al parecer al mismísimo Hacedor del mundo, el cual decidió ayudar a Agustín a salir del laberinto de sus errores mundanales. No fue un **Bárbara** o un **Camestres** lo que convenció a San Agustín de la verdad cristiana. Fueron las lágrimas de su madre: la

conclusión húmeda de las dos premisas de pestañas y párpados y súplicas. Su conversión se debió al infatigable aletear de un pañuelo, al par de estrías que el intenso trabajo de los ojos grabó en la cara de Santa Mónica y al Edipo más santo que registran los tiempos. Por eso la teoría del Obispo de Hipona debe ser explicada no sólo como la síntesis del platonismo y las Divinas Escrituras, sino como la síntesis del platonismo y las Divinas Lloraduras. Por si no fuera bastante, la hagiografía y su florilegio de prodigios habla de que, en cierta ocasión, San Agustín oyó, en medio del vendaval y del reacomodo de las nubes, el **dictat** divino: "tolle, lege"; vio frente a si los **Hechos de los apóstoles** abiertos de par en par y comprendió que había llegado la hora, por prescripción divina, de entregarse a su lectura. El pasaje del Evangelio que leyó San Agustín fue el siguiente: "No en los desenfrenos, ni embriagueces, ni en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo". Está de más dejar en claro que la ecuación: lágrimas suplicantes de una santa **más** llamado sobrenatural **igual a** conversión del filósofo.

Esta intromisión ocasional de lo sobrenatural en el apacible curso de lo cotidiano, no sólo hizo acto de

presencia en la temprana Edad Media, como lo vuelve evidente lo sucedido con el autor de La **Ciudad de Dios**, sino que también tiene lugar al finalizar la Baja Edad Media o, si se prefiere, al advenir, irrefrenable y pujante, la modernidad.

Las llamadas de ultratumba carecen, a decir verdad, de congruencia ideológica. Los ortodoxos las oyen, pero los disidentes no se quedan atrás. Los judíos las escucharon, las hicieron suyas y hasta se imaginaron o se imaginan que son el pueblo elegido. Los musulmanes santos -y desde luego Mahoma- no se distinguen por su sordera y están seguros de hallarse favorecidos por unas palabras que se gestan entre la lengua y el paladar de la boca de Dios (Alá) que se halla aquí cerca, a la vuelta de la fe. También hubo un sacerdote agustino, nacido en Eisleben, Turingia, el año de 1483, que percibió las señales inconfundibles del allende y que, por ello y a partir de ello, quiso primeramente dedicarse al servicio de Dios y, tomando después conciencia de la situación del catolicismo, pretendió reformar la iglesia católica y acabó por crear las condiciones para que se gestara una nueva. Martín Lutero, en efecto, se consideraba a sí mismo instrumento de Dios; él mismo decía que el Señor "lo jalaba de la brida cómo si fuera un rocín ciego". ¿Qué condujo a este monje a la peregrina idea de que

él habla sido escogido por el Creador para grandes e inolvidables obras en el universo *mundo*? La razón de ello tal vez es la siguiente: el 2 de julio de 1505 regresaba el joven Matín a la ciudad de Erfurt -en cuya Universidad hacía pocos meses habla obtenido el titulo de **magister**- cuando, en Stotterheim lo sorprendió una fuerte tormenta. Esto no tiene nada de raro si ocasiones a través de sucesos y fenómenos extractos y sorprendentes, con el objeto de que ciertos individuos den al traste con su concepción de las cosas habitual y modifiquen en tales o cuales aspectos su conducta. Pongamos un ejemplo que, dada su trágica elocuencia, casi de **suspense**, resulta probablemente de más fuerte impresión que el desconsuelo lacrimoso de una madre o la humedad furiosa de una atmósfera alemana.

En una de las islas Baleares -Palma de Mayorca- nació el 25 de enero de 1235 ese gran personaje de la teología, la filosofía, la literatura y la acción que se conoce con el apelativo del **Doctor Iluminado**. Ramón Lull (o Lulio) era descendiente de uno de aquellos caballeros catalanes que conquistaron dicha isla. No sólo pertenecía a una familia noble, sino que muy pronto entró en palacio con el cargo de senescal o mayordomo. Llevaba por aquel entonces una vida disipada, rindiéndole culto a la vanidad, haciendo

ostentación del poder y espigando por donde quiera sabrosos y muy comentados amoríos. Ni el alto cargo que tenía en la corte, ni las recomendaciones paternas, ni los consejos de los párrocos del lugar, ni, finalmente, el matrimonio que contrajo por mandato expreso del rey, bastaron para traerlo al buen camino. No obstante, el joven Lull interrumpió de pronto la manía, andariega y donjuanesca, de ir perpetuamente en pos de una mirada prometedora, un mohín acogedor, unas palabras de consentimiento. El motivo de esta abrupta detención, muy alejada de sus deseos y sus cálculos, fue que de repente, sin decir agua va, el amor le secuestró las entrañas, le extravió el apetito y le dio al insomnio la monarquía de su lecho. En las callejuelas de la ciudad, en la misa del templo, en los saraos de la corte o en los comercios de telas y estampados, Lulio empezó a advertir la presencia de una joven italiana, de nombre Ambrosia del Castello que unía en su persona, en la misma cantidad y medida, dos cualidades: la belleza y el recato. Con la primera atría y animaba a los hombres, con la segunda los rechazaba y enloquecía. Ramón Lulio fue, de todos los jóvenes de la mayor de las Baleares, el que sufrió del modo más irrefrenable y desprotegido la hermosura avasallante de la genovesa y el gélido decoro de su conducta. La buscaba. La asediaba. Luchaba a brazo partido y a corazón sangrante por llamarle la

atención, enternecer las volutas de su lástima y dar al traste con las seguridades de su indiferencia. Pero nada. Ambrosia no tenía ojos para él ni para nadie. Iba de un lado a otro, escurridiza y ensimismada, sin permitir que ningún hombre -y menos que nadie el joven Lulio- se le acercara y la convirtiera en blanco de requiebros, suspiros e insinuaciones. Una cierta mañana, Ramón se presentó a caballo, como muchas otras veces, en las proximidades de la mansión de la hermosa, a la espera de que ella tomara la decisión de salir a la calle y de rebasar, por fin, el umbral de su puerta. El destino o la casualidad, como quiérase, dispuso entonces las cosas en el orden preciso deseado por el joven, y la genovesa salió de su casa, sin compañía, con un velo , una camándula y un devocionario entre los dedos y con un paso menudo, como un **allegretto** con botines, dirigido hacia la iglesia de Santa Eulalia a oír misa mayor. El joven Lull picó las espuelas de su rocín. Se puso al par del trotecillo gracioso, pero amedrentado, de la joven y quiso hablarle. Pero ella se paró en seco. Lulio, al ver que se había adelantado a la muchacha, hizo retroceder a su alazán. Pero cuando éste caminaba hacia atrás en búsqueda de la joven, ésta había reanudado la marcha. Así estuvieron, con este contrapunto de avances y retrocesos, prácticamente durante todo el trayecto de la casa de Ambrosía hasta

el atrio de la iglesia. Las palabras del joven enamorado se disipaban en el aire. La joven no oía, o parecía no oír, absolutamente nada. Se diría más bien que había sido presa de una idea fija: escapar del intrépido joven que la asediaba y tener al templo como refugio. Se esforzó, pues, por entrar precipitadamente en la iglesia y creyó con toda ingenuidad que aquí se hallaba finalmente su escondite. Pero cuál no sería su sorpresa, y la del abad que decía misa, y la de los feligreses que la escuchaban, al ver que el caballero, con todo y cabalgadura, hipnotizado por las circunstancias y distraído por ella, salvaba el atrio y accedía a la nave del templo. La genovesa, al ver todo esto, cayó de rodillas suplicándole a santa Eulalia que la salvase de aquel impetuoso joven, arrebatado e irrefrenable. Después, como si recibiese una señal del cielo, se volvió, con un gesto retador, doloroso y ambiguo, hacia su irreverente persecutor, y ante el asombro de todos, y más que nada ante el del caballero, desabrochó su blusa, desató las cintas de su corpiño, y mostró públicamente unos senos carcomidos por llagas purulentas, ennegrecidas cancerosas... La impresión que recibiera Lulio fue de magnitud tanta que no sólo se disipó de golpe el encendido amor que lo había conturbado durante tantos meses, sino que el futuro autor del **Arte Magna**

comprendió en ese preciso momento la vanidad de los placeres mundanos y el error de poner el alma entera en la aparente hermosura de la carne corruptible. Abandonó entonces su casa, su mujer y sus hijos. Se entregó a las más difíciles penitencias y se convirtió en inquisidor de si mismo. Su encolerizado ángel de la guarda, mudado en un implacable flagelo custodio, esculpió en él, a sangre y lágrimas, la firme escultura del arrepentimiento. Dios le habla hablado desde un lugar insólito: desde la carroña maloliente de unos senos devorados por el cáncer.

Capítulo IV

Continuación del anterior, y lugar en que se hace referencia a algunos prelados que no oyeron sino el canto de sirena del mundo.

Sacerdotes cristianos que en lugar de haber escuchado voces requerimientos celestiales, han oído llamadas terrestres, voluptuosas y mundanales son muchos, de diversas partes del mundo y de diferentes épocas. El oído físico es, en ellos, más fino que el "oído espiritual" y en su balanza metafísica, pese a lo que digan, el platillo lleno de tierra pesa más que el platillo en que descansa un puñado de cielo. Los tres Arzobispos, a los que voy a hacer alusión enseguida, me parecen tres personalidades dignas de atención y merecedoras de un comentario no sólo porque son contemporáneos del reinado de Enrique IV de Castilla y, por consiguiente, altos dignatarios de la Iglesia en vísperas del surgimiento de la Inquisición española -fundada por Torquemada en la época de los Reyes Católicos-, sino porque representan con toda nitidez un triunvirato de obispos que, aunque vistan el ropaje talar y ostenten el palio y el crucifijo, se hallan enajenados a la vida, las costumbres y las demandas del renacimiento español y los guiños edulcorados del demonio.

La **intriga**, el **poder** y la **relajación** constituían la vera trinidad de muchos de los prelados en los tiempos de Enrique IV, el hijo de Juan II de Castilla y Maria de Aragón. "Trinitarios", en este sentido terreno de la expresión, fueron el Arzobispo de Toledo, el Arzobispo de Sevilla y el Arzobispo de Santiago.

Para comprender las andanzas de Don Alfonso Carrillo, el Arzobispo de Toledo, conviene aludir al mundo de la corte castellana y de la política española en general que estructuraron el escenario en que, como pez en el agua -pero un agua no precisamente bendita- se movió este Metropolitano. La tradición (que no se distingue frecuentemente por su bondad y si por su maledicencia y sevicia) ha colgado el mote de "el Impotente" al rey Enrique IV, medio hermano de Isabel la Católica. Enrique, como su padre, contrajo nupcias en dos ocasiones: con Blanca de Navarra y con Juana de Portugal. Príncipe de Asturias, fue casado inicialmente a los quince años con una princesa de la misma edad que él. Una vez muerto su progenitor, este príncipe subió al trono de Castilla cuando contaba veintinueve años y se había divorciado. Enrique tuvo como cónyuge -o mejor tal vez como **compañera de juegos-** a Doña Blanca de Navarra durante unos trece años, sin dar señales de

sucesión. Aunque hubo quienes intentaron culpar a la princesa Blanca de esterilidad, mucho hace pensar, y algunos datos históricos lo corroboran, que quien no atinó a hollar los caminos de la paternidad fue el rey. Enrique se divorció en noviembre de 1453. Pero bien pronto, en mayo de 1455, aceptó casarse por segunda vez, con la esperanza de que su nueva esposa -la infanta doña Juana, hermana de Alfonso V de Portugal- llevara en sus entrañas al heredero del trono. El rumor de la incapacidad del rey para entrar donde era esperado con los brazos abiertos de la excitación, o para fecundar con un poco de futuro y de historia patria el vientre de su mujer, había crecido de modo tal que cuando la reina anunció estar preñada en 1461 y cuando dio a luz a una niña en 1462, muy pocos les creyeron a la joven reina y al rey Enrique IV que ese fruto del vientre de la infanta portuguesa era producto de la colaboración biológica de su majestad. Los más dijeron que era hija de don Beltrán de la Cueva, uno de los favoritos del rey. La vox populi la empezó a llamar, por eso mismo, la **Beltraneja**.

La mayor parte de los historiadores contemporáneos ya no se pronuncian, como en el pasado, en pro o en contra de la legitimidad de la **Beltraneja**. La verdad es que nada hay seguro, porque, aunque parece que Enrique tenía dificultades a la hora de hacer la confidencia de su intimidad, es posible que haya poseído una **impotencia**

relativa, es decir, la posibilidad de llevar a cabo el ayuntamiento con la misma mujer sólo en ocasiones o la capacidad de hacerlo con unas mujeres sí pero no con otras. Conviene tener en cuenta que la esterilidad, en aquella época de ignorancia tan profunda, se asociaba con el demonio. Generalmente se pensaba que cuando una pareja no tenía hijos, ello se debía a la acción maléfica de ciertos enemigos que, relacionados con brujas o brujos, hacían que éstos ejecutaran **maleficios de esterilidad**. Cuando se vio que doña Blanca, primera esposa del infante don Enrique, no daba a luz el tan esperado fruto, se procedió al divorcio animados por el "borrón y cuenta nueva" (la consigna de la esperanza) sin pretender aclarar quién de los dos esposos era el causante de la infecundidad. Para conseguir el divorcio se requería hacer una **declaración de nulidad** del matrimonio. La primera autoridad que tomó manos en el asunto no fue la civil. Fue la Iglesia. El obispo de Segovia llevó a cabo, en efecto, tal declaración. Pero poco después, en nombre del Papa, el Arzobispo de Toledo, don Alfonso Carrillo, que va a jugar un papel tan importante en este periodo de la historia castellana, confirmó la sentencia. Es importante subrayar, por consiguiente, que antes de que predominara el prejuicio popular de que Enrique era impotente, la opinión pública pensaba que el lastimoso hecho de que Enrique y Blanca no tuvieran hijos, tenía

que ver tanto con la retorta de maleficios de la brujería como con la entrometida garra del Maligno.

Cuando nació la Beltraneja, algo resultó indiscutible: lo ocurrido en la cama, en la oscuridad del enigma, repercutió en la política del reino. ¿La pequeña Juana era la verdadera hija del rey? ¿Juana era el fruto de los amores de don Beltrán de la Cueva con la reina Juana de Portugal? ¿A la princesa Juana le convenía el mote de la **Beltraneja**?

Este es el momento en que, de manera decidida y protagónica, interviene en la política don Alfonso Carrillo. El Arzobispo de Toledo, en efecto, se vuelve el alma de la conspiración en contra de la **Beltraneja** o, para ser más precisos, en contra de la intención del rey de nombrar a su supuesta descendiente heredera legítima del solio de Castilla. Muy pronto se forman dos partidos contrapuestos: en un lado están el rey Enrique, su esposa Juana, el rey de Portugal y otros nobles; en el de enfrente, se hallaban el Arzobispo de Toledo, los hijos del Marqués de Santillana (Pacheco y Pedro Girón), la reina madre Isabel -la segunda esposa de Juan II de Castilla- y, en la medida en que sus pocos años lo permiten, los dos hijos de ésta: la infanta doña Isabel

-la futura Isabel la Católica- y su hermano menor Alfonso. Carrillo plantea la siguiente estrategia: 1. Hay que hacerse eco de la opinión popular. 2. Dar como cierto el que doña Juana no fue "conocida", en el sentido bíblico de la expresión, por el rey. 3. Que la pequeña Juana -a la que hay que seguir llamando la **Beltraneja**- es una hija bastarda y 4. Que deben dársele instrucciones al infante Alfonso para que diga y asegure que él vio por un agujero cómo durante varias noches el gran maestre de Santiago -don Beltrán de la Cueva- visitaba la recámara de la reina doña Juana. Todos siguieron al pie de la letra las disposiciones del Arzobispo. Hasta el infante don Alfonso cumplió, resuelto y entusiasta, como uno más de sus juegos cotidianos, con su parte: como quien no quiere la cosa, el embuste de haber sido testigo de las infidelidades regias, con el gesto de quien pone ante los oídos de todos la estatua de aire de la verdad. La bola de nieve de la conspiración fue devorando y asimilando su trayecto. Y el rey Enrique no pudo menos que advertir cómo la conjura tocaba a su puerta y hacia peligrar sus designios y deseos. Tres Arzobispos -el de Toledo, el de Sevilla y el de Coria-, y otras personalidades, presentaron severas exigencias al rey -entre otras, la de que declarase la ilegitimidad de su hija doña Juana. El rey, más amante

de la transacción y las componendas que del enfrentamiento y la lucha, aceptó, por raro que parezca, tales demandas. Pero poco después, enojado con su propia persona, se desdijo de todo lo que había prometido a contrapelo de sus cálculos y de sus anhelos. La liga capitaneada por el Arzobispo de Toledo, haciendo a un lado todo respeto y consideración con su mandatario, fraguó entonces una especie de **derrocamiento simbólico** del rey Enrique y la elevación al trono del hermano de doña Isabel, que contaba con sólo once años de edad. El 5 de junio de 1465, en una plazuela próxima a Ávila, se congregaron los conspiradores y llevaron a cabo una ceremonia, no por ridícula menos significativa: habían hecho construir un muñeco que representaba la efigie del rey Enrique; improvisaron un trono donde posaron ese pelele, vestido como el rey, con las insignias y la vestidura que llevaba de común el monarca, y que, ante el regocijo de los capitostes de la conjuración, no permanecía inmóvil en su altanero sitio, sino que, suave pero inexorablemente, caía a izquierda o derecha, como si las leyes naturales que explican la caída de los cuerpos colaboraran en el alegórico derrocamiento del poderoso impotente. Cuando lograron finalmente fijar al espantajo en su silla, se leyó, con sonsonete irónico y delator, un acta de cargos, y cada uno de los presentes se acercó al monigote para despojarle de sus atributos

reales: uno le arrebató el cetro, otro lo despojó de la espada, uno más le quitó el anillo y el Arzobispo de Toledo le desprendió la corona de la cabeza y, con un empujón, lo derribó del trono, al tiempo que profería exclamaciones de júbilo extrañas, para decir lo menos, en un prelado tan eminente. Esa aria del Arzobispo demandaba la respuesta del coro. Y ésta no se hizo esperar: la multitud prorrumpió en clamores y alzó en vilo al infante don Alfonso hasta sentarlo en el trono en lugar del muñeco destituido. Pero todo agravio, por ridículo que sea, genera un desagravio o, si se prefiere, un contragravio. En Simancas, los habitantes vallisoletanos confeccionaron otro fantoche que representaba...a don Alfonso Carrillo, el Arzobispo toledano, le endilgaron el mote de traidor y -como en los autos de fe que a partir de 1478 estallarían en la península- lo quemaron en la hoguera. Ojo por ojo y pelele por pelele.

Es posible y hasta probable que, de no haber ocurrido lo que ocurrió, y que voy a narrar enseguida, el infante don Alfonso, hermano de Isabel, hubiera ocupado el trono de Castilla al desaparecer su medio hermano Enrique. Las contradicciones entre los dos grupos en pugna fueron agravándose. Los intereses se tornaron irreconciliables. La negociación devino una utopía, la reconciliación un cuento de hadas.

Don Beltrán de la Cueva, que vuelve a conquistar la voluntad del monarca, lo impulsa y convence a dar la batalla -una batalla de verdad que no retrocediera ante el derramamiento de sangre- con el ejército de los conspiradores capitaneados por nuestro Arzobispo. La batalla tuvo lugar en los campos de Olmedo, plaza fuerte de Valladolid. Pero es lo mismo que no se hubiera dado, porque las consecuencias de aquel encuentro fueron confusas y no modificaron en nada la situación. Las gentes del rey proclamaron su triunfo y lo partidarios del Arzobispo y seguidores de don Alfonso el suyo. Total, hicieron tablas o lograron un empate que pronto se convirtió en el terreno fértil para que prosiguiese floreciendo ese tramo de la historia de España plagado de tensiones y conflictos. Las huestes alfonsinas se retiraron entonces a las tierras de Ávila. La comitiva se detuvo en una pequeña villa llamada Cardeñosa a descansar y tomar alimentos..

Entre los platos que le suministraron al infante don Alfonso, que tenía ya quince años de edad, había una al parecer deliciosa empanada de trucha, comida característica de esa tierra. El príncipe, después de haber hincado el diente en ese manjar delicado, cayó en un profundo sueño que no fue otra cosa que el preludio brumoso de la gran oscuridad.

Envenenado don Alfonso y desechada la **Beltraneja**, quedaba doña Isabel, la hermana del infante, como la legítima heredera del trono de Castilla...

El Arzobispo de Toledo aparece, a todo , como un prelado que tiene los ojos bien puestos en el mundo. Su pasión es la política. Su debilidad la conjura. Su divinidad el poder. Su cuerpo se impone sobre la sotana. Y la "amnesia del pesebre", que caracteriza a los sacerdotes mundanales y pecadores, lo invade sin cesar... Tiene, sin embargo, otra afición un si es no es inconfesable y semi-secreta: la alquimia. Como el rey Enrique, se cree capaz, a las altas horas de la superstición, echando mano de exóticos mejunjes, líquidos ignotos y venenos pestilentes dar con la piedra filosofal, descifrar el sentido de la existencia y hallar la eterna juventud. Entregado, pues, a las conspiraciones y a la búsqueda exultante de la panacea universal, no tenía tiempo para pensar en su papel de servidor de Dios y para volver, aunque fuese de vez en cuando, los ojos al cielo.

Hasta cierto punto, don Alfonso de Fonseca, el Arzobispo de Sevilla, estaba cortado por las mismas tijeras. El amor al poder, la política y la conjuración eran sentimientos que hermanaban a los dos clérigos. Para seguir su pista y caer en cuenta de su vocación

profana resulta conveniente, aunque pueda resultar chocante, centrar nuevamente nuestra atención en las enigmáticas capacidades sexuales del tan traído y llevado Enrique "el impotente". La impotencia puede ser **absoluta**, y el individuo que la padece está condenado a conocer el paraíso sólo de oídas. Pero no sólo eso. Su incapacidad de ser esposo y de ser padre lo coloca en el terreno de los minusválidos y en los litorales tormentosos del complejo de inferioridad. Pero la impotencia puede ser **relativa**, y quien la sufre tiene la fortuna de saber del tálamo, de los privilegios conyugales y de los fervores de la paternidad... por lo menos de cuando en vez. Muchos historiadores se inclinan a la suposición, y nosotros los seguimos en esto, de que Enrique no era un impotente absoluto, sino un impotente relativo. Esta es la razón por la cual, al parecer, tuvo varias y muy comentadas experiencias extramatrimoniales. Centrémonos en una de ellas. En el séquito de damas de honor que traía consigo doña Juana de Portugal, venía una hermosa joven, con el nombre de Guiomar, en quien el rey -a continuación de sus escarceos, efectivos o no, con la nueva reina- puso el ojo, echó a volar sus sugerencias e inició un galanteo publicitado en demasía por la indiscreción. Sin embargo, doña Juana que a la sazón tenía solo 16 años, no había renunciado a sus derechos de cónyuge

del rey de Castilla y en una fiesta dada en palacio, y a la que acudieron jóvenes hidalgos, damas emperifolladas, sacerdotes achispados... se armó la de San Quintín. Doña Juana advirtió no sabemos qué mirada, gesto, confidencia o insinuación que doña Guiomar dirigía al hechizado monarca. Montó en cólera. Se olvidó del lugar en que se hallaba. Dejó de lado todo protocolo y se lanzó, como una erinia pedida de prestado a la mitología, a los cabellos de doña Guiomar. Enrique no sabía qué hacer. La irresolución era su norma cotidiana de conducta. Pero en ese momento no le quedó otra alternativa que apoyar, por lo menos en apariencia, las acciones de su consorte y cerrar los ojos frente al infortunio que de momento embargaba a la linda portuguesa que había cometido la temeridad de competir con la reina.

Para evitar el escándalo y apartar de la corte ese nudo emocional inextricable donde los celos y el amor propio de ambas mujeres confundían sus límites hasta perder su identidad, Enrique tomó la decisión de separar a doña Guiomar del servicio de la reina. En su corazón de monarca, sin embargo, ya no reinaba a plenitud la reina, sino -así lo creyó en ese momento- habla un amplio lugar reservado para la damita de honor de su consorte. Ello lo llevó a

instalar espléndidamente a doña Guiomar en una casa de campo, amueblada a todo lujo, sita a escasas dos leguas de Madrid. Decidió entonces repartir su ocio entre el "amor" legítimo y el ilegítimo, entre el palacio y la casa campestre. La división de su tiempo determinó bien pronto la división de la corte y la nobleza en dos bandos beligerantes. Uno de ellos se mostró como partidario del rey y de doña Guiomar, y enemigo de la reina Juana. En este partido jugaba un papel entusiasta y protagónico don Alonso de Fonseca, el cual habla adquirido fama, no por sus obras piadosas o su conducta cristiana, sino por sus perpetuos galanteos con damas desprevenidas y no tanto. Quizás la inclinación donjuanesca del Arzobispo de Sevilla, le permitió "comprender" las infidelidades del rey, si es que tuvieron lugar, y apoyarlo sin reservas, aunque el monarca profanase el sacramento del matrimonio y lo publicitara a los cuatro vientos de la indiscreción. El otro de los bandos en disputa, capitaneado por don Juan Pacheco, Marqués de Villena -uno de los hijos del Marqués de Santillana-, se mantuvo leal a doña Juana. El Arzobispo de Sevilla, como el de Toledo, era muy dado, pues, a las andanzas políticas, las conspiraciones y los cabildeos. Esta vocación, lo hizo después tomar parte, al lado de Alfonso Carrillo, de la conjura contra el rey y la **Beltraneja**

y a favor del infante don Alfonso, el príncipe que, podemos recordar, fue alevosamente asesinado con la puñalada succulenta de una trucha... También lo llevó a encabezar el séquito que, antes del envenenamiento de don Alfonso, se entrevistó con el rey don Enrique llevándole la propuesta de que si accedía a que su hermana Isabel, que para entonces contaba con 16 años y vivía en compañía de la reina madre, contrajera nupcias con don Pedro Girón, este último, hermano de Pacheco e hijo también del Marqués de Santillana, se pasaría al lado de la Corona, con sus tres mil lanzas y su poder e influencia... En fin, el Arzobispo de Sevilla, como el de Toledo, se encontraba siempre, con todo y hábito, en medio de las intrigas, las murmuraciones, el tráfico de influencias. Don Alonso de Fonseca se diferenciaba de Carrillo en que no sólo tenía el ojo alegre y una libido clandestina exuberante, sino en que, como un marajá de la India, amaba el lujo, el tintineo del oro y los brillos arpegiados de las alhajas. Esta última debilidad nos hace comprender las razones que, en cierta ocasión, lo condujeron a ofrecer, en el palacio real de Madrid, a la reina doña Juana y a otras damas nobles, un almuerzo espectacular. Como en la invitación, pergeñada con su puño y letra, dijese, entre otras cosas: "se invita a vuestra merced a la Cena real con postre

magnificente", etcétera, etcétera, todos los asistentes pensaron que después de las viandas exquisitas, humeantes, condimentadas y de gran variedad, vendría un postre único, inolvidable y delicioso, hecho quizás con frutas, leche, mieles, piñones, huevos, almendras, y quién sabe qué otros productos delicados y sorprendentes. Pero, al terminar la sucesión casi infinita de platos, y a la hora en que todos los comensales se disponían, acuciados por sus estómagos, a alabar el manjar de los manjares, ante el asombro general irrumpió de pronto el Arzobispo cargando dos bandejas plagadas de anillos de oro, con incrustaciones de piedras finas, y de otras joyas a cual más hermosa y deslumbrante. Fonseca dijo entonces: "Mis queridas damas, dejad vuestros cubiertos, vuestros cucharillas y tenedores y venid aquí, a estas bandejas, tan sólo con vuestras manos"...

Pasemos a nuestro tercer Arzobispo. Ni la sotana, ni el celibato, ni el cuádruple escudo de los Evangelios -en la versión que de los mismos había hecho el gran Erasmo en 1516- pudo proteger a don Rodrigo de Luna, Arzobispo de Santiago, de los embates redoblados e impetuosos de la sensualidad. Cuando oraba, y lo hacía a menudo, en medio de las palabras más santas y nobles (vocablos que hasta se encasquetaban una aureola) aparecía la curva

insinuación de una cadera femenina, que le robaba el alma y lo impelía inadvertidamente hacia los vergeles deleitosos y exuberantes de la lubricidad. Cuando se entregaba a la lectura del Apocalipsis o de San Pablo, no sabemos qué instintos o afectos -como hilos movidos a distancia por Belcebú- le secuestraban la atención hacia unos senos, que aparecían entrelíneas,, chorreantes de blancura y hambrientos de huellas digitales. Pero el peor momento -o el mejor, según el punto de vista- sobrevinía a la hora de la confesión. Sus interrogatorios, en el confesionario, indefectiblemente estaban dirigidos a la vida sexual del o de la penitente.

-¿Habéis hecho deshonestidades?, preguntaba.

Si su interlocutora, cuando se trataba de una joven, negaba haber llevado a cabo tal cosa, don Rodrigo insistía:

-Decidme la verdad. Estáis aquí no para haceros eco del pudor o para intentar vanamente ocultar a los ojos de Dios. Vuestra presencia en este lugar, a unos centímetros de mi oreja, tiene un único sentido: decir la verdad, decíroslo a vos misma y decírselo a vuestro confesor.

Y redoblaba sus preguntas, las hacía más intencionadas y las introducía de golpe en los escondrijos del alma y en los pliegues últimos del

escrúpulo. Con estas artimañas voluptuosas tarde o temprano se hacia de información y se enteraba de que doña Elvira, la esposa del palfranero del rey, se hallaba insatisfecha sexualmente, de que la joven Fortunata no podía vivir sin masturbarse, de que el jayán de Felipe espiaba a las monjas del Rosario "cuando miaban", que la novicia Maria Inés sufría permanentemente de un sospechoso insomnio...

A decir verdad, saltan ya a la vista las diferencias de carácter de nuestros tres Arzobispos. Carrillo, el de Toledo, era más que nada un político. Fonseca, el de Sevilla, tenía una parte de político, pero otra, tan importante como la primera, de amante del lujo, la pompa y la ostentación. Don Juan, el de Santiago, no se interesaba por las confabulaciones e intrigas facciosas, ni por la riqueza acumulada y el desprendimiento publicitado, sino por las mil y una exigencias que brotaban de ese metro setenta y nueve centímetros de concupiscencia que era su cuerpo. De ahí que su máxima favorita, pronunciada en voz tan baja que sólo él podía percibirla, fuera no el consabido **mente sana en cuerpo sano**, sino **mente sana en cuerpo satisfecho**. Le gustaban la limpieza, los afeites y lociones, la buena comida y, más que nada, la mujer, la Eva inmortal, la bellida criatura que, saya sobre saya, oculta lo prohibido, lo

perpetuamente anhelado, la puerta del paraíso que a lo mejor conduce al báratro, si le hacemos caso al célebre endecasílabo que corre:

che per porta del ciel si va al inferno.

Este Arzobispo, que parece haber sido sacado de un cuento de Boccaccio, de Chaucer o del Aretino, fue víctima de su lujuria o, si a procacidades vamos, de los delirios de su bajo vientre. Pero no en el sentido -lo cual ni nos consta ni podrá constarnos- de que fue sancionado por el juicio definitivo e insobornable del más allá, sino en el más terrestre, palpable y por muchos testimoniado, de que recibió en el mundo el castigo que se merecía.

Volvamos a la ventanilla del confesionario. La novicia María Inés sufría de un permanente insomnio. Don Rodrigo de Luna empleó como nunca la "mayéutica libidinosa" que lo caracterizaba, con la sagacidad y el virtuosismo de costumbre. Pero nada. La joven no mostraba ninguna inquietud sensorial. Ninguno de sus sentidos dejaba oír su voz ni mucho menos se ponía a aullar. Su corazón pertenecía a Cristo. Su cerebro no quería saber nada de lo que ocurría allá abajo: en sus entresijos y sus órganos internos. Una muchacha con esta estructura espiritual, con esta vocación, granítica e inexpugnable, no podía oír,

como no ola, la voz meliflua de la insinuación.. Pese a todo, el Arzobispo de Santiago no podía despegar los ojos de esa cara, de ese cuerpo, de esa gracia y hasta de esa reticencia y recato que en lugar de ser un cubetazo de agua fría en la hoguera chirriante de la excitación, operaba como el leño o el ocote que llegan a alzar en hombros el fuego debilitado y enfermizo.

La indiferencia de la novicia no congeló el intento del Arzobispo. Más bien lo arrastró a los litorales de la obsesión. Su cerebro primero, sus entrañas después y sus manos por último fueron ganados por una idea fija. ¿Que el demonio estaba implicado en todo esto? Tal vez. Don Rodrigo de Luna ni podía ni quería negarlo. En alguna ocasión, cuando, en interlocución nocturna con su almohada, hacía un prolijo inventario de las bellezas de la futura monja, recapacitó un momento, pensó en Lucifer, y se dijo desconsoladamente: "mis deseos huelen a azufre". Pero la física nos impele a olvidar la metafísica o las crepitaciones del cuerpo colocan al allende y sus designios en la bola de estambre de una fórmula abstracta.

Don Rodrigo le dio la absolución a la novicia. Pero la citó en la sacristía a las nueve de la

noche "para tratar de unos asuntillos de la Iglesia" y para "comentar algunos aspectos de la vocación y la conducta" de la muchacha. A las nueve en punto, la inocencia se presentó en el lugar convenido. Nadie estaba en la iglesia a esas horas. Don Rodrigo había escogido el momento oportuno. Una vez que la muchacha hubo penetrado en la sacristía, de Luna, como quien no quiere la cosa, fue a cerrar los goznes de las dos puertas de la estancia. Y enhebró entonces un extraño, largo y enigmático discurso dirigido a la novicia, en que se entremezclaban latinajos, citas bíblicas y nombres de santos y santas famosos, con ciertos suspiros, miradas ambiguas e impulsos refrenados. María Inés no salía de la perplejidad porque, por más esfuerzos que hacia, no lograba entender el chorro inextinguible de palabras de su superior. Don Rodrigo se hallaba igualmente confuso. Se había imaginado tener un cómplice de sus propósitos en el motivo secreto de los insomnios de la joven. Pero ella se mostraba cada vez más extrañada, sin dar con los vocablos, los gestos y los ademanes apropiados para una escena que escapaba de su comprensión. Don Rodrigo cayó en cuenta de lo absurdo de la situación y decidió ponerle remedio. Abandonó las citas piadosas, el aparato fingido de erudición. Desechó la perífrasis a favor de la expresión nítida. Se dijo a si mismo: "rediez,

nunca ha sido la línea más corta entre dos puntos el laberinto" Y, sin pensarlo dos veces, le tomó la mano a Maria Inés. Esto cambió de golpe la conciencia de la religiosa en ciernes. Ya no tenía frente a sí a un dignatario de la Iglesia. El representante de Dios en la tierra se había evaporado al tronido de dedos de un segundo, y en su lugar aparecía el hombre - cuya desnudez natural no podía disfrazarse con los kilos de ropa eclesiástica que llevaba. Aparecía el hombre, e irrumpía con la exigencia de que en ella, la novicia, la futura esposa de Cristo, germinara la mujer. El cambio de piel de uno exigía, por razones de correspondencia antropológica, el cambio de piel de la otra. Pero Maria Inés había ahorcado en sí misma a la mujer. Su cuerpo no era sino la sombra de un espíritu que, galardoneado de alas, daba sus primeros aleteos por la estratósfera. Fue pues el encuentro de un hombre que descendía a su ser de bestia para asediar, desde allí, a una mujer que ascendía al proyecto sobrehumano de la derrota de la carne. Ella retiró la mano. Ser tocada, o tocar lo que nos toca, era resucitar al cuerpo de mujer que llevaba dentro de sí. Él la tomó por los hombros. Y entonces vino la alucinación. Ella se supo asediada por un incubo. Creyó en el talón de Aquiles de Satán. Buscó una espada de fuego. Creyó a la Divina Providencia de su lado. Pero don Rodrigo había sido presa de otras

lucubraciones. La aproximación física -las caricias, los abrazos- no modificaban en nada los términos del conflicto entre la lujuria en llamas y una virginidad que, poco a poco, lograba confundirse con el más radical de los erizos.

Entonces apeló a la fuerza. Le robó los besos. Le dejó manchas de sangre en los labios. Y antes de que ella escupiera todo su asco, don Rodrigo frotó, apresó y hasta rasguñó sus senos. Ella quiso huir. Gritó. Arañó las paredes. Pero él ya había dado con sus caderas. Y entonces se inició una lucha desigual: el hombre robusto, pesado, musculoso se abalanzó sobre la mujer fina, muy bien formada, sí, pero menuda, débil y pequeña. Los jadeos se entrecruzaron. Y él advirtió entonces que los hábitos de la joven - su estameña de muchacha pobre- se interponían entre su impulso ya sin freno y la epidermis, huidiza y temblorosa, de su delirio. Él hacía una rasgadura por aquí. Descosía el corpiño. Hallaba huecos de tela. Descubría pasadizos de estambre. Ella se había convertido en cuerpo para defenderse. Sus manos forcejeaban a muerte con las manos. Pero su doncellez tenía los minutos, los segundos, los instantes contados. El logró, finalmente, levantarle la falda, rasgarle la ropa interior. Pero ella se revolvía, y es imposible

cabalgar en un potro encabritado. Don Rodrigo se hizo entonces de un crucifijo que se hallaba a su alcance y amenazó con golpearla. Ella cerró los ojos. Advirtió que el Arzobispo le abría las piernas, y perdió, en medio de un charco de lágrimas, el sentido. La bestia proseguía y proseguía aullando sus orgasmos.

Capitulo V

Donde se reanuda la historia del sastre aragonés, y las razones por las cuales vuelve a caer en manos de la Inquisición.

La barba encanecida. Macilento. Tembloroso. Tras de cumplir los tres meses de su sentencia en la mazmorra de la Inquisición, Jaime Valdés dejó a sus espaldas el infierno y se sintió inclinado a identificar el sol de la mañana, esplendoroso y magnificente, con el optimismo. Borrón y vida nueva. Libertad. Placer. Ocupación. ¡Qué colección de sueños! ¡Qué delirio de propósitos! Pero Valdés salió del calabozo sin una blanca. Se le había despojado de su taller y de otros bienes. Incluso Lucinda, su esposa, ni quería ni podía tenderle la mano. Como el sanbenito, además, constituía su vestimenta -gestada por sus manos para su obligatoria utilización- era visto en general por el fanatismo callejero con desdén y repudio, con desagrado y temor. No pudo obtener empleo en ningún sitio. La mayor parte de individuos alzaba los hombros a su paso. Y un cierto número de personas, a quienes la lástima, o un sentimiento más profundo de solidaridad, los empujaba a manifestarle respeto o, por lo menos, tolerancia, se cuidaban de expresar lo que sentían,

por temor al Argos amenazante del Santo Oficio. Pensó vivir como pordiosero y formar parte de esa humanidad andrajosa que se instala en las inmediaciones de la iglesia con el propósito de que la gente de **bien**, reconciliándose con su conciencia y deshaciéndose de cualquier incómodo sentimiento de culpa por la módica suma congregada en la limosna, le permitiera por lo menos sobrevivir y disfrutar de un oxígeno no encarcelado.

En eso estaba, cuando la casualidad -que gusta a veces de cubrirse con las coruscantes vestiduras del milagro- vino en su ayuda y cambió de golpe su situación. Al doblar una esquina dio de pies a boca nada menos que con su viejo y querido amigo Miliband de Vaux, el artesano heterodoxo que conociera en Francia. Ignoramos la razón por la que este viejo pícaro, dueño de una moral más cercana al **Jardín** que a la **atoa**, y con sus ribetes de filósofo y hombre reflexivo, se hallaba en Castilla la Vieja, ni resulta imprescindible conocerla para proseguir con el relato de la vida, las andanzas y los desalientos de nuestro sastre. Lo importante es que cuando Jaime, abatido y desilusionado, dobló la esquina, ahí estaba, como puesta por un destino afable y solidario, la solución, por lo menos transitoria, de sus innumerables y desproporcionados problemas. Cuando Miliband se enteró

de lo que le había ocurrido al joven aragonés y del oscuro destino que, según todos los indicios, le esperaba todavía, decidió en la medida de sus posibilidades poner remedio a tanta angustia y a porvenir tan caliginoso: se lo llevó a vivir a su casa, lo alimentó y le proporcionó una ocupación como ayudante suyo en un taller artesanal que con otros franceses había montado en esta parte de España.

A todo esto, llega al puesto de Inquisidor Mayor de Castilla don Alonso Soto Mayor y Carpio que, para decirlo pronto, pertenecía a la ralea de los tres Arzobispos ventripotentes a quienes hemos aludido páginas arriba. Tenía con ellos tres elementos en común -le apasionaba la política, le enloquecía el dinero y lo sacaban de sus casillas las mujeres-, pero, por lo menos en el grado en que se daba en él, se diferenciaba de ellos en un aspecto crucial: ejercía con un virtuosismo sorprendente y envidiable la hipocresía. El magistral ejercicio de esta última, su sabia determinación de transformarla sin más en **modus vivendi**, regla de vida o comportamiento consuetudinario, lo protegía como un escudo, un yelmo o una cota de mallas de los de arriba y, de los de abajo. La hipocresía, si se me permite tamaña expresión, fue el ángel guardián del Abad mencionado, y como tal lo protegió de por vida de los

juicios seguramente adversos y aun inclementes de sus contemporáneos. A decir verdad, el único de los prelados a quien se le puso un tajante **hasta aquí** por sus bellaquerías fue al Arzobispo de Santiago, el violador de la novicia⁴.

Don Alonso Soto Mayor y Carpio necesitaba, insistamos, de la hipocresía, y no podía darse el lujo de debilitarla o de regatearle poderío, porque entre sus hábitos no eclesiásticos estaba una inconfesada sodomía y, vaya usted a saber por qué, después de conocer en cierta ocasión, en una fiestecilla de escritores, burócratas y toreros, a Miliband de Vaux, quedó prendado del francés y sintió su corazón secuestrado por un impetuosísimo deseo. Pero Miliband de Vaux había puesto el ojo, desde muchísimo tiempo atrás, en nuestro Jaime Valdés. Don Alonso, nada corto de entendederas, olfateó cuál era la situación, las preferencias del artesano extranjero y lo que ocurría en casa de éste desde que se fuera a vivir en ella el aragonés. Tras de evaluar sus deducciones, se encerró por varios días en las cuatro paredes del coraje. Tuvo,

⁴Efectivamente, al enterarse la abadesa mayor del convento de lo que le había ocurrido a la infortunada joven -que se llegó a ella después del estupro, con la ropa revuelta, el cabello sin orden ni concierto y la mente deshilachada- corrió a la catedral de Santiago de Compostela y, de conformidad con el campanero, soltó a repicar y a repicar las campanas con lo cual el pueblo se congregó en el atrio y las proximidades de la basílica y fue enterado puntualmente de lo acaecido. la turba no lo pensó dos veces y se amotinó contra don Rodrigo de Luna, lanzó denuestos y amenazó con matarlo, hasta que lo obligó, enfurecida, a abandonar para siempre, corriendo a campo traviesa, el trono episcopal.

sin embargo, que rehacerse, recuperarse y guardar las formas. Pero en este proceso, tomó la decisión -y pudo hacerlo porque acabó por hallarse enterado de muchos y muy variados acontecimientos- de llevar ante el tribunal de la Inquisición de nueva cuenta al sastre aragonés -su maldecido rival. Miliband, al enterarse de la denuncia del Inquisidor, y sabiendo cómo se las gastaba la Inquisición española, tomó las de Villadiego y ni Jaime, ni el Inquisidor ni la historia volvió a saber nunca más de él. Don Alonso -subordinado a Torquemada y cortado por las mismas tijeras- denunció a Jaime como culpable de una doble herejía: ser cátaro y homosexual, padecer de una desviación psíquica y de una perversidad carnal. Se trataba de un caso que, de manera urgente, debía tomar en sus santas manos la Inquisición y probablemente el **juicio seculari**. Tras de la cruz se apreciaba, sin duda, el tufillo del azufre.

Capítulo VI

Continuación del precedente, y que podría llevar el nombre "de la tortura a la hoguera".

El verdugo confiaba en arrancar la confesión. "Mi experiencia me dice -se secreteaba con su mujer- que, con el auxilio de la rueda, el potro o el **stivaletto** -para no hablar de la ordalía del agua o de la del fuego- obtenemos no sólo la verdad, o el develamiento de lo deliberadamente agazapado entre la espalda y el pecho del hereje, sino todo lo que deseamos o nos proponemos que nos diga. La tortura nos sirve, debo confesártelo, mujer, como unas pinzas de dentista para extraer las verdades ocultas en el cuerno del pecador como muelas podridas y malolientes. Se habla de libre albedrío, pero nadie puede resistir el infernal argumento del dolor. Yo creo -pero que, por el amor de Dios, no me oigan mis superiores- que hay dos tipos de sufrimiento: aquel del que se vale Dios para que el sentenciado a la cámara de tortura confiese sus errores de pensamiento o de acción y se arrepienta, y aquel que se halla bajo el control del demonio y que coloca en la boca del reo exactamente lo que desea el santo Tribunal. El padecimiento enloquecedor, en este caso, no logra asir por la fuerza realidades enmascaradas, sino esculpe fantasías, no pocas veces inverosímiles y

truculentas, que brotan aparentemente de las profundidades de una vivencia finalmente confesada. Ortodoxos sin mácula que aceptan ser feligreses de las heterodoxias más repulsivas o extravagantes, mujeres humildes e incultas que dicen mantener verdaderas orgías con los íncubas y los súcubos más libidinosos de las huestes diabólicas, campesinas que, en el potro de la tortura, relatan su adicción a la misa negra, sus pactos lujuriosos e innombrables con Belcebú, su afición de barrer los cielos, y su debilidad por los aquelarres en que la batuta orgiástica la lleva el Príncipe de las Tinieblas (delatado por una pata de macho cabrío que al caminar arrastra), hombres y mujeres, en fin, que confiesan haber cometido crímenes horrendos, perversiones inimaginables, y pensamientos aspiraciones demoníacos... Todo esto puede lograrse por obra y gracia de la administración cuidadosa, precisa, científicamente calculada, del sufrimiento. Por eso, mujer, confío en arrancar al hereje aragonés que han puesto en mis manos la confesión de sus desviaciones".

El verdugo no sospechaba que, frente a tantos y tantos que, al caer en poder de la Inquisición, se doblegaban ante las acciones, o el mero amago, de la bestia inmisericorde y sanguinaria de la tortura, de vez en vez, se erguía alguien, que podía llamarse

Huss o Savonarola, Servet o Bruno, que encarnaba la diferencia, lo inesperado, lo prodigioso y dejaba sin palabras al dolor punitivo o reestructuraba el sufrimiento hasta hacerlo una monstruosa máquina para arrancar aullidos, pero no confesiones. El verdugo tampoco sospechaba que Jaime Valdés estaba hecho de ese temple. Que era una excepción. Que llevaba un mártir en sus entrañas, oculto incluso para él mismo, el cual, a fuerza de tortura, derramamiento de sangre, profusión de lágrimas y exultación de alaridos, brotaría, señero e impasible, de su carne masacrada por los negros designios del poder eclesiástico.

No lo sospechaba. Creía que arrancar de la lengua del sastre la doble confesión de que su dueño era hereje y perverso, cátaro y homosexual, iba a ser un trabajo fácil si se aplicaba el dolor físico, de manera planeada y gradual, sobre el cuerpo inerme y debilitado de Jaime Valdés. Pero el sastre se creció al castigo. Inesperadamente empezó a resistir. Gritaba, lloraba, se desmayaba, pero resistía. Tenía el brazo roto por la tortura, pero no lo daba a torcer. Había llegado, por fin, la oportunidad de ser hombre, de abandonar la mediocridad, de autodefinirse, en medio de una situación límite, como persona. Persona libre y responsable. Persona indómita, crítica.

Llegó, finalmente, el día del auto de fe. La aplicación graduada de torturas, la utilización del martirio como sistema aterrador de convencimiento, había fallado. Jaime logró realizar durante esas semanas una operación quirúrgica inimaginable: escindió su alma de su cuerpo. Dejó al cuerpo hablando solo. Mientras él, o lo más verdadero, esencial y definitorio de él, se fue a refugiar en un rincón del alma donde al sufrimiento físico -que no dejaba, desde luego, de existir y demandar atención- no se le permitía tomar parte en las decisiones ni hacer sugerencia alguna. Es indudable que la sola amenaza del suplicio supremo -llámese cruz, hoguera, horca, guillotina o garrote vil- hace que muchos abandonen su obstinación o su terquedad, para decirlo con el lenguaje de los victimarios, o dejen de lado, vencidos finalmente, su convicción o su evidencia, para expresarlo con el de las víctimas. La entereza, el valor, el carácter humano de Jaime se habían ido retirando paulatinamente del cuerpo -de las manos malheridas, de las piernas dislocadas, de los brazos sometidos a una franca trituración de huesos- para ocultarse, defenderse, abrigarse en el hondón del ánimo, ahí donde el dolor y ahora la muerte constituían tan sólo un rumor distante, horrendo si, pero blandengue y cada vez más inofensivo.

La comitiva avanzó, pues, a la plaza de San Diego. Don Alonso sostenía a Jaime. Desempeñaba el papel de confesor y a cada diez o quince pasos le exigía, pero en veces le suplicaba, que se arrepintiese, que echase fuera de sí el orgullo, que confesara.

-Está en mis manos -le decía- trocar la hoguera por la horca.

Jaime no decía nada.

-Ahorrad, pobre hombre, el holocausto. Por lo que más queráis, deponed finalmente vuestra altanería.

El sastre contestaba con el más orgulloso de los silencios. Si deseamos ser justos, conviene aclarar que al sastre no lo animaba lo que un autor moderno⁵ ha llamado "el apetito del martirio". Estaba lejos de abrigar ese tortuoso sentimiento. Más bien se había hecho a la idea de que su destino era agonizar entre las llamas. Ya en el calabozo había tenido una lucha cuerpo a cuerpo con su instinto de conservación, y, no sin dificultades, no sin estremecimientos y terrores, salió victorioso en la contienda. Camino hacia el auto de fe, la voz de don Alonso le molestaba no porque lo hiciese dudar de su decisión, que era inquebrantable y desconocía las fisuras, sino porque lo interrumpía en su

⁵Lucien Febvre.

meditación. Ante la insistencia del prelado, ante sus jaculatorias imprudentes, ante su lastimoso sentimiento de culpa, Jaime llevó el dedo índice y el pulgar al brazo de su acompañante y le dio un pellizco tan inesperado como intenso. Don Alonso se detuvo, sorprendido, y toda la comitiva con él. Se encolerizó momentáneamente. Pero comprendió de golpe que carecía de sentido volcar su enojo contra el que estaba a punto de entregar su cuerpo a las llamas y su alma al infierno. Intuyó que el pellizco le estaba diciendo: "callad, dejad de importunarme". Y a partir de este momento no se cruzó palabra entre don Alonso y el sastre.

Jaime Valdés necesitaba el silencio. Era su último bien. Lo requería para meditar. Para evaluar aceleradamente su conducta. Es cierto que no pudo hacerlo de manera cuidadosa y sistemática -en un momento dado, por ejemplo, se distrajo al recordar cuando era niño y había presenciado la ejecución de Don Alvaro de Luna y la envidiable entereza del Condestable-; pero en lo fundamental, dominando las vivencias inesenciales y poniendo a raya el temor, sí logro echar mano de él y hasta logró llevar a cabo un último diálogo consigo mismo, por el que se supo en armonía plena con su conciencia, tras lo cual dio un respiro, miró el cielo, sintió que la brisa, una

brisa fresca y juguetona, le golpeaba el rostro y le desordenaba el cabello, y puso el pie en el primer peldaño que llevaba a la pira.

Ahorrémonos el relato de lo que vino a continuación. No pocos de los contemporáneos de este suceso se vieron presa de la indignación, pero de una indignación atada de manos. No insistamos en ello. Atendamos tan sólo al último minuto de la vida de nuestro sastre. Cuando el humo lo rodeaba y el calor homicida se acercaba a pasos agigantados a su víctima, se dibujó en el rostro de Jaime, hacia el cual se enderezaba la atención de todos los espectadores, una sonrisa. Sí, una sonrisa. El público en general y la clerigalla presente, no podían dar crédito a lo que sus ojos contemplaban. Una franca, abierta, contagiosa sonrisa. Don Alonso y todo el cuerpo de sacerdotes y ayudantes presentes en el auto dieron señales inconfundibles de nerviosidad. Pero la sonrisa rompió sus límites y ascendió la escalera de la hilaridad.

-Es obra del demonio -dijo don Alonso.

-Obra del demonio -repetieron desde los sacerdotes hasta los monaguillos.

Jaime se reía a mandíbula batiente. Deliraba. Tosía. Se ahogaba. Las manos de humo se estrechaban en su garganta, mientras él advertía que alrededor se

hallaban miles y miles de sanbenitos. Toda la producción española de sanbenitos. Muero -se decía- pero conmigo mueren todas estas vestimentas ignominiosas y ridículas. Tal idea le pareció profunda y extremadamente cómica. El fuego, voraz, no pudo nada contra la befa y el sentido de humor de un sastre aragonés, homosexual, libre pensador y mártir que abandonó este mundo en el santo crematorio del quemadero presa del más grande dolor imaginable y deshaciéndose en carcajadas. **¡Qui habet aures audiendi, audiat!**

TERCERA PARTE

EL TERCER CISMA

SECCIÓN PRIMERA: HOMBRES DE SU ÉPOCA

Capítulo I

Ludwig Ermatinger, un fraile agustino de extracción campirana.

Cariocinesis. Esta palabra nos evoca un proceso biológico sorprendente: las células, de acuerdo con su ley interna de reproducción, no son hijas de un acoplamiento, sino de un divorcio. El uno se convierte en dos. Y cada una de las nuevas **minucias existenciales** se transformará, cuando le llegue el momento, en otras dos...y así por los siglos de los siglos. La cariocinesis es un proceso central de la citología. Pero su resultado -el hecho de que una línea divisoria se convierta en madre de un par de gemelos-no es privativo, ni con mucho, de esta ciencia natural. A flor de labio tenemos varios botones de muestra de tal aseveración. Pero esta pasión ejemplificadora está fuera de lugar, resulta inútil y deviene tediosa tanto para el que habla por la pluma como para el que escucha por los ojos. Centrémonos mejor en un solo caso de "cariocinesis" fuera de la biología: la de los cismas del cristianismo. Esta religión presenta esencialmente tres grandes desdoblamientos cariocinéticos⁶: el primero, que tuvo lugar entre los seguidores de Saulo-Pablo y los judeo-cristianos,

⁶Para no hablar del cisma avignonés.

encabezados, como toda hace suponer, por Santiago el Justo, hermano de Jesús; el segundo, que se llevó a cabo entre la Iglesia católica romana de Occidente y la Iglesia católica ortodoxa de Oriente, y el tercero, que se realizó entre los reformadores luteranos y la Iglesia católica, apostólica romana⁷.

La vida, la pasión y la muerte de Ludwig Ermatinger, humilde sacerdote alemán, discurre toda ella en el siglo XVI. Ludwig es uno de los millones de individuos que, por las condiciones históricas, las vicisitudes políticas y los desgarramientos religiosos, se vio empujado a evaluar sus convicciones, a tomar partido y a ser, como tantos otros, un hombre de su tiempo. De su tiempo significa aquí: en la tumultuosa época del tercer cisma de la religión fundada por Cristo. Vio la luz en las inmediaciones de Augsburgo a principios de siglo, concretamente en el año de 1501. Nació en una familia campesina que se hallaba desde tiempos inmemoriales bajo la servidumbre de un noble, vasallo a su vez de los príncipes de este reino del sur de Alemania. El amo aristócrata de los Ermantinger era un hombre hasta cierto punto liberal. A diferencia de la mayor parte de los terratenientes de la época -que exigían de sus siervos una renta en trabajo o en

⁷ Dejaremos de lado por ahora los dos primeros cisma, y hablemos del último.

especie- él fue uno de los primeros en demandar de "sus campesinos" una renta en dinero, lo cual hizo que los Ermatinger -padre, madre y dos hijos-, se desplazaran frecuentemente al terminar la cosecha hacia las ciudades de Augsburgo, Munchen o Nuremberg para tratar de vender los productos propios de la estación a cambio de una suma de dinero de la cual separaban aproximadamente el 60% para completar la renta monetaria que obligatoriamente tenían que entregar al señor y el 40% para sufragar los gastos indispensables para su existencia y reproducción. Era, a decir verdad, una forma distinta de aprovechamiento. Trabajo no retribuido, con olor a leche, quesos y estiércol, pero que no había hallado aún la manera de ocultar su carácter de explotación. El niño Ludwig, en este ir y venir del campo a la ciudad y de la ciudad al campo, poco a poco empezó a menospreciar las costumbres aldeanas, la ignorancia típica del labrador y su "materialismo" sólo encubierto por un velo religioso superficial, y acabó por dar su preferencia al modo de vivir, pensar y actuar de la villa. Cuando Johannes Ermatinger pudo ahorrar la cantidad de dinero suficiente para pagar los gastos de educación del muchacho en la ciudad, pidió permiso al señor terrateniente para que su hijo pudiera abandonar el condado y entrar como seminarista en el colegio religioso de Augsburgo -ya

que ello "era su vocación más cara y entrañable". El señor no se opuso. Y el muchacho partió, risueño y pleno de ilusiones, con un salchichón en la mano derecha y una Biblia en la izquierda, a la busca de su noviciado.

Wittenberg era más que una ciudad en el sentido moderno de la expresión, un pequeño villorio de Sajonia donde se congregaba un espectro abigarrado de categorías sociales: artesanos, pescadores, comerciantes, universitarios, sacerdotes y, a partir de cierto instante, la burocracia del Ayuntamiento. El caserío era pobre, pero limpio; humilde, pero trazado de manera bellamente irregular. Algunos locales -talleres, comercios al menudeo, pequeños almacenes de materias primas o de manufacturas- se erguían sólidos y bien contruidos. Pero los tres edificios más importantes del burgo eran, en ese orden, la iglesia, el monasterio y la Universidad.

En el año de 1517 estalló en este pueblecillo germano un grito de guerra. El monje agustino Martín Lutero, que ingresó en la orden de los agustinos en Erfurt en 1505 y fue ordenado sacerdote dos años después, fijó el 31 de octubre de aquel año en la puerta de la catedral de Wittenberg 95 tesis que, entre otras cosas, denunciaban el escándalo del comercio de

indulgencias y aludían, basadas en San Pablo y en San Agustín, a la esencia teológica del pecado y la penitencia. Al oponer Lutero a la "nueva Sodoma" encarnada en el **presente** por el papado corrupto y corruptor, las prácticas religiosas del remoto **pasado** -a las que veía como manifestaciones del cristianismo primitivo auténtico, previas a la jerarquización eclesiástica y al encumbramiento terrenal del sumo pontífice-planteó, sin ser plenamente consciente de sus implicaciones, un manifiesto revolucionario preñado de **futuro** y de exigencias de cambio. No es la primera vez, ni con mucho, que la revalorización del pasado y el rechazo en su nombre del presente, hace acto de presencia con los escandalosos síntomas de la subversión. Se diría que el futuro logra establecer una alianza con el pasado para luchar contra el enemigo principal de ambos: el presente.

En Augsburgo, Ludwig entró en conocimiento de un abad, solícito e intuitivo, que, al verlo tan humilde y entusiasta, tan cristiano y amante de las obras, había decidido llevarse al joven a la ciudad de Wittemberg, a orillas del Elba, a completar sus estudios en el monasterio del lugar y desempeñar tareas que no sólo tenían que ver con el conocimiento y la difusión del cristianismo, sino con la limpieza del lugar y otra serie innumerables de pequeños y no

tan pequeños servicios. Esta extraña ocupación de "evangelista y mandadero" lejos de arredrar a nuestro entusiasta joven, le pareció enormemente atractiva y, en vísperas de cumplir sus 17 años, lo convenció de trasladarse a la villa de marras.

En el momento en que Martín Lutero irguió el puño en contra del papado y en que, por así decirlo, la iglesia de Wittenberg lanzó a rebato el coro de 95 voces de la insurrección religiosa, el joven Ermantinger no sólo era un individuo más de los que, curiosos, se acercaron al portón del templo para leer la proclama que algunos, los menos, consideraban inspirada por el Demonio, y que otros, la inmensa mayoría de la ciudad, pensaban dictada por el mismísimo Dios-, sino que era, de tiempo atrás, y después de convertir a su corazón en un militante apasionado de la Reforma y de la bibliocracia, un partidario febril y beligerante de las prácticas, discursos, opiniones y escritos del gran rebelde. Lo había escuchado hablar en la cátedra y en el púlpito. Se había cruzado no pocas veces con él en los patios del monasterio, en las naves de la iglesia o en los corredores de la Universidad. Hasta había intercambiado con el agustino algún saludo y podía asegurar que el futuro traductor de la Biblia le había lanzado una mirada amable e inquisitiva. No se

atrevió nunca, sin embargo, a intercambiar palabras con él. La timidez, que nos disminuye tantos centímetros de estatura y nos hace ocultarnos tras los pliegues de la omisión, se había adueñado de tal modo de su espíritu que caminaba con los hombros caídos, con la cabeza hacia abajo y los brazos pegados al cuerpo. Probablemente Lutero, por lo menos en aquella época, no reparó en él. Algo muy distinto ocurrió con Philipp Melanchton. Este no esperó a que el seminarista apocado y de contadas frases le dirigiera la palabra, sino que, sencillo y afable como era, se fue hacia él, comprobó que en Ludwig había un muchacho entusiasta y estudioso y abrió las puertas de su confianza e íntimo afecto a este joven que habría de convertirse en el íntimo amigo del gran humanista y admirador de Erasmo que era el propio Philipp. Si Melanchton acabó por convertirse en el brazo derecho del padre de la Reforma, Ermatinger podría ser llamado, si ello no resultase un tanto irónico e impertinente, el brazo derecho del brazo derecho.

Ermatinger no era, desde luego, un improvisado. Sabía de los antecedentes de la Reforma. No le eran ajenas las ideas e inquietudes del inglés Juan de Wycliffe o las del bohemio Juan Hus, que tan directa y definitivamente influyeron respectivamente en esas dos avanzadas del pensamiento reformador

que fueron el movimiento de los Lollards en Inglaterra y la herejía de los husitas en Bohemia. Ludwig, a partir de los 17 años y durante varias décadas, fue radicalizando paulatinamente, sin aspavientos ni publicitaciones demagógicas, sus opiniones teológico-políticas. Comenzó, como casi todos, adhiriéndose a las ideas del gran Erasmo. Su libro de cabecera fue durante mucho tiempo el **Enchiridion militia christiani** (manual del caballero cristiano) y estaba convencido de que la Iglesia, como el animal que se sacude con un severo temblor del cuerpo y con el auxilio de su cola la invasión de los insectos voraces, debía llevar a cabo un gran sacudimiento que, con la ayuda del **corbacho** erasmista, arrojarla de su cuerpo todos los elementos indeseables, corruptos y tergiversadores de su misión sobrenatural. Pero apenas entró en conocimiento de las 95 tesis de Wittemberg y, más que nada, cuando fue devorando los escritos cada vez más audaces que iban saliendo de la pluma de Lutero, como **A la nobleza cristiana de nación alemana para la reforma de la clase cristiana**, de 1520, o **Del cautiverio babilónico de la Iglesia**, del mismo año, para no mencionar más que dos de esos textos, firmó un convenio, signado con sangre, con su propio corazón, por medio del cual se comprometía a dedicar su vida y

si fuese preciso su muerte a la Reforma luterana de la Iglesia tradicional. Su adhesión a las ideas de Lutero, no le impedían detectar -sobre todo cuando alguien más diestro que él conseguía encender una tea en el corazón de un enigma- opiniones erradas, dudosas o unilaterales del maestro. Tal fue el caso con dos apreciaciones, enarboladas tímidamente por Melanchton y que Ludwig hizo suyas tan pronto las escuchó de labios de éste: que Lutero no era del todo justo con Erasmo (cuando el agustino la emprendió contra el gran humanista) y que ciertas aseveraciones luteranas sobre la **predestinación**, justas en lo esencial, se ubicaban a veces en un extremo no sólo difícilmente defendible, sino localizado, por la ruidosa exaltación de la divinidad, en los bordes mismos de la inmolación inmisericorde de la responsabilidad humana. Sustancia pensante metamorfoseada en esponja: metáfora perfecta para aludir a la psique del joven Ermatinger. La vocación de toda esponja es satisfacer una sed que le viene de no sabemos qué parte de la red de orificios que la constituyen. Ludwig había nacido con un alma muerta de sed, un alma presta a absorberlo todo con la condición de que presentase las cualidades diáfanas del agua dulce. Pero llegó finalmente el momento del trago amargo.

Lucero y Melanchton sonaban con una transformación estrictamente religiosa. El primero pugnaba porque la **Iglesia visible** -el Papa, la curia romana, la Iglesia y toda su jerarquía fuera desplazada por la **Iglesia invisible**: la **religio** íntima y profunda que debe establecerse entre la criatura y el Creador. La autoridad pontifical había perpetrado un latrocinio a los feligreses: les había secuestrado a su Dios. Y había colocado el muro de la **autoridad tradicional** entre las Santas Escrituras (en que yace, accesible y abierta, la revelación) y el feligrés piadoso que mientras vuelve los ojos a la Biblia, oye en su interioridad el sacro delecto de la palabra divina.

Pero muchos sucesos de significación histórica y de carácter terrenal, iban a ocurrir y estaban ocurriendo, a espaldas de la teología, en la Alemania de la época. En estas condiciones, los gestos, las palabras y hasta los malos humores del padre de la Reforma empezaron a tener abruptamente consecuencias sociopolíticas. Es cierto que muchos señores feudales católicos consideraban al rebelde **como poseído por un demonio que había estudiado teología**, que estaba al tanto de la tesis del último Agustín (el de la lucha contra Pelagio) o que era partidario del

occamismo de Biel -en la versión de Staupitz. Pero algunos poderosos aristócratas nacionalistas hablan decidido brindar un entusiasta apoyo al reformador. Tal el caso del elector de Sajonia o del Landgrave de Hesse. Tuvo lugar entonces la rebelión de los caballeros de 1522-1523 que, bajo la gula de Ulrico de Hutten, representante teórico de la nobleza alemana, y de Franz Von Sickingen, veterano de la reforma luterana y representante militar y político de Hutten, conmovió buena parte de Treveris, Würtemberg y de Baviera, lanzándose a la ocupación de las grandes extensiones territoriales de la Iglesia romana.

Ludwig Ermatinger, sin saber explicárselo del todo, vio con simpatía esta insurrección de la nobleza. Admiraba la erudición de Erasmo, la bonhomía de Melanchton y la rabia teológica de Lutero; pero, por influencia de los nobles en armas, y sobre todo de Hutten y de Karlstadt, el colega de Lutero en la Universidad de Wittenberg, creía que la reforma religiosa debía ir acompañada por una reforma social. La mutación de lo espiritual o, mejor, la reconquista de lo sagrado, sólo podía ser consolidada y devenir definitiva si se articulaba con la mutación de lo profano. Ludwig empezó a desarrollar, a partir de este momento, lo que

podríamos llamar indistintamente un privilegiado "olfato teórico" o una penetrante "sensibilidad social". Advirtió que, con el arranque del cisma religioso y de la lucha de los señores, surgían y a veces se entrecruzaban dos líneas divisorias en el cuerpo social: la primera, de índole teológica, escindía a los reformadores y a los papistas, y la segunda, de carácter social y político, contraponía a los príncipes y a los nobles. Hutten y Sickingen, en efecto, conformaron en 1522⁸ una alianza de la nobleza de Renania, Suabia y Franconia, en Landau, muy prometedora en apariencia. Los caballeros libres del Imperio le echaban la culpa de todos los males a los príncipes, a los curas y a la influencia extranjera de Roma. Pero fueron incapaces de aliarse con los burgueses y, mucho menos, con los campesinos. En septiembre de 1522, el ejército de Sickingen atacó al elector y Arzobispo de Tréveris, y estuvo a punto de derrotarlo. Pero los príncipes, ni tardos ni perezosos, interceptaron sus aprovisionamientos. Tras de esto, el landgrave de Hesse y el lector del Palatinado, con ejércitos más poderosos y mejor provistos, corrieron a prestar su ayuda al Arzobispo de Tréveris. Sickingen se vio obligado a refugiarse en su castillo, donde murió al poco tiempo.

⁸ Un año después de aquella Dieta de Worms en que Lutero, en presencia del entonces joven emperador Carlos V, no dio ni **su** brazo, ni **su** corazón, ni sus convicciones a torcer.

Hutten huyó a Suiza y falleció asimismo pocos meses después. Es importante dejar constancia de que esta derrota anuló de una vez por todas el poder de la nobleza alemana como corporación deslindada de los príncipes. En adelante, los señores aparecerán siempre asociados, como uña y carne, con los príncipes en todos los conflictos, acciones y propósitos en que éstos se vieron comprometidos.

A partir de todo lo precedente, la situación en los principados alemanes, lejos de entrar a una etapa de pacificación y estabilidad, empezó a complicarse extraordinariamente. La rebelión de los hombres del campo irrumpió, feroz, incontenible, con los **Doce artículos** de los campesinos de Suabia. Los campesinos alemanes sintieron que había llegado el momento de la destrucción.

Capítulo II

Los señores jugaban a los bolos (continuación del precedente)

Se enamoraron del caos. El pacifismo rutinario acostumbrado les revolvió el estómago y se les fijaba a la mitad del cuello con la contundencia dulzona y repulsiva de la náusea. Ocuparon las tierras del señor. Devastaron los palacios. Se arrojaron a las iglesias para liberar a Dios del cautiverio pontifical. Pusieron en primer plano, en una palabra, la lucha de clases. El **dramatis persone** de ese momento histórico ya no sólo comprendía a los **protestantes** contrapuestos a los **católicos**, a los **nobles** en guerra imposible contra los **príncipes**, sino a los **campesinos** y sus **aliados** contra todo el **sistema feudal** que servía de común denominador a una Alemania dividida en principados e intereses regionales contrapuestos. Momento de la destrucción, pero también del sueño. Ya Karlstadt (o Carlostadio) pero sobre todo Münzer, habían lanzado su vociferación desgañitada contra el reformismo gradualista. Era imposible encontrar a Cristo en los golpes de pecho del Papa. Inimaginable que, en una Iglesia ganada por Mefistófeles, se pudiera aún distinguir la **vox Dei** en medio de los cantos gregorianos de costumbre, tan falaces como monótonos. Para construir, para levantar

los pilotes de la esperanza, para dar al traste con la idea de que la ilusión es la materia sutil de que está formado el ideal, hay que empezar por arrasarlo todo. Sin contemplaciones. Sin otro remordimiento que el de quedarse a mitad del camino.

Todo esto pasó por la mente de Ludwig. ¿El principio de contradicción se habla adueñado de su espíritu? ¿Qué sucedía en las entretelas de su corazón que inexorablemente se enamoraba del aspecto **negativo** de la historia? ¿Por qué se hizo reformista **frente** a los católicos, defensor de los nobles **ante** los príncipes, partidario de los siervos **contra** la feudalidad? En el fondo, todo se lo debía ciertamente a Lutero; pero qué lejos se hallaba ahora Ludwig de las posiciones políticas, sociales y hasta religiosas de éste. El gran agustino fue invitado por Hutten y Sickingen a sumarse a sus esfuerzos. Se negó violentamente. Fue requerido por Karlstadt, por Mtünzer y aun por los anabaptistas a participar en su movimiento y en .sus ideales. Lutero los miró despectivamente y acusó a Tomás Münzer de ser un "instrumento de Satán". El reformador de Eisleben jugaba a la equidistancia. Su lugar no coincidía ni con el de los señores feudales ni con el

de los campesinos. En el alambre del justo medio pretendía edificar el **templo espiritual** de su Dios. Respecto a la pugna de los campesinos y los aristócratas feudales, Lutero resucitaba la actitud de Erasmo cuando pretendía tender el iluso **punto de la conciliación** entre la subversión luterana y el despotismo papal. Después de un **silencio** que molestaba a todos, el fraile insurrecto escribió finalmente, en abril de 1525, su **Exhortación a la paz a propósito de los doce artículos de los campesinos de Suabia, y también contra el espíritu de asesinato y de bandidaje de los otros campesinos amotinados**. En este escrito comenzaba a criticar a los príncipes y terminaba por reconvenir a los campesinos en armas. La segunda parte era mucho más amplia, tajante y virulenta que la primera. El padre de la Reforma se pronuncia en el sentido de que el Evangelio condena toda insurrección. "Ni la maldad ni la injusticia justifican la rebeldía", refunfuñaba. El poder público, los privilegios feudales, la inequidad social han sido establecidos por el insondable designio del Señor. "Sólo aquel que la ha instituido con sus manos -argüía- puede destruir y arruinar la Autoridad: de otro modo es la rebeldía, es contra Dios". El agustino grita lleno de cólera a los campesinos -a labriegos que se creían, en un momento dado, sus seguidores y discípulos- que inclinen la

cerviz, que abandonen el orgullo, que vuelvan a la tierra santa de la resignación. La sola libertad que debe preocupar a los hombres es la libertad interior...

Es de imaginar cuánto desagradó y escandalizó la postura de Lutero a los rebeldes y a sus aliados. El pueblo empezó a hablar mal de él, lo tildó de cobarde y hasta llegó a apedrearlo en Orlamünde. Ludwig Ermatinger se sumó, enfurecido, a la colérica opinión de los amotinados. Renegó de Lutero. Repudió, asimismo, a Melancton. Y vio, sorprendido, que sus preferencias estaban del lado de Münzer y aun de los anabaptistas y sus fantasías quiliásticas⁹.

Por aquel entonces, Ermatinger cayó enfermo. Fue presa de vómitos y dolores de cabeza. Cuatro días guardó cama y al quinto, sintiéndose mejor, se levantó del lecho, pidió un caldo de gallina y, con la Biblia bajo el brazo, se dispuso a reanudar su vida de siempre. Pero antes de ir a la Universidad, recordó de golpe un sueño que lo habla embargado, en medio del delirio y los sudores, la noche anterior: columbraba que el cielo oscurecía paulatinamente; pero no por la congregación de

⁹ Basadas en la convicción de que se aproximaba la vuelta de Cristo para inaugurar una era milenaria fundada en la igualdad de todos, en la libertad y en la justicia. Se trataba, en realidad, del resurgimiento de la vieja idea de la **parusía**.

sombras que hacen la noche, sino por la acumulación de nubes, de negrura amenazante, que empezaban a hablar de ventiscas, huracanes o algo peor. Ludwig volvía los ojos al cielo en espera de que lloviera a cántaros. Divisó de pronto que se separaban los nubarrones. Creyó que era el momento en que se infatuaria el relámpago, se insolentaria el trueno y se precipitaria a la tierra la plateada irascibilidad del rayo. Pero no. Por la abertura que se había formado entre las nubes oyó una voz -que no podía ser sino la de Dios Padre- que le decía: "¡Ludwig, mi querido hijo, dirígete a Turingia!". Y así como los truenos se van poco a poco aminorando al término de la tempestad, escuchó, cada vez más débilmente: "¡Dirígete a Turingia!", "¡a Turingia!", "¡Turingia!"...

Turingia se habla convertido en el cuartel general de los sublevados. En esta ciudad, bajo la jefatura de Tomás Münzer, no sólo lograron los campesinos aliarse con la fracción plebeya -que comprendía, entre otros agrupamientos, a la burguesía incipiente- y con el proletariado -que por primera vez deja oír su voz en los conflictos sociales de Alemania-, sino que separaron la Iglesia del Estado, se organizaron de manera comunista, destruyendo no sólo las relaciones sociales y económicas feudales, sino adelantándose, como con desesperación, a un reloj de

la historia que parece renunciar, en pleno idilio con la quietud, a toda prisa¹⁰.

Ermatinger salió, pues, de Wittemberg y llegó a la comuna de Turingia en la primavera de 1425. Una vez en la ciudad, se presentó ante el rebelde de Stolberg, esto es, ante el gran Tomás Münzer. Como éste último ya sabía de él, y estaba al tanto de sus discrepancias con Lutero, su presencia en las filas de los "sublevados de Dios" fue recibida con beneplácito y entusiasmo. En ese instante, Münzer estaba escribiendo una misiva a Lutero y a Melanchton. Tomó del brazo a Ludwig y le dijo: "¿Qué te parece esto que he escrito?". A continuación pasó a leer lo siguiente:

"Queridos hermanos, dejad la espera y las dudas, el tiempo urge, el verano está en la puerta. No hagáis amistad con los impíos, pues ellos impiden que la palabra obre con toda su fuerza. No aduléis a vuestros príncipes, si no queréis perecer con ellos. ¡Oh, sutiles doctores!, no os enfadéis, que no puedo obrar de otra manera". Ludwig se sorprendió a sí mismo al aceptar sin reserva los términos de la epístola y más que nada porque halló de pronto que la expresión "sutiles doctores" convenía a la perfección a los dos teólogos que habían ayudado

¹⁰ Algo semejante ocurría en el reino apocalíptico de Juan de Leyden en Munster.

esencialmente a tejer la maravillosa tela de afirmaciones, conjeturas y denuncias necesarias para apresar a los enemigos del pueblo; pero que, por quién sabe qué escrúpulos, nociones sospechosas o temores paralizantes, no se atrevían a arrojarse contra ellos. Münzer y Ermatinger, como Nicolás Storch y sus anabaptistas, estaban convencidos de que las diferencias religiosas implicaban o conducían a enfrentamientos de clase y de que las contraposiciones de clase acababan por dirimirse bajo un signo religioso. Esto es lo que no querían o no podían ver los primeros reformadores. Lutero y Melancton se oponían al partido católico conservador y al partido revolucionario de los campesinos de Turingia. Pero se resistían a caer en cuenta que, por obra y gracia de este doble deslinde, se conformaban como un partido más: un partido no sólo moderado sino dueño de una naturaleza política difícilmente definible por entonces, pero que, poco a poco, en el proceso mismo de la tímida búsqueda de su **lugar propio** entre los señores feudales y el pueblo -el proletariado incipiente y, **más** que nada, los campesinos víctimas de todo tipo de atropellos y exacciones- se empezaba a esclarecer...

La batalla definitiva tendría que darse en Frankenhäusen. Las huestes campesinas no podían

rehuir el encuentro. Turingia se convirtió en un hervidero. Los ejércitos de los príncipes avanzaban desde diversos puntos y materialmente era imposible la huida o la rendición. Münzer tenía el don de ubicuidad, y su voz se oía al mismo tiempo en diferentes puntos. Los campesinos formaban el grueso de su ejército. Pero también estaban con él los comerciantes y los artesanos, los burgueses y los intelectuales. Hasta una parte de la nobleza -la pequeña- y una parte del clero -el bajo, de carácter campesino- cerró filas con el partido revolucionario. Turingia estaba llena de vagabundos y pordioseros que buscaban protección frente al avance de los príncipes y de los nobles -que habían olvidado por fin sus diferencias. Münzer no sabía qué hacer con el lumpen-proletariado. Jamás el número de mendigos fue mayor en Alemania que en la primera mitad del siglo XVI. Y ahora una parte considerable de éstos -atraídos por la protesta y repelidos por las amenazas- se había concentrado, mezclándose con los nómadas religiosos anabaptistas, en la ciudad revolucionaria. Ermatinger tuvo una idea y se la comunicó inmediatamente a Münzer. Había que hacer un ejército de mendigos que llevara a cabo, respecto al enemigo, funciones de hostigamiento, distracción y guerra de guerrillas. Münzer habló de la falta de armamento. Pero Ludwig señaló que un acervo de

palos, azadones, rastrillos, piedras y mucho odio y heroísmo eran más que suficientes para pertrechar al "ejército de vagabundos" que debía sumarse a los otros ejércitos en lucha contra el régimen caduco y criminal. Ermatinger fue puesto por Münzer al frente de las huestes harapientas.

A los mendigos de Ermatinger les tocó combatir al ejército del Landgrave Felipe de Hesse por el flanco izquierdo. No pudieron avanzar un milímetro. Y, sin ser derrotados inmediatamente, se llenaron de heridos, inválidos y moribundos. El Campamento de los "soldados andrajosos", como les llamaban sus enemigos, se volvió una especie de hospital o una planicie de quejidos. Ludwig iba de un lado a otro tratando de dar ánimos aquí, consuelo allá, instrucciones "militares" más allá. Todo resultó, como se comprende, tan inútil como trágicamente ilusorio. Las horas de este grupo "armado" estaban contadas. El 14 de mayo de 1525, hacia el mediodía, un pequeño regimiento de los príncipes que decidió combatirlos en serio, produjo la desbandada general de los vagabundos metidos a sublevados, y sin dificultades capturó a Ludwig Ermantinger, el ingenuo, bienintencionado y utópico "jefe militar" de ellos. Al día siguiente, el ejército de Münzer fue prácticamente deshecho, su

jefe apresado y llevado al suplicio sin delación. Días después, en Lupfenstein, el duque Antonio derrotó a los rústicos. En junio, los campesinos de Franconia eran despedazados. Toda la Alemania campesina era devastada, al grado de que, según se decía, los nobles jugaban a los bolos con las cabezas de los labriegos...

Todos los jefes importantes de la Liga de Münzer fueron hechos prisioneros y ejecutados: Hubmaier, Conrado Grebe, Francisco Rabman, Schappelar y Jacobe Wehe. El derramamiento de sangre estaba a la orden del día. La masacre ni siquiera se tomó el trabajo de contar sus víctimas. Ningún amotinado podía escapar. Ludwig, arrojado al calabozo, no sería ni podía ser la excepción.

El compañero de celda de Ermatinger era el temor. Sobre todo cuando recapacitaba en que muy pronto estaría ante el cadalso. Ignoraba si el medio utilizado para su eliminación sería la horca, la decapitación o la hoguera. Por más esfuerzos que hacía, no le era dable evitar el temblor de las manos y el castañetear de los dientes. Con un trapo sucio trataba inútilmente de limpiar el sudor de su rostro. El miedo, sin embargo, no le anulaba una cierta satisfacción: haber sido fiel a su pensamiento.

"No me he doblegado", se decía. "No pueden nada contra esta cabeza donde se ha enquistado la idea fija de la libertad". "Nada pueden, Jesús mío, nada pueden"... Pero después de paladear con gusto su honradez, su verticalidad, su brazo nunca dado a torcer, advertía, horrorizado, que el temor volvía a expandirse y a adueñarse de su cabeza. Desde una sien a otra, levantaba de nueva cuenta la convicción de la muerte cercana. La idea del dolor mayúsculo. La idea de perder el piso y precipitarse a quién sabe dónde. La idea espeluznante de que él, su yo, su conciencia, su libre albedrío se hundirían en algo que -aun suponiendo que exista- no es la vida, lo conocido, lo familiar, lo cotidiano.

Lo sacaron a empellones de la mazmorra. Apenas podía caminar. Vio a su alrededor, y comprendió de golpe que lo llevaban hacia la horca. Dentro de unos minutos su cuerpo se uniría al de un gran número de ahorcados que balanceaban su tragedia reciente a lo largo del camino. Tuvo un nuevo miedo. Un miedo insoportable. Un miedo que no lo dejaba caminar, ni ver claramente su entorno, ni decir nada. El corazón se atragantaba los latidos. Mas entonces también se le reapareció el orgullo. Qué maravilla morir al pie de su convicción. Qué privilegio no dejar nunca de ser hombre. Hasta se sentía físicamente más grande de lo

que era. En la celda, cuando el miedo lo dominaba, la satisfacción consigo mismo pasaba a segundo plano y viceversa, en un vaivén interminable. Pero ahora, el temor y el orgullo se habían adueñado simultáneamente de su cerebro. Un sentimiento luchaba por deshacerse a codazos del otro. Pero nada.

Cuando le pusieron la horca al cuello y le apretaron el lazo, el pavor hizo lo imposible para ganarle la partida al orgullo. Pero éste, fortalecido como nunca, no cedió un ápice. Al momento en que el verdugo le derribó de una patada el pedestal de madera que lo sostenía, Ermatinger lanzó un alarido que impresionó, atemorizó y conmovió a todos los presentes. Estos, ingenuamente, lo interpretaron como el grito de dolor generado por el ahorcamiento, cuando no era en realidad sino el aullido de un miedo que, en el último instante, vivía su derrota en manos de la dignidad.

SECCIÓN SEGUNDA: EN TORNO AL CALVINISMO

Capitulo III

El espadón de la teocracia

La perspectiva no es únicamente el apreciable tesoro de la pupila del pintor, sino el secreto que nos permite advertir que un mismo individuo, colocado en posiciones diversas, cambia de rostro. Un ser humano, por ejemplo, exige tolerancia al hallarse en la oposición y ejerce la intolerancia cuando accede al poder. La perspectiva, pues, nos explica por qué el cristianismo, con las rodillas hincadas en el polvo y con la esperanza de que el ave mensajera de su rezo llegara hasta el Creador, pedía clemencia y tolerancia a los poderosos romanos cuando era un credo minoritario y perseguido., pero, en el momento mismo de escalar el poder, de convertirse en poder, le sobrevino la amnesia de su etapa opositora y ofendida. Con qué denuedo, con qué pujanza, con qué ejemplaridad se manifestaron Lutero, Melanchton, Zwinglio, Farel y Calvino a favor de la libertad religiosa cuando pugnaban, en medio de un catolicismo ubicuo, por tener un sitio propio donde pudieran elevar sus ojos en la forma específica en que sus convicciones les dictaba. Nada más caro entonces que la tolerancia religiosa. Nada más reprobable que el

fanatismo inquisitorial de la Babilonia romana o la voz del Anticristo -el Papa- que presumía salir de los pulmones de la verdad absoluta. Pero cuando algunos de ellos llegaron al poder -o, por lo menos, se convirtieron en factor político decisivo e insoslayable- el vocablo **tolerancia** se les escapó del cerebro y no tornó a hacer acto de presencia entre sus labios.

Resulta en verdad apasionante ver cómo se entrecruzan e interinfluyen dos hechos históricos de común relacionados, pero diferentes: el cisma y la intolerancia. La **sociología del cisma** nos dice- recordemos la cariocinesis- que la unidad entra en contradicción consigo misma, mastica palabras disolventes y se desdobla. Cuando llega al **punctum saltans**, esto es, cuando el argumento de la unidad desfallece frente al argumento de la pureza, aparece una línea divisoria, primero tenue, imprecisa y superable, que acaba por prefigurar después el plano arquitectónico del muro. Cuando la línea invisible se torna frontera en armas, y los habitantes de un lado y otro devienen sordos como la propia tapia que los escinde, la intolerancia sabe que ha llegado su momento, se suma al cisma, lo ahonda, lo consagra y lo convierte en irreversible. El cisma es imposible allí donde la intolerancia es amordazada, allí donde

alguien supo dejar de ser tolerante con el fanatismo. Cuando la amenaza de cisma va acompañada de tolerancia, el antagonismo se convierte simplemente en diferencia, color distinto, soberbia destrucción de la uniformidad. Pero es una ley sin excepciones que **todo fanatismo genera su particular Inquisición**. Que todo coleccionista de verdades absolutas convierte o termina por convertir las discrepancias naturales en indiscutible motivo de fracturación cismática y que, una vez ocurrido lo anterior, la exaltación que ha conducido al distanciamiento de los antiguos camaradas, pida o exija --odio y temor entremezclados- su crucifixión.

Martin Lutero tuvo sus entusiasmos amorosos con la idea de la tolerancia. Poco después de que el Sumo Pontífice diera a conocer en Alemania, en junio de 1520, la bula **Exsurge Domine** -que amenazaba al monje disidente con la excomunión- y que formalizara ésta en enero de 1521 tras de enterarse de que el reformador había quemado la bula en la plaza principal de Wittemberg, Lutero se opuso apasionadamente a la coacción de las conciencias y al derecho del poder secular para reprimir la heterodoxia.

Por aquel entonces hizo hincapié en que: "ningún hombre puede o debe ser obligado a creer, antes bien,

todos han de ser instruidos en el Evangelio y alentados a creer, aunque se les deje en libertad de obedecer o no ". La frase final podría haber sido escrita por cualquiera de los humanistas liberales o por aquellos valientes precursores de la tolerancia como fueron Hübmayr, Castalión, algunos anabaptistas y muchos antitrinitarios. En 1523, en **Sobre la autoridad Secular** Lutero fue más lejos aún. La herejía, escribió, es "tarea de obispos, no de príncipes. No se puede erradicar la herejía por la fuerza; para eso se requieren otros métodos; se trata de una pelea diferente de la que se gana con la espada". Y todavía de manera más contundente: "La herejía es algo espiritual. No se la puede combatir con hierro ni quemar con fuego". La convicción de la necesidad de los cristianos de una "pelea sin espada" o de un combate "sin hierro y fuego" contra la herejía, trasciende los marcos de la intolerancia y cuestiona severamente el uso de la fuerza o el hecho de dejar que el chisporroteo de la leña diga la última palabra.

Insistamos. Hasta 1525, aproximadamente, Lutero se define como un defensor exaltado de la tolerancia. En 1522 se opuso a la supresión forzosa de la misa en Wittemberg, como deseaban de hacerlo algunos de sus correligionarios, en estos términos: "Se puede hablar

y escribir contra ella, pero no quiero que nadie haga uso de la coacción y de la violencia". Son suyas, además, estas palabras de 1525 a favor de los anabaptistas no violentos: "Dejadles predicar como quieran, porque es necesario que haya herejías". Y es que, a su entender, la presencia de las herejías sirve a la verdad que se ve obligada a definirse en contraposición a ella. Al leer, sin embargo, los textos del monje alemán inmediatamente posteriores a la excomunión, ronda por nuestro espíritu una duda. ¿Lutero está exigiendo la libertad religiosa en general o se limita a demandar la libertad religiosa protestante - el libre examen, la salvación por la fe, etc.- **frente** a la intolerancia del poder papal? ¿Está hablando de una libertad de credo **para todos** o sólo **para algunos**? O digámoslo de manera más precisa: ¿la idea de la tolerancia religiosa es sólo **táctica**? Preguntas éstas de enorme importancia porque si la defensa de la libertad religiosa que hacen los primeros reformadores es puramente táctica, esto es, si su único propósito estriba en lograr que los católicos les permitan sobrevivir, entonces se deja abierta la puerta para que, cuando el protestantismo salte al poder, arroje la libertad de creencias al museo de antigüedades y reestablezca, por obra y gracia del fanatismo, la espada, el hierro y el fuego de la Inquisición.

A decir verdad, tras de tomarse en cuenta la evolución de Lutero -desde la época en que encarnaba un peligro para la Iglesia Romana, hasta el instante en que las sectas radicales representan una amenaza para él- no puede uno menos que concluir que, por desgracia, el poder del protestantismo no concebía la tolerancia, en su primera etapa, sino de manera táctica o si se prefiere diplomática, con el sabor inconfundible de la maniobra.

1525 es el año en que Lutero, de manera abrupta, deja a un lado su discurso de la tolerancia. Resulta indudable que este cambio de actitud tiene que ver con el estallido de las guerras campesinas y con el hecho de que las exigencias socioeconómicas de los labriegos -que no se conformaban con las rectificaciones teológicas o los sacudimientos al interior de lo sagrado- chocaban con la aceptación y hasta simpatía que Lutero guardaba por el orden jerárquico existente. Este cambio de estado de ánimo o este viraje de perspectiva es elocuente en su folleto **Contra las Bandas Ladronas y Asesinas de campesinos**, donde Lutero vocifera: "nada puede ser más venenoso, dañino o demoníaco que un rebelde". Y a partir de entonces, inicia, con paso firme y, por lo visto, sin dudas, sin escrúpulos y sin

arrepentimientos el camino teórico-práctico de la intolerancia. La teoría cristiana del amor al prójimo y aun al enemigo, quedó arrumbada en no sabemos qué cajón del bargueño del olvido. El lenguaje de Lutero empieza a parecerse al de sus enemigos católicos. Pero él no logra visualizar su intolerancia naciente en el espejo de la vieja intolerancia católica, porque le nubla la vista la emergencia de nuevas sectas religiosas, también partidarias de la Reforma, que no sólo discrepan con él y sus seguidores cercanos en tales o cuales principios teológicos, sino que cuestionan primero y rechazan después la repulsa del agustino a mezclar la religión con las protestas sociales. Lutero se dirige entonces a los predicadores y les dice: "a quienes defiendan, prediquen o sostengan cualquier tipo de doctrinas erróneas se les ordenará salir a toda prisa de nuestros territorios, y si volvieran se les castigaría de modo ejemplar". Es indudable que Lutero, enfrentado de manera simultánea a Roma y a las sectas reformadoras radicales, vuelve los ojos a los príncipes y se enajena al poder.

Repitámoslo: si consideramos la evolución del luteranismo - desde el momento en que conllevaba un peligro para la Iglesia Romana, hasta el instante en que las sectas radicales representaban una amenaza para

él- es preciso concluir que el Padre de la Reforma concebía de manera esencialmente táctica la demanda de libertad religiosa en su primera etapa. Por otro lado, resulta importante formularnos esta pregunta: ¿en los llamados a la tolerancia de Lutero no hay alguna prefiguración de la intolerancia posterior? ¿En su discurso a favor de la libertad de creencias no existe **in nuce**, de modo un tanto invisible y por ello inadvertido, la forma embrionaria de lo contrario a lo que dice o a lo que parece decir? En ninguna parte, verbigracia, asienta Lutero: "propugnamos por la tolerancia religiosa y prometemos que, de obtener nuestro credo el predominio en tal o cual parte de Prusia o de Sajonia, no trataremos jamás de imponer por la fuerza nuestras convicciones". En ese silencio, en esa no referencia a lo que hará el protestantismo al generalizarse, al combinarse con el poder, es donde radica la forma larvaria en que se presenta, más bien se oculta, la **intolerancia posterior** en el **discurso a favor de la tolerancia** que elabora el monje agustino de 1517 a 1525.

La actividad de Ulrich Zwinglio nos puede servir también para ejemplificar el tránsito de la tolerancia a su contrario. Cuando este pionero suizo de la Reforma, convertido en parte al luteranismo, predicaba en la ciudad de Zurich hacia 1520, no perdía

ocasión para manifestar su beneplácito por el humanismo liberal de Erasmo y para demandar a las autoridades católicas indulgencia con la apostasía y la desviación doctrinal. Zurich fue a Zwinglio lo que Ginebra a Calvino: el lugar de su prédica fundamental, primero, y de su centro de operaciones, después. Las opiniones reformadoras de Zwinglio dominaron la ciudad; pero Zürich no se hallaba compuesta únicamente de luteranos o, mejor, de partidarios de Zwinglio. Había también católicos y anabaptistas. La intolerancia de Zwinglio se ejerció primeramente contra los **viejos maestros de la intolerancia**, esto es, contra los católicos: a partir de 1524 el servicio religioso católico romano fue gradualmente restringido, hasta que se prohibió definitivamente en 1526.

Más peligrosos que la vieja religión -que se hallaba en Zürich en plena decadencia y cuestionada por todos- eran los grupos anabaptistas que, encabezados por Conrado Grebel y **Félix Manz**, protestaban contra la dominación de los zwinglianos y amenazaban la reforma ciudadana y religiosa llevada a la práctica por Zwinglio. El ideario místico-comunista de las sectas radicales provocaban la furia del predicador, el que, sin querer ni poder ocultar su iracundia, escribía: "Quienes están tan bien informados que saben que se poseerá todo en común,

deberían ser expuestos en la horca como ejemplo habitual para nosotros". Muchas cosas pueden ser tildadas de herejía y merecer por ello la punición correspondiente a la gravedad de su desvío; pero nada peor que demoler el derecho de propiedad privada y pretender, con satánica soberbia, instaurar un régimen igualitario en que las palabras **tuyo** y **mío** acaben por ser vistas con la expectación asombrada con que registramos las piedras de unas ruinas o los desfiladeros de una mala memoria. Tal heterodoxia, que era la de los anabaptistas, merecía un castigo ejemplar. El gobierno de Zurich tomó cartas en el asunto: no sólo convirtió en forzoso el bautismo infantil, sino que, en 1526, proclamó la pena de muerte para quienes se volvieran a bautizar. Siguiendo estas disposiciones, fue ahogado Félix Manz, el anabaptista más visible y enérgico de Suiza, en el lago de la ciudad: fue llevado por la fuerza al elemento natural que, desde el Bautista, significa la dulce y líquida iniciación en el credo cristiano, pero no para ofrecerle vida y esperanza, sino para darle la muerte en el hórrido bautismo que le cambió el nombre a los autores físicos e intelectuales del hecho por el de asesinos.

Acosado por dos fuerzas enemigas -los cantones católicos de Suiza, mejor armados que los

protestantes de Zurich, y las disensiones internas con los anabaptistas- Zwinglio optó por un gobierno fuerte, por un fanatismo oficializado, en fin, por el espadón de la teocracia. Sin embargo, a este gran reformador no le fue dable, como a Calvino, gozar de la realización de sus sueños sociales y religiosos, porque falleció en el campo de Kappel, luchando a brazo partido, contra el ejército de los cantones católicos en el año de 1531.

La diferencia entre las ideas de Calvino cuando era víctima de la persecución -su padre y un hermano murieron excomulgados- y cuando pasó a formar parte de los persegutores y victimarios, es más tajante aún que la descrita en los casos de Lutero y Zwinglio. A la época en que, tras de convertirse al luteranismo, se vio en la necesidad de huir, a los veinticuatro años, de Francia a Basilea, corresponden sus manifestaciones claras y contundentes a favor de la tolerancia y en contra de la pena de muerte. "Es anticristiano perseguir con las armas al expulsado de la Iglesia y negarle los derechos de la humanidad", dice por aquel entonces. "Es criminal matar a los herejes. Hacerlos perecer por medio del hierro y el fuego es negar todo principio de humanidad", insiste. La **Institutio religionis Chriatianae** (1535), considerada como una de las obras centrales de la

Reforma, y de donde están tomadas las citas anteriores, es un opúsculo en que se ve, desde el lado del perseguido, lo inaceptable por inhumana que resulta la intolerancia religiosa, y se rechaza expresamente la justificación que, desde el punto de vista del persecutor, da el poder para anular la tolerancia, a la que se considera como simple debilidad ante el diabólico significado de la herejía. No es necesario narrar aquí con detalle qué cambios se operaron en el pensamiento de Calvino cuando se hizo del poder, de todo el poder, en Ginebra. La verdad absoluta fue coronada. La petulancia de la regla llevó al cadalso a las excepciones. La vieja Inquisición, olorosa todavía a incienso, resucitó de entre los muertos. El fanatismo se mezcló con la atmósfera para inmiscuirse en los pulmones. La intolerancia rugió con furia, azotó los muros, rompió los diques y se desparramó por todas las calles de Ginebra.

REFLEXION II

La noche es la hora ideal de hacer el amor y la poesía. Es el momento en que todo se halla dormido menos la inspiración, menos la mente que se exalta y arroja sus hambrientas redes al universo mundo para pescar el revés de las cosas. Yo puedo pergeñar unas imágenes o darle respiración artificial a una anécdota a las ocho de la mañana o a las seis de la tarde. El sol canicular nunca ha podido derretir mi impulso creativo o evaporar la tinta que en mis cuadernos de notas dan testimonio de mis ejercicios estéticos antes meridiano. Pero el momento ideal de arrojarse en brazos de la musa, deslizar mis dedos por todos sus escondrijos y dar con el endecasílabo de su orgasmo, es al filo de la media noche. Las más de las veces, cuando las manecillas del reloj se empalman para rendirle culto a las doce del insomnio, llega mi hora: doy con la palabra exacta -que al tronido de letras logra el alumbramiento del sentido oculto-, espigo de la atmósfera el apíteto enigmático -que le despelleja toda mediocridad al sustantivo- y apreso la frase oportuna -que le suelta las riendas al portento...

En cierta ocasión, no obstante, sentí que el

turbulento río de sangre, pero también de tinta, que se atropellaba en mis venas, iba perdiendo impulso, tendía a estancarse y hasta desdecirse, con el sentimiento de culpa que embarga a todo borrador metido a moralista. El más estéril de los estados de ánimo me mordió la punta de la lengua. Mi musa sufrió un desmayo. Me dolieron todas las palabras. El silencio se me hizo nudo en la garganta. Y entonces, precipitadamente, ocurrieron tres cosas extrañas: algo brotó de la botella de tinta, reflejó su fugaz tránsito por el espejo y se fijó no sé si permanentemente en mi mano izquierda. Todo ello ocurrió en un abrir y cerrar de ojos o en un instante con urgencias de muerte. Levanté la mano a la altura de los ojos y ahí estaba **él**, con su aspecto inconfundible y armonizado con el tufillo de azufre producido por la alquimia omnipotente de la imaginación. Me le quedé mirando. Vi su boca cerrada entre las comisuras del silencio. Pensé: "debe de tener voz de bajo profundo", "ha de ser dueño de esa tesitura que alcanza las notas más graves -aquellas que se ubican en el mismísimo infierno". Esperé -ingenuo de mí- que me soltase:

**Parte son d'una latebra
del gran Tutto: Oscuritá.
Son figliuol della Tenebra**

che Tenebra tornera.

Pero el demonio nada sabia de ópera y hasta confundía el vals Mefisto con cualquier forma de mareo. Sin embargo, no cabía la menor duda: pertenecía a la estirpe fabulosa y estremecedora de las ciencias ocultas...

-Ocultas entre las sábanas, murmuró entre dientes.

Yo me puse a pensar en lo paranormal, lo misterioso, las supersticiones en acoso o en la "enésima dimensión" donde la "energía" -esa panacea de los delirios- sirve de comodín para todas las trampas filosóficas. Abrí los ojos, pues, a esta casera irrupción de lo sobrenatural...

-Yo me llamo Yaldabaoth -se regocijó.

-¿Cómo? balbucee.

-Yal-da-ba-oth -afirmó deletreando el infinito.

El nombre no me dijo nada, como tampoco la palabra Dios puede decirle algo, ni al revés ni al derecho, a quien pertenece a las huestes de Heráclito.

-Por la telepatía -continuó el **Angel de mis tinieblas**- sé que me estás asociando con la metafísica, lo "paranormal" y las mil y una maneras en que el temor, pero más que nada, las ilusiones y deseos suenan con tener a la muerte como una mera estación de tránsito.

-No entiendo - le espeté- todo esa galimatías.

Sin oír mi queja, prosiguió:

-Yo no me hallo relacionado con las supersticiones, y su sueño dorado de codearse con la ciencia. Si acaso pertenezco a lo que podría llamarse lo parasexual...

-Eres, pues, un demontre chocarrero -aventuré.

-Pues claro -replicó. Nada tengo que ver con el Lucifer de la "citta dolente", el Satán de Milton o el Mefistófeles de Marlow o de Goethe. Vivo además en tu cuerpo...

-¿En mi cuerpo?

-Si, de la cintura para abajo.

-¿Y cómo es que te hallas aquí, en la palma de mi mano?

-Es que tú, mi querido portaligas, estabas enfermo de mí, habías ingerido demasiada lubricidad y estabas francamente congestionado de deseos... y sin válvula de escape. Esto hizo crisis. Me proyectaste, y aquí estoy frente a tus ojos y ante tus oídos. Pero veme bien. Estudia mis facciones. Contempla mi barba. Mira estas arrugas. Estas manchas en la piel. Esta mirada escéptica. ¿Qué te recuerdan?

-No sé. Aunque pareciera...

-Correcto. Que eres tú mismo.

-Que tienes frente a ti el **demonio de la guarda** que te soy. Este escudero que te me propongo ser. Este compañero que tienes a la mano y en la mano. Yo soy

tú. Tú eres yo. Ambos constituimos el pequeño drama, sin apuntador, de la unidad y lucha del hombre y el potro que, en su *ayuntamiento*, saben que la línea más corta entre la realidad y el sueño es un pegaso.

Capitulo IV

En que la opinión pública ginebrina pide la palabra para decir lo que piensa

Los ginebrinos somos un pueblo religioso y alegre. Los ateos y los tristes -que también los hay entre nosotros- se pueden contar con los dedos de una mano que nos da noticia de las excepciones. Lo religioso nos vincula al cielo, nos **religa** al trasmundo prometido, el júbilo nos hace tener muy bien puestos los pies -y el corazón y los sentidos- en la tierra. Nuestra curiosidad, que está enamorada de todo lo nuevo (y más que nada de lo que ocurre en el mundo de las creencias), se sintió alborozada y sorprendida, pero también recelosa y con algunas dudas, al enterarse de que en Alemania había corrido como reguero de pólvora la inconformidad con el catolicismo romano. Pronto supimos de las andanzas, los desacatos y las valentías de Martin Lutero, de las guerras de los señores contra la nobleza, de la subversión de los campesinos y los anabaptistas contra los aristócratas y la clerigalla y, de manera muy especial, del movimiento de Zwinglio aquí mismo en Suiza: en la ciudad de Zurich. Impulsados por nuestro espíritu cristiano profundo, velamos cada vez con mayor desagrado el catolicismo imperante y la política papal.

Nos disgustaban sobremanera la corrupción, el boato, la simonía o tráfico de indulgencias, el distanciamiento del alto clero respecto a nosotros, la intolerancia convertida en pan nuestro de todos los siglos, la adoración de las imágenes, la hipocresía en la conducta, el dogma estólido de que una jerarquía eclesiástica degradada y corrompida debería considerarse la autoridad suprema en cuestiones de fe y moral y la última palabra en la interpretación de las Sagradas Escrituras. Respondiendo a este estado de ánimo anticlerical, el domingo 21 de mayo de 1536, convocados por toques de clarín, los ciudadanos de Ginebra declaramos por **referendum** que sólo deseábamos vivir según el Evangelio y la palabra de Dios.

En estas circunstancias decidimos, para decirlo con el lenguaje de ese momento, "reconquistar las iglesias para Dios" o "restituirle sus moradas a nuestro Señor Jesucristo". Pero adentro de ellas y, desde luego, de la catedral de Saint Pierre, se hallaba oficiando, escondido casi, el clero católico, y no pocas veces ocurrió que las capillas fueron transformadas por los católicos en fortalezas protegidas por un mal incienso y el fanatismo de unos cuantos. "El Anticristo se resiste a perder sus dominios", decíamos, mientras nosotros, cientos de

nosotros, nos hallábamos fuera de los templos sitiándolos, pero sin pasar a mayores.

Entonces vino un francés, llamado Guillaume Farel, y nos hizo un regalo inapreciable: la audacia. Nos empujó hacia adelante. Ridiculizó las pretensiones del agua tibia de quemar las manos. Encabezó nuestra lucha. Y entramos a saco en los templos, con furia iconoclasta, para deshacernos de los curas, las estatuas y las imágenes. La destrucción de las esculturas y pinturas de santos y santas, y su sinfín de advocaciones, existentes al interior de los templos, significaba, a nuestro entender, limpiar a éstos de las impurezas paganas, cortar de una vez por todas el vínculo entre el monoteísmo y las supervivencias idolátricas que el catolicismo romano venía arrastrando desde hacía siglos. El clero católico decía que la imagen de los santos y las santas debían formar parte de la casa de Dios porque, con sus obras, se habían convertido en legados o embajadores del Creador. Que eran un puente entre nosotros los pecadores y el Hacedor del mundo. Que fungían como emisarios para que Jesucristo oyera nuestros ruegos. Pero el reformador francés que nos encabezaba, y nosotros con él, decía que esas imágenes o esos iconos en lugar de permanecer en su lugar de **medios** se convertían invariablemente en **finés**. Y

había quien adoraba más al santo o a la santa -como si fuera una deidad- que al Señor que está en los Cielos.

Pero Farel operaba sobre todo como hombre de acción. Era, como alguien de nosotros dijo, "nuestro intrépido capitán del caos". Tenía sin duda una gran capacidad para la subversión y el desmantelamiento, para el manotazo y la destrucción. Pero no sabía construir. Podía dar un empujón y hacer que las cosas se bambolearan y cayeran; pero carecía de dotes constructivas y el demiurgo que deseábamos todos acabase por nacer en su organismo, brillaba por su ausencia. Por eso volvió los ojos, un poco desesperado, en demanda de auxilio, a un joven de Picardía que se hallaba por entonces en Ginebra. Este doncel, llamado Calvino, tenía veinte años menos que nuestro mentor y dirigente -el cual pertenecía más bien a la generación de Zwinglio; pero poseía una sólida preparación teológica y humanista y parecía detentar desde un principio una voluntad férrea.

¿Quién era este Jean Calvin, Ioannes Calvin o Calvino, como lo conocemos todos hoy? Bien pronto nos enteramos. Oyendo unos rumores de aquí, tomando datos de allá, supimos que Calvino nació en Noyon en 1509. Su padre era Procurador de Cabildo y Preceptor Arzobispal: era Secretario del Obispo de Noyon.

Calvino se dirigió en 1523 a París y se inscribió en varios colegios: entre otros, como el propio Erasmo, en el de Montaigu. Graduado en artes en 1528, estudió derecho en Orleans y en Bourges dicese que oyó lecciones de Melchior Wolmar, quien acabó por convertirlo en un franco simpatizante del luteranismo. Tres años después, volvió a Noyon porque su padre estaba gravemente enfermo. Por cierto que el progenitor del joven teólogo murió excomulgado, lo que ha de haber ofendido de manera especial a su descendiente. Las razones de la excomunión no nos son claras. Se rumorea que el motivo esencial de ello no fue doctrinal o dogmático, sino una irregularidad en las finanzas, ya que Calvino padre no había rendido cuentas al Cabildo desde 1527 hasta 1531, fecha en que saldó cuentas definitivas, pero al Señor.

Uno de nosotros, maestro de escuela y humanista, nos aclara, con admiración y afecto por el joven Calvino, que, en 1532, tras de volver a París, escribió un enjundioso comentario a un escrito de Séneca que se llama "De clementia". En verdad Calvino estaba lejos de ser un improvisado...

Por aquel entonces, según hemos sabido, el teólogo francés se vinculó de manera militante a los círculos

reformadores de la capital francesa. A partir de este momento, su vida fue la de un fugitivo, ocultándose del Argos de la Inquisición. Calvino no aceptaba que se le llamase hereje. Los herejes eran los católicos romanos. La ortodoxia residía en la fidelidad a la Biblia y, a través de ella, a la voz de Dios, y no a los acuerdos tomados por mayoría de votos en los concilios o surgidos de la arbitrariedad individualista y magnificada del Sumo Pontífice.

En septiembre de 1534, Calvino tomó parte en el caso conocido con el nombre de "los pasquines contra la misa" inspirados en Lutero y Melanchton. Al mes siguiente tuvo que refugiarse precipitadamente en Basilea ya que algunos empleados de la Inquisición se hallaban materialmente pisándole los talones. La estancia de Calvino en Basilea es importante, según nos hemos enterado, porque aquí publicó, sus **Instituciones de la religión cristiana**, escritas un año antes y dedicadas, quizás por razones cautelosas y diplomáticas, a Francisco I, como años después, lo hará Copérnico al dedicar su magna obra **Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes** de 1543 al Papa. Algo que se comentó mucho entre nosotros, en esta ciudad del Ródano y el Lago, es que las **Instituciones** constituyen el primer esbozo general de la doctrina protestante y que pueden ser consideradas la obra

canónica máxima del protestantismo.

Varias son las tesis que se manejan y se desarrollan en este libro. A nosotros, la grey evangélica ginebrina, nos llagarán al corazón fundamentalmente y de manera inmediata un par de ellas: la de que el cristiano sólo debe admitir dos sacramentos, el bautismo y la comunión, que no son otra cosa que símbolos conmemorativos que adquieren eficacia y certidumbre por la fe, y la de que son indispensables tanto una Iglesia treformada que predique la Palabra de Dios, como un Estado nuevo que imponga el orden. En Calvino ya no hacen acto de presencia las vacilaciones, los escrúpulos o las reticencias que embargaron insistentemente el ánimo de Lutero para crear una nueva Iglesia. El está claro. Y quiere lo más pronto posible poner manos a la obra para erguir lo que gustaba de llamar "nuestra República en Cristo".

Tras de breves estancias en Ferrara y en Paris, Calvino se traslada a nuestra ciudad en 1536 invitado por Guillaume Farel, quien lo tenía en alta estima y había adivinado en él al estadista innato y al conductor de pueblos que estaba destinado a ser. Nuestro Farel, sometido invariablemente a partir de este momento al joven teólogo, pide encarecidamente a este último que

tome a su cargo nuestra dirección espiritual. Calvino se muestra al principio reticente ante la propuesta. Vacila, alude a su juventud, dice de su experiencia. Suplica a Farel que lo deje entre sus libros, su latín y sus disquisiciones teológicas. Finalmente, después de darle vueltas y más vueltas a la proposición, hace saber a Farel que, como parece hallarse predestinado por Dios para crear una nueva Iglesia y un Estado inédito, acepta sin reservas la oportunidad de llevar a la práctica un ideal político-religioso que desde hacía tiempo deambulaba por las galerías de su imaginación. El 5 de septiembre se le nombra, por iniciativa de Farel, "lector de la Santa Escritura". Su primera estancia en nuestra ciudad, de 1536 a 1538, terminó, sin embargo, en un fracaso. A los tres meses de hallarse entre nosotros, presenta calvino un **Catecismo** que, en veintiún artículos, formula las bases de una nueva concepción de la vida espiritual y pública de nosotros los ginebrinos. Calvino tenía la pretensión, que nos dejó un tanto sorprendidos, y a muchos de nosotros descontentos, de que tal **Catecismo** no fuera sólo un catálogo de recomendaciones sino una ley de Estado. Molesto por el recibimiento frío que hicimos de sus propuestas, Calvino, con la permanente ayuda de Farel, logró que el Congreso reducido nos obligara a todos a confesar y jurar públicamente tal **Catecismo**. Nos vimos obligados a ir de diez en diez, conducidos

por pastores calvinistas, a la catedral de Saint Pierre y allí, alzando nuestras diestras, teníamos que prestar juramento al texto que previamente se nos leía. Aquel que se negaba a hacer tal cosa, era obligado sin más a salir de nuestra Ginebra, con todos los problemas que ello acarrearía para él y su familia. Como "lector de la Santa Escritura" -que era, recordemos, el nombramiento nada espectacular que había recibido el teólogo francés-, no tenía el derecho personal de castigar a nadie por delitos de opinión. En ese momento estaba muy lejos de la voluntad del Consejo, privarse de la facultad de punición por esa causa y por otras. Ni Lutero ni Zwinglio -aunque este último sólo en un sentido formal- habían tratado de disputar, a lo que sabemos, ese derecho a los magistrados civiles. Mas Calvino, con auxilio de un numeroso grupo de eclesiásticos afines a él, intenta y logra rebajar un tanto al Consejo municipal, hasta convertirlo con frecuencia en el poder ejecutivo de sus mandatos.

Pronto empezamos a sentir la presencia de Calvino en todas partes y en los sitios más inesperados. ¡Quién se hubiera imaginado, verbigracia, que se iba a valer del sacramento de la eucaristía como de un instrumento de lucha! Le dio una enorme importancia a la comunión colectiva. Sólo invitaba a la "cena de

nuestro Señor Jesucristo" a aquellos eclesiásticos y a otros que tenían una conducta irreprochable y a los que no se podía tachar de desviaciones "romanas" o anabaptistas. Quienes de manera ostensible no eran invitados a la comunión, podían considerarse, por ese hecho, ya como excomulgados. Aunque ellos lo requiriesen, se les negaba el sacramento y a partir de ese instante estaban de hecho muertos civilmente. Nadie podía hablar con el excluido, ni comerciar con él, ni brindarle subrepticamente la mano de la misericordia. Si la persona "puesta en entredicho" no se retractaba y se resistía a hacer penitencia, no le restaba otro camino que el destierro.

No sólo había malestar por todo ello entre nosotros o en una parte señalada de nosotros. También el Consejo ofrecía cierta resistencia. La municipalidad, por ejemplo, tomó la decisión, a contrapelo de los designios de Calvino, de que la comunión pública tuviera lugar cada trimestre y no cada mes como exigía el picardo.

En un principio, antes de que fueran desterrados de nuestra ciudad las personalidades vigorosas e independientes, ofrecimos cierta resistencia popular a Calvino. A varios de nosotros nos desagradó sobremanera que el francés nos reprendiese desde el púlpito -como

si fuéramos chiquillos malcriados o, peor aún, vulgares ladronzuelos- porque no coincidíamos en todo y por todo con la idea del **cristiano** que el habla esculpido entre una sien y la otra. Es de subrayarse que algunas calles enteras de nuestra ciudad - tal el caso de la **Rue des Allemands-** se negaron provocativamente a prestar juramento al **Catecismo** y se vieron presas de una gran hostilidad frente al uso que hacía Calvino de la "cena de nuestro Señor Jesucristo". El Consejo -la Asamblea popular reducida-, a pesar de hallarse muy influido por Calvino, no se atreve entonces a ejecutar la sentencia calvinista con todos los renuentes y excluidos. Y una nueva elección ciudadana que tuvo lugar por esa fecha, mostró que una mayoría de nosotros habla comenzado a oponerse a las arbitrariedades del apasionado jefe espiritual que soñaba ya con hacerse del poder absoluto. Los resultados de dicha elección mostraron de manera indiscutible que sus incondicionales en el Consejo perdieron su mayoría en el nuevo Consejo reducido de febrero de 1538. Este nuevo Consejo no le era hostil, en verdad, a Calvino. Cada una de sus sesiones, además, se hallaba presidida por el carismático francés. El Consejo sólo le pide prudencia. Ir poco a poco. Los grandes cambios no pueden hacerse de la noche a la mañana. Hay que armarse de paciencia. Las diferencias entre Calvino y la municipalidad tendían a ahondarse; pero Farel, el ídolo de la juventud y de todos nosotros, le brinda su

invariable apoyo, lo cual, a pesar de las críticas, las reticencias y hasta la oposición velada o abierta, significa que la fuerza político-religiosa de Calvino está lejos de debilitarse. Además, el picardo es un individuo de armas tomar. Sorpresivamente, critica al Consejo desde el púlpito. El Consejo que estaba integrado por veinticinco magistrados- abandona su debilidad y espíritu conciliatorio y se pronuncia tajantemente declarando que es inaceptable la utilización del púlpito para fines políticos. Estalla, pues, una guerra franca entre los eclesiásticos, numerosos y apasionados, seguidores de Calvino y el poder civil. Calvino muestra su temple. En los momentos aciagos y difíciles se devela su temeridad y decisión. Acepta la guerra. Toma la iniciativa y penetra en la catedral de Saint-Pierre. Ascende al púlpito que la disposición oficial le vedaba. Y empieza a hablar... Muchos de nosotros nos hallábamos en la nave del templo. Y como estábamos armados por igual los prosélitos de Calvino y los partidarios del Consejo, estuvimos a punto de convertir el templo en un campo de matanza. Por fortuna, los ánimos se fueron poco a poco serenando ante la promesa de la Municipalidad de convocar al **Consejo de los doscientos**, la instancia civil suprema de poder. La reunión extraordinaria del **Consejo de los doscientos** representó

una severa derrota -pero sólo transitoria, como veremos- para Calvino, porque se pronunció contra el picardo por una gran mayoría. Los eclesiásticos rebeldes, seguidores del "predicador de Saint-Pierre", fueron depuestos, se les confiscaron los bienes y se les indicó que un plazo perentorio debían de abandonar nuestra ciudad. Calvino fracasa, pues, en su primer intento, y, desterrado en 1538, se refugia en la ciudad de Estrasburgo. La posición e influencia de Farel también se debilitó a tal punto que fue asimismo exilado a la ciudad de Neuchâtel. La verdad es que la disciplina que estos dos hombres pretendieron imponernos irritó a muchos de nosotros. Y la primera estancia de Calvino en esta ciudad a orillas de Ródano, de 1536 a 1538, terminó de manera asaz diferente a como había comenzado. En el otoño de 1536, cuando llegó a Ginerabra y accedió a los requerimientos de Farel, dicese que dijo a un conjunto de eclesiásticos: "Vengo con el corazón preñado de luz: tengo tantas cosas que ofreceros" y ahora, en 1538, sin decir esta boca es mía, sintió que nuestra ciudad lo despedía dándole un portazo. Pero la derrota no puede ser sino un accidente transitorio e irrelevante para quien se siente predestinado por Dios a realizar en verdad el Evangelio y a ser la tajante fe de erratas de la corrupta Iglesia con capital en Roma.

Capítulo V

Que es continuación del precedente, y en donde la opinión pública ginebrina prosigue su relato y termina su alocución

No hay mejor paloma mensajera que la curiosidad. Investigando aquí y allá, preguntando a diestra y siniestra supimos finalmente que Calvino, al abandonar Ginebra, fue a Estrasburgo invitado por Martin Bucero. Es importante recordar que en la primera mitad del siglo XVI esta ciudad alemana dio asilo a los más conspicuos líderes de la Reforma posluterana: Lefèvre D'Étaples, Calvino, Farel, Beza, etc., no tanto porque deseara ejercer la libertad de cultos y la tolerancia religiosa, sino por el anhelo de los gobernantes estrasburgueses de promover la unidad entre los cristianos de la Reforma. La figura central y más influyente de esta línea de acción era Bucero. Este, que se había adherido a la Reforma en 1518, llegó a Estrasburgo en los veintes y se convirtió, como Zwinglio respecto a Zurich, en el líder religioso de la ciudad. A diferencia de Lutero, para quien el problema de la unidad de los protestantes no era prelativo, Bucero convirtió la idea de la unificación en ideal regulador de toda su conducta. En consonancia con esto, Bucero *dedicó* muchos años de su vida a que los luteranos y los

zwinglianos se pusieran de acuerdo en la interpretación del significado teológico de la eucaristía¹¹. Tal vez sea interesante mencionar el hecho, muy revelador de la política religiosa de nuestra época, de que, a pesar de su fama de tolerantes, abiertos y avanzados, los gobernantes de Estrasburgo, sin excluir a Bucero y Capiton, implantaron en 1540 la pena de muerte contra el ala radical de los reformadores: los anabaptistas.

Tres hechos relacionados con la estancia de Calvino en Estrasburgo son dignos de tenerse en cuenta: primero, que en esta ciudad estableció contacto con el otro capitoste de la Reforma: Melanchton, y tal vez esta relación, y el intercambio de ideas, experiencias y propósitos, que llevaba aparejada, le permitió a Calvino dar las últimas pinceladas y los retoques necesarios a la pintura mural de su utopía. Segundo, que en Estrasburgo conoció a Idelette de Bure, viuda de un anabaptista de Lieja, con la que contrajo nucas, y tercero que en la ciudad comandada espiritualmente por Bucero se acabó de estructurar de tal modo la doctrina socio-religiosa del picardo que algún autor ha dicho, y ha dicho bien, que "Estrasburgo produjo el calvinismo".

¹¹ Mientras el catolicismo hablaba de la teoría de la transubstanciación, las diferentes sectas protestantes proponen, en efecto, diversas teorías...

Mientras tanto, tras el destierro de Calvino, la desplazada y oprimida Iglesia católica en Ginebra, piensa que su hora ha sonado, da unos pasos cautelosos primero, mide sus fuerzas y va paulatinamente cobrando nuevos ánimos. Viendo nuestra pasividad y aturdimiento, esta Iglesia llega al extremo de pretender reconquistar nuestra ciudad para la fe católica. Y a decir verdad, sus pretensiones no eran del todo disparatadas dado el serio golpe que habla recibido la posición evangelista con el destierro de Calvino. Ante esta situación crítica, los reformadores ginebrinos que habían chocado con el francés, vuelven los ojos al "predicador de Saint-Pierre" como hacia una tabla de salvación. En 1541, después de dos años de destierro, se le vuelve a llamar. Se le invita, se le ruega. Farel está nuevamente en Ginebra y ha reconquistado su influencia en el Consejo. Calvino pone más resistencias que la primera vez. Farel le dice:
-¿Esperas acaso que te llamen hasta las piedras?

Calvino acaba, sin embargo, por ceder. Pero pone esta condición: que nunca pueda en adelante la burocracia municipal levantar obstáculos a su proyecto religioso y a su plan de organización pública. Quiere el poder absoluto. Y quienes lo llaman están conscientes de ello. Pero las circunstancias,

difíciles e incontrolables, así lo exigen. En 1541, entonces, vuelve Calvino a nuestra ciudad para realizar la obra inacabada de 1536-38.

Tras de atravesar la puerta de Cornavin de nuestra ciudad, se inicia de hecho el ensayo calvinista de teocracia plena. El francés quiere dar cuerpo a algo así como el primer reino de Dios sobre el globo terráqueo. 1541 es, entonces, la fecha del acta de nacimiento de su dictadura espiritual.

Pero antes de proseguir, nos gustaría hablar del beneplácito, del sentimiento de seguridad y del júbilo popular que nos trajo el regreso de Calvino, a quien no hacía muchos meses habíamos expulsado de la ciudad. Para entender este estado anímico conviene tal vez aludir al hecho de que, cuando nuestro afán renovador obligó a los teólogos, frailes y monjas católicas a huir de Ginebra, nos quedamos con un cierto sentimiento, oscuro e indefinible, pero que parecía coincidir con la vivencia de la orfandad. Hemos meditado en ello y ahora sabemos que los hombres necesitamos no sólo al "padre nuestro que estás en los cielos" sino también, como representante y sucedáneo del anterior, a un "padre nuestro que estás en la tierra". No nos lo confesábamos; pero nos sentíamos solos y desprotegidos. En un momento dado, creímos ver en Farel a

nuestro padre, nuestra cabeza, nuestra guía. Pero, dado el carácter de nuestro pastor francés, su juvenil desbocamiento y su ingenuidad jubilosa, acabamos por considerarlo nuestro hermano mayor. Es cierto que, al faltar los padres, el mayorazgo tiene el derecho y la obligación de orientar a sus hermanos, de levantar la tea y de develarles el camino devorado por las oscuridades de la vida, con lo que el "hermano mayor" asume el papel de padre. Pero, a pesar de todo, los hermanos y hermanas no ignoran que el primigenio es uno de los suyos, que no es el padre de verdad, que es un sustituto, lo cual conduce, no a que desaparezca el sentimiento de orfandad, sino a que se suavice y atempere. Farel nos hizo olvidar que estábamos huérfanos. Pero en el fondo, sin tener clara conciencia de ello, sentíamos que la grey ginebrina, en la cual subsumíamos a "nuestro hermano Farel", se había quedado sin progenitor espiritual. Calvino llegó asumiendo sin más el temple, los gestos y actitudes del padre y nosotros le abrimos los brazos.

Nuestro padre llegó acompañado de la austeridad, la tristeza y el trabajo. Su concepción -coreada por la mayor parte de nosotros de que la Iglesia era el espacio privilegiado donde las almas iban a comunicarse con Dios y nadie más, lo llevó a expulsar

de golpe todo el arte eclesiástico que habla florecido al interior y al amparo de los templos. ¡Fuera las estatuas! ¡A la calle las imágenes! ¡Que enmudezca el órgano! ¡Que el templo vuelva a ser la sencilla casa, sin ornamentaciones perturbadoras, donde las criaturas van a cerrar los ojos para hallar a su Creador! Calvino, como el monstruo devoto que era, tuvo el sueño, tan grandioso como espeluznante, de terminar abruptamente con todas las reminiscencias idolátricas del pasado. Nosotros, hay que decirlo, lo acompañamos sin chistar en su empeño, como frecuentemente los hijos siguen la voz de mando de su padre, aunque resulte arbitraria, reprobable y perjudicial. La austeridad no fue confinada sólo al templo. Salió a las calles. Invadió las casas y de la noche a la mañana se convirtió en regla de vida, atmósfera espiritual, código cotidiano de conducta. Calvino borró los días de fiesta del calendario, con excepción de la pascua y la navidad. La diversión es un pecado, decía. El placer de los sentidos, la gran trampa del demonio. En la epidermis puede hallarse la puerta del infierno...

Calvino nos llenó de prohibiciones. Se proscribieron el teatro, las fiestas, el juego, ciertas modas en el vestir. Fue mal visto el patinaje, invernal. Y, como reacción contra el catolicismo, se prohibió

inclusive rezar el padrenuestro en latín.

Los ginebrinos somos un pueblo religioso y alegre, dijimos antes. Calvino colmó y satisfizo nuestro sentimiento religioso. Pero no se quedó allí. No se contentó con darle al alma lo que es del alma, sino que, paulatinamente, hizo que la religión invadiera la vida, sometiera el cuerpo, aherrojara el acervo instintual de los individuos. Nosotros no podíamos prescindir, sin embargo, de uno de los aspectos que constituyen nuestro espíritu esencial: la alegría. Nos replegamos. Le dijimos sí a las órdenes cada vez más ásperas de nuestro pastor. Pero, conscientes de nuestras flaquezas, y a pesaer de la severa vigilancia eclasiástica y de las rígidas prohibiciones que se reproducían como conejos, proseguimos organizando fiestas, reuniones, agasajos. Nuestra alegría, lejos de desaparecer, lo que simplemente no podía suceder, se vio en la necesidad de vivir en secreto y a escondidas. Podríamos decir que nuestros cuerpos se nos iban transformando en clandestinos.

Nuestro padre decía: "si se abandona el hombre a sí mismo, su alma sólo es capaz de lo malo". El se sentía comisionado por Dios para gobernarnos, atajar nuestras malas inclinaciones y tomarnos de la mano, con el gesto adusto de un padre severo pero amoroso,

para conducirnos al sendero deseado por el Señor.

Mediante las **Ordenanzas** eclesiásticas, discutidas y aprobadas por el Consejo, Calvino organizó una nueva Iglesia formada por tres instancias: los **pastores**, el **Consistorio** y el **Diaconato**. Los pastores, elegidos por nosotros, se reunían en **Congregación** una vez a la semana y en **Sínodo** mensualmente, junto con los doctores encargados de la enseñanza doctrinal. El **Consistorio** se hallaba compuesto por seis ministros, doce ancianos y algunos fieles, y el **Diaconato**, como en la Iglesia tradicional, por prelados inferiores al sacerdocio. La misión más visible de esta Iglesia consistía en administrar el bautismo, la cena, visitar enfermos y enseñar la doctrina cristiana. Pero también había otra tarea: la vigilancia de la ortodoxia. Calvino resucitó en todo y por todo el tribunal de la Inquisición, aunque tuvo, desde luego, el cuidado de no darle tal nombre. El **Consistorio** - compuesto, como dijimos, de ministros, ancianos y simples fieles- tenía la función expresa de proteger la pureza de las creencias y, por lo tanto, someter a juicio a todo aquel que se desviara de la justa interpretación de las Sagradas Escrituras. Esto no sólo era grave por el hecho de que así nuestro pastor sustituía la autoridad romana con su propia autoridad, sino porque, con ello, iniciaba la práctica infamante de

las persecuciones, la intolerancia, el derramamiento de sangre. Si una de las funciones principales del **Consistorio** consistía en emitir un **juicio teológico** - derecho que acabó por reconocerle el **Consejo**- y una de las misiones importantes del **Consejo** era llevar a cabo la **punición**, como brazo secular, ¡la Inquisición en verdad había resucitado por obra y gracia de los reformadores!

En cierto sentido, nuestro padre espiritual fue más lejos que la propia Inquisición católica, pues ésta procedía siempre, por lo menos desde el punto de vista formal, a partir de denuncias o de hechos fehacientes y comprobables. Para Calvino, en cambio, como cada uno de nosotros se hallaba naturalmente inclinado al mal, resultaba que todo individuo era por principio sospechoso. A esta convicción de nuestro padre, correspondió la creación de una "política eclesiástica" que se hallaba en todas partes y que podía tocar a a la puerta de cualquiera de nosotros en el momento más inesperado... La filosofía de la "justicia" del predicador de Saint-Pierre puede ser condensada en esta frase: "es preferible que sufra castigo un inocente a que un solo culpable se quede sin su merecido". Las manos de Calvino no sólo se vieron manchadas por la sangre de Miguel Servet, el célebre antitrinitario español, o por la de Jacques Gruet a quien hizo

ejecutar, tras de someterlo a la tortura, acusado de haber escrito libelos difamatorios en contra del régimen, sino que la "estadística del terror", como podríamos llamarla, durante los primeros cinco años de la gestión calvinista es la siguiente:

Ahorcados...15 individuos,
Decapitados...13 individuos,
Quemados...35 individuos,
Expulsados...76 individuos
y muchos, de número indeterminado, que
huyeron.

Quizás valga la pena anotar el hecho -para tener una idea más nítida de la idiosincrasia de Calvino- que él, personalmente, tenía horror por la sangre y no soportaba presenciar hechos de crueldad o de dolor físico. Jamás asistió, por eso, a un solo acto de tortura, de decapitación o de castigo en la hoguera de los infractores o los heterodoxos que, firmes como una roca en medio del mar de acusaciones, no estaban dispuestos a inclinar la cerviz y dar el brazo a torcer.

La lucha de Calvino por el poder absoluto fue haciéndose cada vez más intensa. Después de muchos altibajos, su partido, en el cual nos contábamos la mayor parte de nosotros, logra imponerse de modo

definitivo hacia 1555. A ello contribuyó notoriamente el hecho de que los franceses refugiados recibieron desde 1549 la ciudadanía y fortalecieron el grupo de sus prosélitos al grado de que éste resultó notoriamente mayoritario en el Consejo. Alrededor de 1557, la cooperación tradicional entre la Iglesia y el Estado, fue reemplazada de golpe, y prácticamente sin guardar las formas, por la dictadura eclesiástica de Calvino.

A pesar de hallarse con frecuencia enfermo, Calvino continuó siendo el activista de siempre durante años. Incansable, vigilaba los informes de los evangelistas de Francia, Escocia, Inglaterra, Holanda. Puso al servicio del movimiento protestante internacional la prensa de nuestra ciudad. Ginebra se convirtió en el centro difusor del protestantismo europeo y, especialmente, del partido de los hugonotes en Francia.

Nuestro padre, por otro lado, convirtió a Ginebra en la ciudad del trabajo. Nada más noble, decía, que trabajar. La transformación de la naturaleza es una de las formas más dignas de servir al Señor. Pugnaba por una laboriosidad sin goces, por un trabajo como servicio divino. Esto robusteció enormemente entre nosotros el sentimiento de lo económico y al cabo de algunos años, gracias a la filosofía del trabajo de nuestro mentor,

descubrimos con sorpresa que nos distinguíamos en Europa por nuestra prosperidad.

Calvino era un gran predicador. Le gustaba improvisar en el púlpito y frecuentemente nos dejaba electrizados y conmovidos. Según Teodoro Beza, su discípulo y continuador, el predicador de Saint-Pierre pronunciaba alrededor de 286 prédicas y homilías al año. El pensamiento culto y elaborado de nuestro padre, necesitaba un público instruido, y esto sólo era posible mediante una educación sólida impartida a nosotros desde la adolescencia. Por eso multiplicó las escuelas e institutos de formación teológica e hizo del Colegio de Ginebra, dirigido por Sebastián castalión, uno de los centros universitarios más famosos y mejor preparados de Europa.

Los últimos años de su vida, ejerciendo tranquilamente su dictadura religiosa, los dedicó a precisar y matizar su doctrina. En 1559, cinco años antes de que falleciera, dio a luz el texto definitivo de su **Institución Cristiana**. A la muerte de nuestro padre, su reforma se había extendido por Francia, Hungría, Escocia, los Países Bajos, etcétera. Se había propagado hacia el norte europeo y, poco después, se embarcaría para el Nuevo Mundo...

Ahora, ya desaparecido Calvino, a quien consideramos nuestro mentor y guía, cabe hacernos la pregunta: ¿cómo es posible que nuestra ciudad, de tradición republicana, haya soportado por tantos años una dictadura religiosa y moral tan férrea, tan rígida, tan intolerante como la que trajo consigo aquel joven francés versado en teología? Se puede responder que la causa principal de ello residía en el temor, en el miedo que sentíamos nosotros, ignorantes, frente a ese "monstruo devoto" que era nuestro mandatario espiritual. Pero tal respuesta es parcial. También aceptamos ese régimen porque amábamos a Calvino, porque lo respetábamos y nos sentíamos protegidos por él. Lo amábamos porque era el "padre nuestro que estás en la tierra" que necesitábamos entonces.

REFLEXIÓN III

Hace algunos años, el que esto escribe, hallándose en París, enderezó sus pasos a la rue Daguerre para ir al encuentro de una vieja librería en la que se me habla informado podía hallar un pequeño pero importante libro que había buscado durante largo tiempo: **Le socialisme des intellectuels** de Jan Wacław Makhaiski, Editions du Seuil, 1979. Monsieur Paillet, el dueño del local, al ver mi facha de extranjero, al escuchar mi francés defectuoso y mal pronunciado y al intuir mi amor por los libros viejos, las ediciones raras, los mamotretos plagados de polvo y de secretos, se puso a mi vera y entabló conmigo una larga plática, de la que, con los años, no recuerdo sino dos cosas: que tenía, en efecto, el librito del socialista polaco del que andaba yo tras la pista, y que acababa de hacerse de la correspondencia única e inédita de Alfonso Linguorio con Sebastián Castalión (o Chatellion). Sin pensarlo dos veces, alargué los francos indispensables para adquirir los ensayos de Makhaiski. El tema de los antecedentes europeos de la teoría de la **clase intelectual** -en cuya exposición y desarrollo me hallaba comprometido- resultaba para mi de primera importancia

en ese momento. Respecto a la singular correspondencia mencionada no dije esta boca es mía porque no estaba al tanto en aquel entonces de quiénes eran los susodichos Liguorio y Castalión. Monsieur Paillet, después de rebuscar en la trastienda unos papeles, volvió hacia mí cargando un puñado manuscrito de vetustos folios.

-Estas nueve cartas -me dijo- son extraordinariamente interesantes. Hablan del médico español Servet y de Calvino el Reformador. Lástima que no vayan acompañadas de las respuestas de Castalión a Liguorio. No obstante, son un tesoro para quienes, como estoy seguro que es usted, son apasionados por documentos, legajos y papeles desconocidos. Son menos dañinos los eruditos -añadió soltando una carcajada- que las polillas. Se las doy por la módica suma de...

He de confesar que, durante algunos meses, tuve guardados en un cajón los manuscritos de marras sin poner mis ojos en ellos y sin evaluar su importancia. Pero hace algunos días, recordé que se hallaba dicha correspondencia en mi poder, me vino vagamente a la memoria de qué trataban y me puse, más que a leerlo, a devorarlos. A partir de este momento, y para expiar mi pecado del incomprensivo desinterés transitorio que tuve por estas epístolas, he tomado la decisión de publicar en el siguiente capítulo íntegramente dicha correspondencia después de traducirla al castellano

y de evitar ciertos formalismos epistolares muy propios de la época. El lector juzgará su importancia.

Capítulo VI

Donde se da a conocer por vez primera las epístolas que Alfonso Linguorio dirigió a Sebastián Castalión, o lo que podríamos llamar "los artilugios de la leña fría".

CARTA I

Muy señor mío:

Me pide que le informe acerca del lugar y la fecha del nacimiento de nuestro querido Serveto (o Servet, como dicen algunos).: Antes que nada, para contestarle, me veo en la necesidad de poner en claro que son totalmente infundadas las ideas de que nuestro mártir era catalán o, peor aún, oriundo de Portugal. Serveto era mi compatriota y llevó siempre con orgullo su procedencia española. No una vez, sino varias, me dijo que el sitio donde fortuitamente se llevó a cabo su nacimiento fue Tudela en el reino de Navarra. No siempre, sin embargo, cuando se le preguntaba sobre su lugar de origen, respondía de esta manera. Las más de las veces hacía alusión al pueblo de Villanueva en el reino de Aragón, por ser esa la tierra de sus padres. Este es el motivo por el que, en general, se considera a Serveto como aragonés. A decir verdad, mi íntimo amigo era aragonés de raigambre o tradición y navarro de nacimiento. Es cierto que en su desafortunado

interrogatorio de Ginebra el 15 de abril de 1553 afirmó ser de Villanueva, en Aragón; pero dos meses antes, en su primer proceso, en la Vienne del Delfinado, se declaró natural de Tudela, en Navarra. Mi hermano Miguel Serveto nació en el año de 1511. Era, pues, dos años menor que Calvino. Su padre, un "cristiano de vieja raza", como dijera Serveto en Vienne, ejercía en Villanueva de Sixena el oficio de notario. En algunas escuelas de Zaragoza, Serveto aprendió diversos idiomas. Amante de leer toda clase de libros, apasionado de la polémica y dueño de facultades intelectuales e imaginativas que lo llevaban a pergeñar interpretaciones paradójicas y originales de los más variados asuntos, tuvo miedo de dar de pies a boca con la Inquisición de la Península Ibérica y, de común acuerdo con su padre, huyó de su patria a Toulouse, en cuya universidad tenía inicialmente la intención de estudiar leyes y especializarse en la obra de Justiniano. En su nuevo lugar de residencia, sin embargo, Serveto se entregó con frenesí más bien al estudio o al "desmenuzamiento", como él gustaba de decir, de las Sagradas Escrituras. Es de recordarse que por aquel entonces -hablo de 1528 aproximadamente- empezaron a pasar de mano en mano entre los estudiantes de Francia los textos reformadores de Lutero, Melanchton y varios más (fundamentalmente anabaptistas). A Serveto, como a muchos otros, le

entusiasmó la doctrina del **libre examen**. "La única autoridad que acepto -me decía orgulloso- es la de la materia gris que está en mi cráneo". Aquella doctrina, por consiguiente, se adaptaba a la perfección a su manera de ser y a la libertad con que su inteligencia y su sentimiento religioso deseaban y hasta exigían hacer acto de presencia. En aquella época, mi hermano aún lograba ponerle brida a sus ímpetus renovadores y a sus asertos de muy incierta ortodoxia. Tan es así que, a continuación de lo que os he escrito, acompañó al franciscano Fr. Juan de Quintana, el confesor de Carlos V, en sus viajes por Italia y Alemania. En noviembre de 1529 -lo sé de viva voz- estuvo presente, formando parte de la comitiva de Quintana, en la coronación de Carlos V en Bolonia y unos meses después, en abril del año siguiente, en la Dieta de Augsburgo. Las concepciones de Serveto no eran, por otro lado, estacionarias. Su sistema de pensamientos nunca fue un inventario de ideas fijas. Estaba en una constante renovación y búsqueda. Hubo un momento en que la inquietud de su cerebro lo llevó a tal vuelo gnoseológico que, hacia el otoño de 1530, decidió separarse del servicio del confesor del rey. Por entonces conoció a Melanchton, el brazo derecho de Lutero; pero -en contra de lo que se supone- no llegó a encontrarse nunca con el padre de la Reforma.

Monsieur Chatellion: sé que ignora usted la causa por la cual mi querido Miguel empleó el seudónimo de Michael Villanovanus. Para explicar las razones de ello, haré un poco de historia. Después de explicar verbalmente primero y por escrito después algunas de sus tesis radicales y controvertidas, que fueron del conocimiento, a no dudarlo, de Ecolampadio y Zwinglio, Serveto sintió que peligraba su seguridad entre los reformadores de Alemania y de Suiza, como antes le había ocurrido entre los católicos de España. Tomó la decisión, por consiguiente, de tornar a Francia, donde era poco o nada conocido. Determinó amordazar durante algún tiempo sus opiniones sobre religión y teodicea, dedicarse a otros menesteres y metamorfosear su apellido de Serveto por el de Villanovanus que no es otra cosa, como usted habrá adivinado, que el de la población aragonesa del terruño paterno.

5 de febrero de 1554.

CARTA II

Mi muy estimado señor:

Era de suponer la curiosidad que evidencia, hombre de tan preclaras luces y de tan bien cimentado prestigio, por los estudios y las obras teológicas principales de nuestro querido Serveto. Como le dije en mi anterior del 5 de febrero, Miguel empezó sus estudios en Aragón. Él aclaró en diversas ocasiones -y yo tuve la oportunidad de escucharlo de sus propios labios- que en ciertas escuelas de Zaragoza entró en conocimiento del latín, el griego y - lo que asombraba a no pocos- el hebreo. Tenía una facilidad envidiable para aprehender, asimilar y reproducir toda clase de conocimientos: astrología, ciencias médicas, filosofía, teología nemotecnia, geografía, lógica, etcétera. Preocupado como él que más por todo lo que atañiese a Dios, al cosmos y al alma del hombre, captaba en un santiamén las argumentaciones más disímiles, por tortuosas y complicadas que fueran, que surgían al abordar esos temas tratados de común solamente por aquellos que tienen acceso a los ventanales de la metafísica.

En Toulouse primero y después en Basilea hizo del misterio de la trinidad el tema central de sus pláticas. Ante las dudas o rechazos que despertaron

sus opiniones, por más que se vieran apuntaladas por citas de Carneades, Proclo o Tertuliano, concibió el proyecto, y puso pronto manos a la obra, de escribir un libro sobre tan espinoso asunto. Serveto estaba convencido -y algo de esto dejó que se trasluciese en su libro- que el primer concilio de Nicea -el convocado por el papa Silvestre a instancias de Constantino- había opuesto al punto de vista de los obispos arrianos, que negaban de hecho que Jesús fuera el hijo eterno de Dios, una solución de compromiso: la de que Dios es, a un tiempo, trino y uno o, si se prefiere, que es un sólo Dios verdadero "repartido" en tres personas distintas. La consabida frase "tres personas distintas y un solo Dios verdadero" es una alocución carente de toda lógica, me explicaba en alguna ocasión Serveto. Decir que son "personas distintas" significa lo siguiente: que el Padre **no es** el Hijo ni el Espíritu Santo; que el Hijo **no es** el Padre ni el Espíritu Santo y que el Espíritu Santo **no es** el Padre ni el Hijo. La doctrina de las personas implica, pues, tres negaciones: las indispensables para garantizar las "fronteras", para darles algún nombre, que separan a las personas. Afirmar que, sin embargo, se trata de "un solo Dios verdadero" quiere decir que la misma esencia divina se halla **in totum** al interior de cada una de las personas aisladas en su denegación determinativa.

Vistas las cosas así -proseguía Serveto- hay tres posibilidades interpretativas: la primera sería aquella que pondría el acento en el primer término de la proposición -es decir, en la distinción de las personas- y dejaría de lado, como algo puramente declarativo y retórico, el segundo: la alusión al Dios **uno**. El peligro de esta interpretación es obvio: nos retrotraería a algo que se pudiera denominar una versión "cristiana" del politeísmo. La siguiente interpretación afirmaría lo contrario: se quedaría con el segundo término de la oración y negaría realidad o importancia al primero. Argumentaría más o menos lo siguiente: si la naturaleza del Hacedor del Mundo se halla distribuida por igual en las tres personas, éstas no pueden conservar fronteras diferenciales (las llamadas **personas**). La amenaza de esta manera de ver las cosas es también evidente: haría coincidir el cristianismo con todos los **monoteísmos abstractos**: sea el de Jehová o el de Alá. Y echaría por tierra el hecho de que, de acuerdo con la tradición, la divinidad nos ha **revelado** su esencia última que es la Trinidad. La tercera interpretación es la que, en el siglo IV D.C., nos dio el concilio de Nicea: la divinidad es, simultáneamente, tres personas individuales y un único Dios verdadero. La diferencia no desgarró la unidad, ni la unidad atenta contra la distinción. Los problemas que trae consigo este

planteamiento, que es el católico ortodoxo y también el protestante, saltan a la vista: se cae en una flagrante **contradictio in adjecto** que repugna, por irracional, a la inteligencia humana. Los trinitarios dicen entonces que el problema de la Trinidad es precisamente un misterio no porque sea irracional, sino porque es superrracional. Pero la cuestión de las cuestiones en este punto -me terminaba por explicar Serveto- es que Dios le ha dado al hombre el instrumento de la razón para rechazar lo contradictorio, lo imposible, lo que viola los principios lógicos fundamentales y para acceder, tras ello, a lo posible, a lo asertórico, a lo apodíctico, a lo verdadero. Dios no podría donarle al ser humano una facultad intelectual que, en su recta operación, rechazara tajantemente, no por superrracional sino por contradictoria, la supuesta naturaleza de su más profunda entidad.

Es imposible reproducir en este sitio las argumentaciones en el fondo **unitaristas** que desarrolla Serveto en De **Trinitate Erroribus**, impreso en 1553 con las iniciales de MSV (Michael Servet Villanovanus) que lo traicionarían ante los sabuesos de la **Inquisición de los reformadores**, para darle su verdadero nombre. Lo que sí puedo traer a colación, Monsieur, es la frase unitarista siguiente que, dicha

por Serveto primero y llevada a la letra de imprenta después, se fijó en mi memoria: "el Padre es la sola substancia y el solo Dios, del cual todos estos grados y personas descienden". Es cierto que Serveto habla de la divinidad de Jesucristo; pero entiende por divinidad no el "ser uno" con Dios, sino el desempeñar dicho papel por el **designio** del Padre. De ahí que escriba: "Cristo, según la carne, es hombre, y por el espíritu es Dios, porque lo que nace del espíritu es espíritu y el espíritu es Dios...Dios estaba en Cristo de un modo singular...El no era Dios por naturaleza, sino por gracia.., porque Dios puede levantar a un hombre sobre toda sublimidad y colocarle a su diestra"... Nuestro Serveto es, pues, antitrinitario. El libre examen de las Sagradas Escrituras lo llevó a esa conclusión, a esa coincidencia con quienes simplemente creen en un Dios que puede crear hombres santos, iluminados o profetas; pero que no se despliega, como quiere la teoría neoplatónica del Verbo, en hipóstasis (o personas) de idéntica naturaleza.

Al terminar ésta, me pregunto a mí mismo y le interrogo también a usía ¿los cristianos tienen el derecho de enviar a la hoguera a quienes creen en un solo Dios como ellos, pero lo conciben -correcta o incorrectamente- de modo distinto?

11 de mayo de 1554.

CARTA III

Señor de todos mis afectos:

En su carta de agosto pasado, me pregunta cuál es la opinión que me merecen, en mi calidad de doctor en ciencias médicas, las hipótesis de Serveto sobre el flujo sanguíneo y la etapa o el momento de la vida de aquél en que surgieron. En lo que se refiere al segundo tema, me parece adecuado informarle que, después de la estancia de Serveto en Alemania y Suiza, y a continuación de la ríspida discusión teológica que mantuviera con Juan Hausschein -el líder espiritual reformador, más conocido como Ecolampadio-, Serveto se instaló en Francia donde, con el seudónimo de Michael Villanovanus, se dedicó, para no hablar de la teología, a los estudios de geografía, de la astrología y de la fisiología¹². Por aquel entonces trabó amistad con Sinforiano Champier, hombre de gran erudición aunque de dudoso talento, entregado a la medicina -donde pasaba por ser un feroz partidario de Galeno-, la botánica y la astrología. De este médico de Lyon obtuvo nuestro Serveto las lecciones elementales de anatomía y fisiología y aprendió la llamada hipótesis de las tres virtudes -vital, animal y natural-que influirla posteriormente de manera poderosa en su concepción de la

¹²Obra maestra de la geografía comparada es, por ejemplo, su **Tolomeo** (nota del Editor).

circulación de la sangre. La pasión de mi hermano por las investigaciones lo levó, en 1535, a estudiar esta disciplina en dos colegios afamados de París. Es de mencionarse que por esos meses, y en uno de esos establecimientos, tuvo como condiscípulo y consejero nada menos que al gran Andrés Vesalio, a quien no pocos consideran como el padre de la anatomía moderna. No quiero continuar mi relato, señor mío, ni pasar a aludir al carácter y la importancia de su descubrimiento sobre la corriente sanguínea, sin señalarle, en fin, que fue en París donde Serveto obtuvo los grados de maestro en artes y doctor en medicina.

La tesis de Serveto sobre la corriente de la sangre consistió en suponer que la vía fundamental de comunicación entre los dos sistemas independientes de que hablara Galeno, el sanguíneo -en el ventrículo derecho- y el aéreo o espirituoso -en el ventrículo izquierdo-, no era la constituida por los poros del tabique que separa a los ventrículos, como lo había creído Galeno (o Champier) sino otros poros existentes en el pulmón, los cuales permitían que una porción de la sangre que fluía en la vena arteriosa se filtrase hacia la arteria venosa. El propio Serveto, aludiendo a la circulación pulmonar, lo dice de la siguiente manera: "Y la comunicación no se hace por

la pared media del corazón, como se cree vulgarmente, sino con grande artificio, por el ventrículo derecho del corazón, cuando la sangre sutil es agitada en largo circuito por los pulmones. Ellos le preparan, en ellos toma su color, y de la vena arteriosa pasa a la arteria venosa, en la cual se mezcla con el aire inspirado, y por la espiración se purga de toda impureza¹³.

La opinión que, como médico, me merece la hipótesis de mi amigo es extremadamente positiva. Creo que supera a Galeno, refleja audazmente lo que ocurre en la realidad y abre las puertas para que la investigación prosiga en un terreno sólido, novedoso y plagado de perspectivas.

Serveto no era, a mi entender, un hombre de vocación única y exclusivamente médica. Era médico como también era geógrafo o astrólogo¹⁴. No es, por eso, un accidente que su descubrimiento científico sobre la sangre (que, no me cabe la menor duda, lo hará figurar entre los hombres de ciencia más importantes de nuestro siglo), se halla en el sitio más

¹³ La teoría de la *pequeña circulación*, fuera de algunos errores de detalle puestos de relieve por el progreso científico posterior, sitúa a Miguel Servet como uno de los antecedentes de la gran síntesis llevada a cabo por Guillermo Harvey (N.E.).

¹⁴ Ciertos médicos de París acusaron a Servet "como sospechoso de mala doctrina", es decir, del intento de vincular la medicina con la astrología, primero ante la Inquisición y después ante el Parlamento de París (N. E.).

inesperado: en un pasaje del **Christianismi Restitutio** donde habla del Espíritu Santo y de la acción de éste sobre la naturaleza humana. Nuestro hombre era un individuo que se movía, con soltura y desparpajo, en un haz de disciplinas, a las que juzgaba inextricablemente entremezcladas, y era un ser humano enamorado del conocimiento a quien le gustaba por igual hacer referencia al hálito divino, a la luz del sol o a la sangre de los cuerpos.

13 de noviembre de 1554.

CARTA IV

Mi estimado maestro:

Me pide usía que le haga un retrato de mi amigo y hermano mayor. Me sugiere que lleve a cabo tal cosa "no tanto con el pincel, sino con la pluma , ya que mientras el primero nos pone enfrente la apariencia del modelo (aunque los grandes pintores nos **sugieren** en y por la forma de las facciones de un rostro o de la expresión elocuente de un semblante, la **vida interna** del retratado), la segunda, con mayor capacidad de entrometimiento, es susceptible de hablarnos de lo que ocurre al interior de los cuerpos". Como convengo con usted, Monsieur Chatellion, en las virtudes de la pluma, pongo manos a la obra en este, que podríamos llamar, breve relato espiritual de nuestro mártir.

Serveto era, antes que nada, un hombre apasionado y seguro de sus dotes intelectuales. Siempre se hallaba orgulloso de sí mismo, pero más que por lo que había hecho, pensado o escrito, por lo que no le cabía la menor duda habría de realizar en el futuro. La falsa humildad le parecía, en su caso, repulsiva y denigrante, algo así como el impuesto que se vieran obligados a pagar los gigantes a los enanos. Gran polemista, no estaba nunca, o casi nunca, dispuesto a

dar el brazo a torcer. Cuando hallaba un interlocutor' con el cual podía intercambiar ideas, no lo dejaba ni respirar. Lo acompañaba a la mesa, lo seguía como sombra enamorada de su cuerpo, le obstaculizaba cumplir con sus obligaciones y necesidades y, volcado como estaba hacia el cosmos ideal de los argumentos y las réplicas, se olvidaba materialmente del mundo circundante. A diferencia de tantas personas, y hasta filósofos y hombres de ciencia, que son víctimas de una cierta pereza mental que les hace aceptar acríticamente los valores, principios y opiniones de la tradición, Serveto se regía por el siguiente pensamiento: "nada debe estar en mi creencia que antes no haya pasado por mi reflexión". El quería pensar las cosas y no que alguien ajeno -aunque se hallara por arriba y se llamase autoridad- se "las pensara". Tomando en cuenta esto último, se entiende a la perfección por qué Serveto consideró a la doctrina luterana del **libre examen** como una bendición de Dios. La verdad debe ser rastreada, escudriñada, perseguida por uno mismo, y no deglutida, sin asimilar, tras de que un poder externo a mí, supuestamente "ha dado" con ella. En este retrato espiritual de mi amigo hace falta, sin embargo, un trazo final: Serveto era fiel a lo que pensaba. Sus ideas normaban sus actos. No había poder en el mundo que lo hiciera desistir de obrar de determinada manera cuando, impelido por sus cogitaciones, habla tomado una

decisión. Ni las promesas de la beatitud eterna, ni las amenazas del infierno lo podían conducir a actuar en un sentido opuesto a sus convicciones. Era un hombre de una pieza. Uno de los pocos que, en nuestro tiempo, con un furioso golpe de mano, supo rechazar las máscaras que la adulación y la conveniencia le invitaban a ceñirse.

20 de enero de 1555.

CARTA V

Mi muy admirado Monsieur Chatellion:

Dice usted bien: "la situación de Serveto en el cisma religioso puede expresarse en esta fórmula: "ni con Roma ni con Wittenberg". Pero, en relación con este tema, deseo hacerle algunas precisiones. Mi hermano y maestro fue víctima de las dos intolerancias: la de los católicos y la de los reformadores. Su trágica travesía teológica lo llevó de la Escila de la Inquisición romana a la Caribdis de la Inquisición protestante. Desde muy joven, se las tuvo que ver con el altanero fanatismo del catolicismo apostólico romano -agravado por el toque de su versión española-, como lo evidencia el hecho de que, efectivamente, Serveto se vio precisado a huir de Zaragoza a Toulouse por temor a un Santo oficio que mete sus narices, y con ellas su aliento mefítico, por doquier. Hay que convenir, desde luego, que, si Serveto fue de niño y en su pubertad un católico apasionado que pretendía seguir los pasos ortodoxos de su padre, muy pronto puede considerársele como un adolescente heresiarca, como alguien que lo cuestiona todo y que si empuñaba en la mano un crucifijo, ocultaba en la otra un signo de interrogación.

Al llegar por primera vez a Francia y entrar de lleno en contacto con las ideas de la Reforma en ascenso y con la polémica religiosa en franca ebullición, sintió en lo más íntimo de su persona la obligación de formar parte, de unir sus esfuerzos, de adherirse y colaborar con el movimiento opositor. Dada su juventud, su carácter, su exaltación, la posición de Lutero y Melanchton, por una parte, y la de Zwinglio y Ecolampadio, por otra, le parecían tibias y vacilantes. "Se han quedado a la mitad del camino", decía con frecuencia.

Su consigna era "volver al Evangelio". Escudriñarlo, leerlo atenta y fervorosamente, meditar cada una de sus frases (en el "paladar del espíritu que todo hombre superior lleva consigo", según afirmaba) para oír cada quien, sin intermediarios, la **vox Dei**. En su idea y pasión de purificar el Evangelio -obligatoria limpieza que debía empezar por hacer despreciativamente a un lado la endeble hermenéutica, irracional y tendenciosa, de la mitra juzgaba que los teólogos luteranos se habla detenido abruptamente en el camino de la liberación o en la obligación "de amordazar al cura y patear sus lucubraciones", porque admitían aún el llamado "misterio" de la Trinidad que, en la vulgar interpretación de los papistas, no era sino una

sofística construcción antropomórfica que repugnaba especialmente al intelecto. Serveto, desde sus veinte años, como ya le he escrito, cuestionaba los acuerdos de Nicea y el dogma -para decirlo con el lenguaje neoplatónico- de las tres hipóstasis (o desdoblamientos) del Verbo. Ya lo sabe, Serveto era **unitarista**: para él las llamadas personas divinas no pueden ser sino formas varias que asume, **por propia decisión**, la divinidad. A partir de estos pronunciamientos de mi amigo, todos, católicos y protestantes, lo llamaron arriano y no sabían cómo deshacerse de él.

Serveto se hallaba seguro de tener la verdad. Y como estaba convencido también de que quien no la difunde, comunica y proyecta al exterior, peca por egoísmo, no podía dejar de considerarse misionero de sus propias disquisiciones y propagandista de su luz. Animado por este sentimiento, pretende convencer de su intuición - no a los católicos, a quienes consideraba irredimibles-, sino a los líderes más señalados de la Reforma en Alemania y Suiza. Visita con ese propósito a Bucero y Capitón en Estrasburgo; a Hausschein (Ecolampadio) en Basilea, etcétera.

Las audaces tesis del imberbe aragonés sacaron de su quicio a los predicadores luteranos. Los teólogos

protestantes pusieron el grito en el cielo tan pronto fueron tomando conciencia de sus puntos de vista claramente antitrinitarios y veladamente panteístas. Ecolampadio, caudillo espiritual de Basilea, narró a Zwinglio que, a fines de 1530, se le había hecho presente un joven aragonés, llamado Michael Servet, que defendía a capa y espada la desviación arriana sobre la Trinidad, entre otros yerros. Contó asimismo que fue tal la altanería y soberbia del español que acabó por arrojarlo de su casa, no sin antes decirle:

-judío, turco, blasfemo y poseído del demonio.

Zwinglio respondió¹⁵:

-Ten cuidado, porque la falsa y perniciosa doctrina de ese español es capaz de minar los fundamentos de nuestra cristiana religión... Pese a todo, Zwinglio le largó esta recomendación:

-Procura traerle con buenos argumentos a la verdad.

Ecolampadio respondió entonces:

-Ya lo he hecho; pero es tan altanero, orgulloso y disputador, que nada se puede conseguir de él.

-No es posible sufrir tal epidemia en la Iglesia -comentó Zwinglio. Indigno es de responder a quien así blasfema.

¹⁵A lo que parece, y sin que sepamos cómo o por qué, Linguorio tuvo acceso a algunas de las cartas de la correspondencia entre Ecolampadio y Zwinglio (N.E.).

SEGUNDA PARTE DE LA CARTA V¹⁶

Las **religiones de la verdad**, para darles este nombre, es decir, las religiones que nos dicen: "nosotras hemos recibido, vía la revelación, la verdad definitiva" son, por esencia, intolerantes. Nada hay en el fondo que enorgullezca más a los individuos que sentirse parte de esa cofradía de excepción que es el grupo **preferido por la divinidad**. Los demás, por definición, son **los otros**, aquellos que, cuando tienen la arrogancia pedantesca o la soberbia inspirada por Satanás de pretender contradecir la verdad de los elegidos, deben ser puestos en su lugar, silenciados o excluidos, eliminados o reducidos a la impotencia. Cuando las **religiones de la verdad** acceden al poder, es el acabóse: convierten el fanatismo en el **modus vivendi** del Estado y vuelven la intolerancia en parte consustancial del ejercicio del poder.

Tengo entendido, sin embargo, que algunos pastores (tal el caso de Bucero y Capitón, los jefes espirituales de Estrasburgo), intentaron, como último recurso, usar también con nuestro español métodos

¹⁶ La separación de la Carta V en dos partes no es ocurrencia mía, sino que así se halla, no sé exactamente la razón, en el epistolario que compré a Monsieur Paillet (N.E)

persuasivos para que se deshiciera de sus planteamientos "diabólicos y escandalosos", y lo exhortaron inútilmente a que desistiera de publicar su libro. Algo obtuvieron con este procedimiento menos agresivo, ya que Serveto modificó algunos pasajes del opúsculo con arreglo a tales sugerencias.

Como las contradicciones de Serveto con Bucero no fueron tan violentas como las tenidas con Ecolampadio, salió de Estrasburgo menos descontento que de Basilea. Pero he de decirle, Monsieur Chatellion, que los debates un tanto suavizados con los pastores estrasburgueses no variaron en nada sustancial sus puntos de vista. Si se mostró autocrítico con algunos detalles o el estilo de su texto, nunca abjuró de sus más caras convicciones. Incluso su **Restitutio**, escrita mucho después, recoge en lo esencial las tesis de su obra sobre la Trinidad y lo único nuevo, o relativamente nuevo, que presenta ese texto es que se halla aderezado con un cierto neoplatonismo que fue ganando a Serveto a partir de su estudio del cuarto Evangelio.

Por fin, sin tomar en cuenta las opiniones de los reformadores con quien habló, y sobre todo las de Ecolampadio, Serveto, a los 22 años, es decir en 1531, decide publicar su libro sobre la Trinidad en

Haguenau, Alsacia. Todos los protestantes -los que luchan desde el poder contra los católicos ahora dominados y los que pugnan desde la oposición contra ellos- lo ven como arrogante, sacrílego y satánico. En una época a la que podríamos dar el nombre de "la edad de oro de los calificativos injuriosos", los reformadores se llevan la palma y hasta son vistos con envidia por el fanatismo católico entonces a la defensiva. Bucero, el "tolerante" líder de Estrasburgo, tras de pasear sus indignados ojos por el texto recién nacido de la imprenta clandestina (**De Trinitate Erroribus**) dice desde el púlpito que el español, al que presenta como un fiel siervo del demonio, "merece que le sean arrancadas las entrañas".

Serveto provoca, pues, a tirios y troyanos, a reformadores y papistas. Sin escrúpulos, sin titubeos, sin dudas pone entredicho o cuestiona - con sus atrevidas formulaciones sobre la Trinidad- uno de los pocos principios en que continúan estando de acuerdo los viejos y los nuevos teólogos.

Serveto era de la opinión de que únicamente lo que se halla en la Biblia, tiene la garantía de ser definitivamente verdadero. Ahora bien, conculcado el principio católico de autoridad, ¿cómo iba a ceñirse al criterio interpretativo de Lutero, Zwinglio o

Ecolampadio, cuando él, examinando libremente las Sagradas Escrituras, hallaba cosas tan diferentes a las predicadas por los nuevos teólogos? Mi hermano, hablándome de esto, me ponía el siguiente ejemplo:

-En realidad, Cristo nunca habló de El mismo como Hijo de Dios. No ignoro que los exégetas dicen que, en cierta ocasión, si lo hizo, y aducen a su favor el siguiente pasaje de San Mateo: *"Entonces el sumo sacerdote, le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho"* (26, 63-64). Pero esta respuesta que da nuestro Cristo a Caifás es ambigua. El "tú lo has dicho" puede significar: "Si, soy el Cristo, el Hijo de Dios, como tú los has dicho". Pero puede tener también este otro sentido más probable: "Eso dices tú, yo no he afirmado nada de ello". Los trinitarios, entonces, no tienen argumentos de peso ni ante el tribunal de la razón, ni ante el tribunal del Evangelio.

El **De Trinitate Erroribus** es un libro complejo y escrito a la carrera. He de confesar, y así se lo dije a Serveto, que perjudican a su discurso, plagado por lo demás de afirmaciones interesantes, algunas incoherencias y repeticiones. Se halla además saturado de muchas de las libertades de expresión que se acostumbraban en las feroces polémicas entre católicos y protestantes, desde llamar patanes,

zafios o asnos a sus opositores, hasta blasfemar contra la Trinidad llamándole Cancerbero --el perro trino y uno-, alucinación papista, politeísmo vergonzante o quimera de la mitología.

Las críticas a Serveto y a sus opiniones se hicieron más acerbadas después de dar a luz su libro que antes. Su antiguo protector, el P. Quintana, confesor de Carlos V, llamó al texto, a lo que parece: "libro pestilentísimo". Los protestantes fueron aún más duros. Bucero, lo repito, exclamó en el púlpito de Estrasburgo: -Servet se hace merecedor, con este libro, de que se le arranquen las entrañas.

No sé si convenga conmigo, Monsieur Chatellion, en que, a pesar del supuesto desdén y el visible enojo de los reformadores por la audacia de Serveto al dar a la imprenta sus "tortuosas cavilaciones", no dejaban de darles importancia. Tan es así que, según supe, Bucero escribió una refutación del libro, aunque, por la razón que sea, no llegó a publicarla. No son muchos los enterados, por otra parte, de que el propio Melanchton se puso a leer con mucha minuciosidad, atención y cuidado el nuevo escrito, y aunque, como era de esperarse, lo rechazó de una manera radical y contundente, no pudo dejar de recibir sin quererlo una cierta influencia de él

como se nota en sus **Loci Carmona** (Lugares Comunes).

Los magistrados de Basilea se volvieron rabiosos contra Serveto tan pronto tuvieron en sus manos las palabras impresas del heresiarca. Prohibieron inmediatamente el libro en el cantón, y querían perseguir y llevar a juicio a mi hermano. Ecolampadio, siempre tan enérgico, se opuso sin embargo en esta ocasión a llegar a tales extremos.

Serveto no estaba contento con su **De Trinitatis**. Se hallaba inconforme con la forma -un latín poco ciceroniano- y pensaba que muchas ideas, argumentos y fundamentaciones se le habían quedado en el tintero. Esta es la razón por la que en 1533 publicó, también, en Hagenau, y de manera clandestina, dos diálogos sobre la Trinidad seguidos de un apéndice. Es interesante anotar el hecho de que así como su **Restitutio** es una respuesta a la **Institutio** de Calvino, los diálogos son una réplica a las objeciones de Bucero contra los 7 libros de **De Trinitate Erroribus**. Algo importante que hace acto de presencia en los diálogos, y que en vez de serenar a los protestantes los llevó a esa amenazante irritación que, encarnada después por Calvino, le costó la vida a mi hermano y maestro, es su rechazo de la idea de la

predestinación y su defensa del libre albedrío. Combate, pues, la tesis luterana de la **sola Pede** y propugna por la eficacia y la necesidad de las obras.

-La fe es la puerta -decía-, la caridad, la perfección. Ni la fe sin la caridad ni la caridad sin la fe.

Melanchton había tratado de fundar la doctrina protestante -y, más que nada, calvinista- de "la fe sin las obras" en la **Epístola a los romanos** de San Pablo. Serveto se manifiesta violentamente en contra de esta interpretación. Para él "las obras" que el apóstol de los gentiles condena son las prácticas, rituales y vigiliias donde intentan sobrevivir los residuos del judaísmo. Serveto cierra filas, aquí, con los católicos. A los cuales no les entusiasma, tal adhesión porque proviene de un antitrinitario, y tal vez panteísta, que considera pestilentísimas las bulas papales, las ceremonias eclesiásticas y los votos monásticos y que, además, en todas las oportunidades y a la menor provocación, se queja de que la falta de libertades dentro de la Reforma es tan asfixiante y anticristiana como la prevaleciente dentro del catolicismo.

Acosado por todos, vuelve a Francia y, como ya he dicho a vmd, cambia de nombre: ahora será Michael Villanovanus, un individuo entregado en cuerpo y alma

a la medicina y a la astrología y que logra colocarse como corrector de pruebas y de estilo en una imprenta de Lyon.

Bien pronto, la Inquisición católica advierte sus opiniones heterodoxas en el campo de la **astrología**, lo cual lo obliga a liar sus bártulos y a dirigirse precipitadamente a Vienne, del Delfinado; por fortuna, halla colocación como médico del Arzobispo de Paulmier y logró vivir -no sin la obligada precaución de ocultar en público sus ideas- por diez o doce años (desde 1542 a 1553).

12 de junio de 1555.

CARTA VI

Señor mío muy apreciado:

Quiero iniciar ésta, para responder a la pregunta que me formula al final de la suya del 13 de agosto, con una alusión al momento en que se encuentran por primera vez Serveto y Calvino, la futura víctima y el futuro victimario. Esto ocurrió en la Universidad de Paris en el año de 1534. La disimilitud de caracteres entre ambos no podía ser mayor. Serveto, delgado, de facciones correctas, de barba en punta, bullía, por así decirlo, en medio de sus ardores juveniles. En ese instante se hallaba en una etapa especialmente inquietante y turbulenta de su vida. Leía sin cesar. Soñaba a pierna suelta. Era presa de entusiasmos y arrebatos intelectuales y religiosos que producían asombro y cierto recelo en el ambiente universitario en que se movía. Buscaba la discusión como el sediento su fontana. Calvino, nariz larga y rectilínea, gesto adusto, ojos subrayados por sendas ojeras, frente amplia, cara de poco amigos o, de modo más correcto, de infinidad de adversarios. A lo que parece, Calvino fue educado en la escuela de la rigidez y la disciplina. Estudió en el Colegio de Montaigu como el gran Erasmo e Ignacio de Loyola. En el momento en que se tropieza con Serveto, era

tenido ya como teólogo de autoridad indiscutible, autor de una obra importante y dueño de una cultura humanista y eclesiástica que no podía ser subestimada.

Llevado de su inalterable y apasionado afán proselitista, Serveto se propuso discutir con el reformador, debatir ampliamente y convencerlo. ¡Nada mejor para la concepción antitrinitaria de mi Amigo que ganarse a un pensador religioso de tan indubitable prestigio! Después de un breve intercambio de opiniones tenido a raíz de su primer encuentro, ambos jóvenes (Calvino de veinticuatro años y Serveto de veintitrés) se pusieron de acuerdo en la hora y el sitio en que debería realizar lo que podríamos llamar un "torneo teológico medieval", al cual solamente asistió Calvino, no porque tuviera mi hermano el más mínimo temor al debate, como canturrea por allí la maledicencia- sino porque fue víctima de un fuerte dolor de estómago, con vómitos y diarrea, que no le permitió ir a medir sus fuerzas **tete a tete** con su compañero.

Serveto se quedó con ganas de polemizar personalmente con la inteligencia preclara y reconocida del luterano. No obstante después, cuando Calvino, con la ayuda de Farel, se convierte en el amo y señor de Ginebra, y cuando mi amigo se transmuda en

Michael Villeneuve `y se dedica a la profesión de médico, se establece un cambio epistolar entre ellos. La iniciativa surgió de Serveto, el cual, deseoso de convencer a Calvino a sus puntos de vista sobre la Trinidad y sobre sus tesis -coincidentes con los anabaptistas- en torno al bautismo, lo bombardea, para decir lo menos, con cartas y cartas para conducirlo al terreno de la **polémica continua**, en la cual se sentía con la capacidad de moverse con mayor soltura y argumentación más honda. Al principio, Calvino le respondió como un maestro a su discípulo. Pero, a medida que transcurría la discusión y se atropellaban unas misivas a otras, empezó a irritarse con las "tesis heréticas" de Serveto y con la arrogancia y quizás la solidez inesperada con que el español las defendía.

La correspondencia se hizo por medio de mi amigo Frelon, editor lyonés, que conocía a Calvino y a Serveto porque ambos habían tabajado para él. Este intercambio epistolar se inició en 1546 y continuó durante todo 1547. No sólo Seveto usaba un seudónimo. Calvino también echó mano de otro: firmaba como Carlos Despeville. Serveto le envió 30 cartas (las cuales adjuntó postriormente a su **Christianismi Restitutio**). Dos hechos acabaron por dar al traste con la "paciencia paternal" que Calvino presumía tener con mi

hermano. El primero consistió en el envío de Serveto al pastor protestante de un ejemplar de la **Institutio Religionis Cristiane** (obra de Calvino de innegable importancia y de la cual éste se sentía especialmente orgulloso) plagada de anotaciones críticas al pie de página o a las márgenes de cada hoja. El segundo consistió en el desafortunado envío del borrador de su **Christianismi Restitutio** con una recomendación de este jaez: "Ahí aprenderás cosas estupendas e inauditas; si quieres, iré yo mismo a Ginebra a explicártelas".

Calvino ya no respondió. Pero, según me he enterado, en una misiva que envió a Guillermo Farel en el mes de febrero de 1546, lanzó una amenaza, tan abyecta como peligrosa, en el sentido de que si Serveto se atreviera a pisar la ciudad del Ródano no saldría con vida.

Ignoro si mi hermano tuvo conocimiento de esta amenaza. Me sospecho que no. Pero, por fin, su fervor polemista acabó por serenarse un tanto y en su alma, de común despejada, aparecieron ciertas vivencias con perfil de nubarrones. En carta que me dirigió entonces a España -yo me hallaba en Barcelona- me reprodujo estas líneas que él dirigiera por entonces a Calvino: "Como eres de la opinión de que soy un

Satán, pongo punto final a nuestra correspondencia. Devuélveme el manuscrito y consérvate bien. Pero si crees sinceramente que el Papa es el Anticristo, tienes que estar también convencido de que la Trinidad y el bautizo de los niños, que constituyen una parte de la doctrina pontificia, son un dogma demoniaco".

Calvino no le devolvió, desde luego, el borrador de su **Restitutio**. Lo conservó con él, guardado bajo siete llaves, como un arma poderosísima que le podría servir el día de mañana. En la carta que mencioné hace un momento, Calvino, hacia el final, me decía: "Es plenamente claro para mí que, a causa de estas cosas, está próxima para mí la muerte. Pero tal pensamiento no puede abatir mi valor. Como discípulo de Cristo, sigo las huellas de mi maestro"...

No sé nada del destino. Yo, Linguorio, tengo mis dudas de la Providencia y de las intuiciones sobrenaturales. Pero si se me preguntara si sé de alguien que hubiera tenido un **presentimiento** puntual de su futuro, no dudaría en hacer alusión a estas palabras de Serveto.

Mi amigo y maestro toma entonces la decisión de publicar su libro antitrinitario: una obra -que todos juzgarán herética- de alrededor de 700 páginas.

Lo hace, desde luego, clandestinamente, en una prensa conducida en la noche y furtivamente hacia una casa apartada, por un conjunto de trabajadores anónimos que, pese a los riesgos que corrían, deciden ayudarlo. En la obra queda suprimida, como es lógico, el lugar de la impresión. Sólo en la página final, desafortunadamente, tiene mi hermano la debilidad de poner las fatídicas iniciales MSV (correspondientes a Michael Servetus Villanovanus) que revelaron a las **dos** Inquisiciones --el Santo Oficio y el "Tribunal" de los Reformadores- quién era el autor de dicha obra. La edición, de mil ejemplares, fue hecha con gran rapidez y secreto. Además de la sobreabundante argumentación teológica --con que mi hermano pretendía hacer cimbrar en sus cimientos a la cristiandad tomada en conjunto-, Serveto en su libro lanza denuestos contra el Papa y la Iglesia Romana. Reduce los sacramentos a dos: la cena y el bautismo. Considera, sin embargo, a diferencia de los luteranos y calvinistas, y a semejanza del anabaptismo, que el bautismo -como los antiguos mandeanos- no debe administrarse antes de los veinte años. Como buen iconoclasta, se define contra todo culto externo, al que considera un vulgar resabio del paganismo. Está contra la misa, los votos, el agua bendita, la jerarquía eclesiástica y es de la opinión -muy en

concordancia con el cristianismo primitivo- de que la confesión ha de llevarse a cabo entre los propios fieles y que la cena debe de hacerse directamente con pan y vino.

Y ahora, Monsieur Chatellion, debo narrarle a usted una de las peores bellaquerías del "padre espiritual" de los protestantes ginebrinos. Una vez que el libro de Serveto estuvo en posesión de Calvino, en febrero de 1553, un tal Guillaume de Trye -mercader de Lyon que, por una quiebra fraudulenta y por su adhesión al protestantismo, tras de refugiarse en Ginebra, se había convertido en secuaz del dictador- escribió desde Ginebra a Francia a su primo Antoine Arneys -que era tan fanático como él, pero del lado católico. En esta carta, según me han dicho, Trye elogiaba, con orgullosos aspavientos, la manera en que los protestantes de Ginebra combatían sin descanso a los herejes, mientras la Francia católica, decadente y sin espíritu, era pasiva y hasta tolerante con ellos y, tras de este preámbulo, deslizaba, como quien no quiere la cosa, este ejemplo: ahí en Francia se halla cierto individuo que merece **d'être brulé** por sus dislates y blasfemias, y las autoridades eclesiásticas se hacen las desentendidas. Nombraba a continuación a un médico que decía llamarse Michel de Villeneuve, pero cuyo verdadero nombre era Michael

Serveto. Arneys, el celoso católico francés, tras de recibir esta carta -dictada probablemente por Calvino o, por lo menos, promovida por él- fue corriendo a las autoridades eclesiásticas de Lyon y logró que la Inquisición francesa se ocupara del médico Villeneuve residente en Vienne. Sin embargo, en una primera investigación, el tribunal eclesiástico francés no halló pruebas convincentes de que Villeneuve fuera el español Serveto y por tanto el autor del libro heresiarca, y sorpresivamente lo dejó en paz. ¡Qué pensar, señor mío, de un teólogo protestante, poderoso y de prestigio, que subrepticamente desciende al papel de delator, y que lo hace, además, ante una Inquisición -la católica- que habla incinerado a fuego lento a varios de sus compañeros y correligionarios!

Calvino se hallaba furioso, a todo esto, por el fracaso de su infame gestión. Era un hombre que no estaba dispuesto a darse por vencido al primer revés... Salió entonces a Francia una nueva misiva de Trye a Arneys -inocultablemente dictada por Calvino- donde con toda hipocresía se quejaba el comerciante ruin de que su primo haya dado a conocer a la Inquisición un escrito que era de índole estrictamente personal. Pero estas observaciones escrupulosas eran falaces y no perseguían otra

finalidad que guardar las apariencias, como lo muestra el anuncio de que, para lo que pueda servirle, le adjuntaba también algunas de las cartas de Serveto y fragmentos escogidos de su obra. Como usted lo sabe, y me lo ha comentado en su anterior, el pillo de Trye reconoce la colaboración de Calvino en esta segunda carta. En ella dice que le costó mucho trabajo convencer al teólogo de que le proporcionara los textos que incluye en su envío. El torpe testafierro trata de exculpar a su amo diciendo que lo presionó de tal modo que le hizo comprender que, si no lo ayudaba, caería sobre él, sobre Trye, el reproche de hablar a la ligera, sin fundamento, y que por eso Calvino acabó por poner a su disposición el material comprometedor adjunto. El hecho es que el energúmeno reformador picardo proporcionó deliberadamente a los papistas las cartas que se le habían dirigido individual y confidencialmente, con el inmoral propósito de que la Inquisición de Francia tomara manos en el asunto. Para deshacerse de su adversario aragonés, no halló Calvino mejor medio que la delación del cobarde que arroja la piedra, baja humildemente los ojos y esconde la mano. ¡Qué vergüenza! ¡Qué mancha en la vida de este conductor de pueblos! Al Inquisidor General de Francia, el maestro Mateo Ory, y al cardenal Tournon ha de haberles caldo en gracia que el jefe supremo de los protestantes

ginebrinos quisiera colaborar con la Inquisición apostólica en la quema de un "hereje".

Serveto es finalmente detenido, encarcelado y sometido a interrogatorio. Las cartas proporcionadas por Calvino prueban ya, de manera irrefutable, que el honorable y discreto doctor Michel de Villeneuve no era otro que el español Serveto, autor del libro heresiarca sobre la Trinidad. Todo hace pensar, por consiguiente, que pronto sería quemado mi hermano en la plaza pública de Vienne.

Sin embargo, vaya a saber vmd por qué, las cosas no ocurrieron precisamente como soñaba a orillas del lago de Ginebra el doctor Calvino. Quizás por una negligencia o, lo más probable, por un, llamémoslo así, "descuido deliberado", Serveto halla el modo de escaparse de las garras del Santo Oficio. Como es del conocimiento de usted, mientras en general los herejes son arrojados a pequeñas mazmorras y encadenados a los muros por las manos e inmovilizados por grilletes en los pies, a Serveto, excepcionalmente, se le permite pasear por los jardines de la prisión inquisitorial a ciertas horas. En uno de estos paseos, el 7 de noviembre de 1553, viendo relajada la vigilancia, Serveto, ni tardo ni perezoso, trepó por un muro y puso los pies en polvorosa. Cuando se sintió fuera de

peligro, dejó al pie de un árbol su gorra de terciopelo oscuro y el vestido de la prisión. Compró a un campesino un humilde traje campirano de estameña y se escondió no sé con certeza en qué sitio hasta que unos meses después se encontró en el puente del Ródano en Ginebra, donde se detuvo como en una estación de tránsito en el viaje que pretendía realizar hasta Italia.

Ya para terminar ésta -que ha resultado excesivamente larga- quiero decirle, Monsieur Chatellion, que todos creyeron en el Delfinado que el Arzobispo de Tournon y, sobre todo, el vicebailío de Vienne -a cuya hija había curado nuestro Serveto de una grave dolencia-fueron los constructores de ese puente de plata por el que logró huir el médico español...

La Inquisición católica se quedó, pues, sin penitente. Pero no queriendo dar la impresión de ser tolerante con los heterodoxos, hizo lo que solía hacer en casos similares: quemó en la Plaza de Vienne la efigie de Serveto, acompañado de cinco bolsas repletas de su **Restitutio**. Mi hermano dejaba, pues, a su espalda una hoguera devorando, simbólicamente, su figura, mientras se encaminaba sin quererlo a otra hoguera que, trascendiendo todo simbolismo, daría

cuenta realmente de él.

14 de noviembre de 1555

CARTA VII

Mi estimado amigo y maestro:

Me pregunta vuestra excelencia cómo fue la detención de Serveto en Ginebra. He interrogado por aquí, he investigado por allá, y he aquí a qué resultados he llegado: después de escapar de la cárcel de Vienne, y temiendo por igual a los protestantes que a los católicos, Serveto anduvo -como una pobre liebre herética que se sabe perseguida por los sabuesos o los mastines de las dos ortodoxias- durante cuatro meses por el Delfinado y la Bresse, hasta que llegó, si saber cómo, a Ginebra. Esto ocurrió el 13 de agosto del año de su fatídica ejecución. Estoy bien informado de que, a continuación de su fuga de Vienne, mi hermano pensó en volver a España y se imaginó, con verdadera hambre de tranquilidad y de paz, entregado a la lectura de sus libros y a la redacción de sus obras en Zaragoza y en Villa Nueva, el terruño de sus padres. Pero el temor a la Inquisición -y la de España era peor, si cabe, que la de Lutecia- le hizo desistir de

esa empeño y pensar más bien en dirigirse a Italia donde tenía amigos antitrinitarios y donde ciertas cofradías socialistas lo recibirían, al parecer, con los brazos abiertos. El caso es que, extraviado, desprevenido o víctima de la incautela o el cansancio, vino a dar en el sitio más riesgoso para él: en el cantón donde ejercía un poder ilimitado su peor enemigo. Apenas llegado, busca habitación y la encuentra en la Posada de la Rosa. Se ignora por qué Servet, al saberse en Ginebra, no huyó despavorido a cualquier otro lugar que hubiera representado para él la continuación de su vida. Tal vez ello se deba al hecho de que, ignorante aún de que la delación a la Inquisición francesa provenía directamente de Calvino, creía que éste, pese a todo, y en honor a la "amistad" que los había unido, no llegaría a los extremos a que llegó. Serveto concibe la idea de tomar una barquichuela que lo conduzca a Zürich. Pero para hacer eso tenía que esperar al día siguiente porque los domingos estaba prohibido trabajar. Inmediatamente después de instalarse en la Posada, Serveto toma la decisión -verdaderamente temeraria en sus condiciones- de ir a la catedral de Saint-Pierre donde, como todos los domingos, hace uso del púlpito Calvino, con su voz cavernosa, su personalidad deslumbrante y sus conocimientos teológicos indiscutibles. Calvino es un gran fisonomista y disfruta de una memoria

impresionante. Al poco tiempo de iniciada su oratoria, le causa gran sorpresa hallar, en medio de su congregación calvinista, un rostro conocido. ¡Y nada menos que el de Michel de Villeneuve o Michael Servetus, su más odiado enemigo! Da órdenes, alerta al Sínodo e inmediatamente Serveto es apresado por los alguaciles. El irascible teólogo, la liebre en las manos, da las gracias a Dios con lágrimas en los ojos porque ha permitido que caiga al fin bajo su poder el hereje. Serveto intuye que tiene las horas contadas...

1 de marzo de 1556.

CARTA VIII

Mi señor de Chatellion:

Usted convendrá conmigo en que, por lo menos en apariencia, la Ginebra de Calvino presenta una cierta superioridad si la comparamos con la católica romana, en su forma de impartir justicia: en ella, en efecto, todo ciudadano que denuncia a otro de un **delito de fe** tiene que ser reducido a prisión simultáneamente al denunciado y hallarse en dicho encierro hasta que demuestre o se demuestre que la acusación no carece de fundamentos. Dada la existencia de esta ley, y de otras consideraciones políticas, Calvino decidió no ser el **acusador directo** de Serveto. Prefirió hacer que Nicolás de La Fontaine, jugara el papel de denunciante. La Fontaine no era, como se ha dicho, su secretario, sino su cocinero y era un individuo carente de toda instrucción y sometido en todo y por todo a la voluntad de su amo. La Fontaine, después de haber entregado a las autoridades la denuncia -que no podía ocultar, dado su estilo, su verdadera procedencia- aceptó ir a la prisión al mismo tiempo que su acusado. El culpó a nuestro aragonés de haber escrito treinta y ocho tesis heréticas y difamado a la Iglesia de Ginebra en la persona de su líder.

En cierto sentido, mi hermano abrigó alguna satisfacción al enterarse de ello, porque conocía al fin las inculpaciones de su delator y, sin llevar a cabo una interpretación correcta de su significado, las vio como endebles, carentes de profundidad y huérfanas de fundamento. A los cargos responde, entonces, serena y cautamente, seguro de sí y más convencido que nunca de que su examen y hermenéutica de las Sagradas Escrituras era el justo. Su energía sobreabundante no se halla aún quebrantada por los cuatro muros del castigo, las privaciones sin fin y un porvenir amenazante en que las lenguas de la hoguera lo aturdirían con su espantoso parloteo. Serveto hace énfasis de que entre Calvino y él, y no de ahora sino de mucho tiempo atrás, sólo hay un desentendimiento de puntos de vista teológicos que no puede ser resuelto en un juzgado o mediante una mera fórmula judicial, sino en un intercambio sensato de ideas, abierto y tolerante por ambos lados; y que si Calvino lo ha hecho encarcelar, ello se debe más que nada a un acto de venganza y odio personal. Mi hermano pone, pues, el dedo en la llaga. Y está tan convencido de que las cosas son así que, llevado por la elocuencia, logra conmover a algunos de los jueces, a sembrar la duda en otros y a sacar de sus casillas como nunca a su poderoso enemigo.

El Consejo se inclina levemente a su favor y es probable que, sin la presión cada vez mayor de Calvino, se hubiera limitado a expulsar a Serveto de Ginebra y a recomendar a los demás cantones protestantes de Suiza que no le permitieran acceder a ellos.

La Fontaine no cumplió bien su papel. Carecía de los conocimientos, de la dialéctica y de la heurística necesarios para poder debatir con Serveto. Calvino cayó en cuenta muy pronto de lo que acaecía e hizo que aquél estuviera acompañado de Germán Colladon (un teólogo de cuarta incondicional de él) con el propósito de ser asesorado en materias teológicas y en cuestiones bíblicas. A través de La Fontaine y Colladon, Calvino presentó a los magistrados un ejemplar de su **Institutio** -anotado "con injurias, blasfemias y herejías", como dijo, por el reo. El Consejo decidió entonces liberar a La Fontaine y encargó de la prosecución de la causa en contra de Serveto a Claudio Rigot -a quien usted seguramente conoce- que es el Procurador General de Ginebra.

Cuando Calvino ve titubear a los magistrados, abandona su aparente "distancia" del juicio y el 17 de agosto se presenta personalmente en el Consejo. **Ya** no oculta que es él el verdadero acusador. Aún más.

Solicita al Consejo que se le permita participar en los interrogatorios, supuestamente para convencer al acusado de sus obnubilaciones, retorcimientos y yerros, pero en realidad con la intención de que su presa no vaya a escapársele de las manos. El astuto y erudito Calvino sabe argumentar y dirigir las embestidas de modo incomparablemente más eficaz que La Fontaine, Colladon o Rigot y su prestigio e influencia es algo que, él lo sabe como nadie, debe ser puesto en el plato de la balanza que ha de darle el triunfo. La decisión de Calvino empeora visiblemente la causa de Serveto. Y mi hermano pierde la cabeza y la ecuanimidad al advertir que su acusador directo y enemigo de toda la vida forma parte, con todo su odio a cuestas, del conjunto de jueces que sobrellevan su causa. En vez de continuar sereno en los interrogatorios, se apodera de él, incontrolable y explosiva, una belicosidad extrema que le resulta cada vez más perjudicial. Se deja llevar por las iquisiciones tendenciosas y casuísticas de Calvino. Conducido por un interrogatorio falaz y malintencionado de éste, de pronto se sorprende a sí mismo -ante la gozosa y despreciativa sonrisa de su fiscal- afirmando que el mal, el pecado y el mismísimo demonio forman parte del designio divino, lo cual causa estupor entre los jueces, no pocos de los cuales tienen atornillada en el cerebro una teología de

párvulos y una ingenuidad de maestrillos de escuela. COMO es lógico, el Consejo empieza a inclinarse del lado de Calvino y se hace oídos sordos ante la argumentación profunda pero injuriosa, erudita pero altanera, de este aragonés que arremete contra el líder espiritual de los reformadores.

En este momento, Calvino podría haberse desentendido de Serveto y conservar las manos limpias de su sangre, ya que, apenas iniciado el proceso de su enemigo, llegó a Ginebra un emisario de la justicia y de la Inquisición galas para demandar la entrega del español fugitivo. Esto seguramente le habría ayudado a su renombre y su prestigio históricos; pero razones políticas -de reafirmación de su autoridad- y un odio en constante pie de guerra, lo condujeron a denegar tal devolución.

Algunos enemigos de Calvino -Perrin, Berthelier y otros- defienden a Serveto; pero más por razones circunstanciales que, como vmd, por una manifestación franca a favor de la libertad de creencias y la tolerancia. En mi opinión -no sé cuál sea la de usted- estos políticos perjudican entonces seriamente a Serveto al enviarle subrepticios mensajes a la prisión animándolo a que oponga la más decidida resistencia ya que ellos desde afuera podrían...

Serveto, a todo, vive un estado de ánimo de incontenible furia, como respuesta al trato de refinada crueldad que se le da en la prisión: comido por las pulgas, los pies desnudos, los vestidos hechos jirones y sin ropa interior, las manos y los pies encadenados...Escribe por lo menos dos cartas suplicando por una mejoría en su situación. Pero entre los magistrados y el reo se halla un muro inconmovible -el propio Calvino- que no está dispuesto a caer en el "pecado" de la misericordia.

Enfurecido, y perdiendo todo sentido de realidad, Serveto exige del Consejo -como si fuera un órgano neutral e independiente- que, en lugar de juzgarle a él, debe hacerlo a Calvino; éste debe ser declarado culpable, condenado por heterodoxo, desterrado de la ciudad y privado de su hacienda, la cual debe adjudicársele al propio Serveto en compensación de la que él ha perdido por su culpa.

Los enemigos de Calvino intentan salvar a Serveto mediante un último recurso: recabar las opiniones de los otros sínodos reformadores suizos, como en el caso de Hieronimus Bolsec, que pudo de esa manera escapar de la muerte. Pero Calvino no se cruza de brazos. Envía a los directores espirituales de los

cuatro cantones -Zurich, Basilea, Berna y Schaffhausen- comunicado tras comunicado para atraerlos a sus puntos de vista y a sus nefandas intenciones. Su pasión, su pluma y el clima de intolerancia prevaleciente, tienen buen resultado: los sínodos de toda Suiza declaran unánimemente que las opiniones de Michael Servetus no sólo son erróneas sino a todas luces pecaminosas y blasfematorias. Es cierto que no aprueban expresamente la incineración de mi hermano. Algún escrúpulo debe de haber rondado por las circunvoluciones de su materia gris. Pero la mayor parte de ellos decide, dada la segura autoridad de Calvino en cuestiones de teología y de moral, dejar en sus manos la decisión de qué hacer con tamaño hereje.

Perrin y otros republicanos piden inútilmente que se apele a la instancia suprema de la comunidad: el Consejo de los doscientos. Pero ya es tarde. La decisión está tomada. La punición será obra no sólo de Calvino y la Iglesia de Ginebra sino de todo el protestantismo suizo... Por último -y me salen las lágrimas al escribir esto- el 26 de octubre de 1553 es condenado mi hermano mayor, mi amigo, nuestro mártir, a ser quemado vivo al día siguiente en la plaza de Champel, a formar parte, ay, de

la legión de **espectros en la hoguera** creada por la intolerancia religiosa.

P.D. Estoy casi seguro de que usted sabe quién es Hieronimus Bolsec y hasta es posible que sea su conocido o su amigo. En el supuesto caso, sin embargo, de que no esté usted al tanto de quién es este personaje y qué ocurrió con él, quiero informarle lo siguiente: Hieronimus Bolsec es un médico ginebrino de gran fama que cuestionó públicamente la teoría de la predestinación de Calvino - como lo hizo asimismo Serveto. Encolerizado, como era propio en él, Calvino logró que lo encarcelaran. Pero muchos suizos conocían a este facultativo como hombre creyente y piadoso y de conducta irreprochable. Los magistrados, sabedores de la opinión pública, no se atrevieron a sentenciar a Bolsec, acusado de herejía por un Calvino que aún no poseía todas las riendas del poder entre los dedos. Para prescindir de tal resolución, las autoridades municipales -que conformaban el Consejo- se declararon incompetentes en cuestiones eclesiásticas. Un tanto perplejas, y a la busca de una decisión justa y sabia, optaron por solicitar un dictamen a las otras iglesias reformadas de Suiza. Los sínodos de Zurich, Berna y Basilea rechazaron tajantemente la acusación

de Calvino y Bolsec escapó milagrosamente de la ejecución.

12 de agosto de 1556.

CARTA IX

Señor Chatellion, mí muy estimado maestro y amigo:

Serveto cae en cuenta finalmente de que se halla en un callejón sin salida. Pierde de golpe la esperanza. Todo su porvenir se le viene al rostro con un olor a muerte. Cuando, con la hórrida presencia de un destino insoslayable y todo el dramático formalismo de la Inquisición resucitada, se da lectura frente a él a la condena de que será quemado vivo al día siguiente en la plaza de Champel de la ciudad ginebrina, lo invaden la depresión, la náusea y el temor seco, lastimoso y sin posible alivio del condenado a muerte. "¡Misericordia! ¡Misericordia!" son palabras **en castellano** que se entremezclan con un alarido que le nace de lo más profundo de su` aturdimiento. Ante ese gemido con que mi hermano Serveto demanda inútilmente conmiseración a los magistrados que dicen ser los restauradores' del verdadero espíritu cristiano, es necesario decir, con las elocuentes palabras de vmd en su libro contra el pastor victimario: "También tiembla el guerrero en presencia de la muerte, y este temor no

es de bestia. También suspiró Ezequías cuando se le vino a anunciar una muerte menos cruel que la que se destinaba a Serveto... Y Cristo mismo ¿no clamó desde el árbol de la cruz: '¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?'.".

Pero Serveto no se retracta. Lo han disminuido y cercenado. Le han quitado todo, sistemáticamente, menos el temor. Menos la angustia. Menos, desde luego, la dignidad. Lo han reducido hasta ser una piltrafa maloliente, una espectral caricatura de si propio. Pero no abandona sus creencias. Se abraza a su propia obstinación. No cede un milímetro.

La forma de ejecución más siniestra y dolorosa de las conocidas y perpetradas por el hombre es la elegida por los **crístianos** de Ginebra para acabar con la vida de Serveto. Pero antes hay que anunciarla y dar aviso a un ser humano de su próximo desgarramiento. En relación con ello, ha caído en mis manos una copia de la condena leída al prisionero antes de la ejecución. Quizás usted la conoce. Hela aquí: **"Te ordenamos, Michael Servato a ser conducido con cadenas a Champel y a ser quemado vivo, y contigo, tanto el manuscrito de tu obra como también los ejemplares impresos, hasta que tu cuerpo se consuma en cenizas; así debes**

terminar tus días para dar un ejemplo admonitorio a todos aquellos que desearan cometer un crimen análogo^'. Es entonces cuando Serveto, además de gritar ¡Misericordia!, como le dije, suplica que mejor lo decapiten "a fin de que el dolor excesivo no me lleve a la desesperación".

Serveto da a conocer que está dispuesto a recibir a Calvino en su mazmorra. Calvino acude. Los guardias oyen quejas, el rumor de una disputa y un larguísimo silencio. De esta entrevista sólo conocemos la dudosa versión que de ella nos brinda el verdugo. La de la víctima quizás nunca la sepamos...

Guillaume Farel, por entonces pastor de Neufchatel, había venido de Lausanne a Ginebra a apoyar la decisión de Calvino, su protegido de siempre. Decidido a intervenir en los acontecimientos, se desplaza al calabozo de Serveto e insta a éste a abjurar de su concepción antitrinitaria y obtener, con ello, una ejecución menos dolorosa. Ya para entonces, como puede advertirse, nadie habla de perdonar la vida del reo. Farel -sabedor de la demanda de mi hermano- lucha esforzadamente tan sólo por obtener una mudanza en el tipo de ejecución, a cambio de su arrepentimiento.

Pero Serveto -y en estos últimos momentos crece

moralmente como nunca- rechaza todo. No se retracta. No abjura. No se traiciona a si mismo. Es un hombre que está dispuesto a inmolarsse o, mejor, a que lo inmolen para gritar a los cuatro vientos de la historia la infrahumana intolerancia de las **religiones de la verdad.**

Lo desatan los alguaciles y lo sacan del calabozo. Se pone en marcha el cortejo, seguido de la muchedumbre. Para ir desde la prisión hasta Champel se tiene que atravesar la ciudad entera. El pueblo ve con horror y conmiseración el cuerpo alto, el rostro moreno y macilento y la barba canosa que se derrama hasta la cintura del hereje que camina lenta pero seguramente hacia la pira. Durante la caminata, Farel va al lado del reo. Procura persuadirlo. Echa mano de toda su elocuencia de viejo gula de rebaños. Serveto le responde digna y hasta altaneramente, que sufre un castigo injusto, que no se va a retractar; pero que ruega en ese instante a Dios que perdone a sus acusadores y victimarios. Farel se encoleriza, lo reconviene con pomposas y rudas expresiones, pero, controlándose, vuelve a su tono condescendiente y meloso. Serveto ya no dice nada. Cierra los ojos a la búsqueda de su Dios. En el lugar del holocausto, ante el poste de la hoguera, se arrodilla para decir su última plegaria.

Farel se vuelve a la muchedumbre que circunda la hoguera y grita: "Este hombre es muy instruido y quizás cree proceder rectamente. Pero ahora está en poder de Satanás y a cada uno de vosotros puede ocurrirnos otro tanto".

Intercambia una mirada con el verdugo y se inicia el auto de fe. ya la leña está amontonada en redor del mástil de la pira, ya se escucha el rápido e huidizo chirriar de las cadenas con que mi hermano será ceñido al poste, ya han sido atadas las manos de Serveto, pero, después de oír algo de los labios de éste, inaudible para todos los demás, se retira colérico.

Entre el cuerpo de Servato y la sogá que lo sujeta al palo, le introducen un ejemplar de su libro y, como burla, le ponen en la cabeza una guirnalda de laurel untada con azufre. El verdugo, acatando la orden, con la antorcha contagia de fuego a la leña. Pero es una leña húmeda y fría por el frescor matutino. Una leña que arde mal, se resiste y se asocia a un aire que, al volverse contra las tímidas señales del despertar del fuego, torna el suplicio en aterradoramente doloroso. Si la incineración dura varias horas, el indecible tormento de mi hermano se prolonga por una media hora interminable. Del cuerpo que se retuerce entre las

primeras llamas y los fuetazos de la humareda, sale este grito sobrehumano: "¡Infeliz de mi! ¿Por qué no acabo de morir? Las doscientas coronas de oro que me robasteis ¿no os bastaron para comprar leña necesaria para consumirme?".

Algunos, movidos por la piedad, y con los ojos llorosos, echan a las flamas ramiza seca para abreviar el martirio y ponerle un hasta aquí a las argucias de la leña húmeda, verde, fría que semejaba coludirse con la intolerancia y la bestialidad para llevar a cabo un castigo **ejemplarmente** monstruoso.

Horas después, en el poste sólo pendía una sombra, un espectro ennegrecido, un hato de basura, un ser que no conserva de su figura anterior sino una mueca: una abertura por donde, silenciosa, estallaba para siempre su denuncia.

Monsieur Chatellion: del ajusticiamiento de mi hermano, no sólo Calvino es responsable, lo es la Reforma entera, o casi. ¿Acaso el propio Melanchton no aprobó la decisión de los jueces ginebrinos? ¿No coincide usted con mi opinión? Si no es por vmd, que se ha levantado a favor de la tolerancia y en contra de todos estos **misioneros de la verdad**, fanáticos y enemigos de la libertad de pensamiento, y por muchos

otros que han manifestado enorme disgusto por lo acaecido, daría vergüenza llamarse europeo, cristiano, hombre.

Me comenta vmd que Calvino no estuvo presente en el auto de fe. ¡Claro que no! El se quedó en casa. A solas con su Dios, con las lobregueces de su fuero interno o con los retorcimientos de su conciencia. El trabajo vulgar y sucio se lo dejó a otros. El se encerró en casa tal vez para degustar las mieles que le dejó en la boca su **piadoso asesinato...**

5 de enero de 1557.

Capítulo VII

En que se habla de Sebastián Castalión, el gran adversario moral de Calvino.

No todos los reformadores aplaudieron el juicio y la ejecución de Servet. Hubo un número cada vez más importante de individuos que dejaron de satanizar a sus escrúpulos. Entre las voces que se irguieron, aceradas y denunciantes, contra ese crimen de Estado, se distinguieron las de David de Joris y de Sebastián Castalión.

Aunque la pugna abierta, irreconciliable y sin cuartel, entre el dictador picardo y Castalión no estalló francamente sino después del asesinato de la plaza de Champel, había entre ellos una vieja y constantemente renovada antipatía.

Castalión nació en 1515, seis años después de Calvino en Saint-Du-Fresne, Buget (frontera entre Francia, Suiza y Saboya). Su lengua materna era, por consiguiente, el francés. Muy joven todavía, no obstante, entró en un conocimiento especializado de diversas lenguas, ya que, en la Universidad de Lyon aprendió el italiano, el hebreo, el griego y el latín (que llegó a dominar de manera verdaderamente

magistral).

Una experiencia tenida en su juventud, marcó la vida de Castalión y determinó su pertenencia para siempre al partido de la tolerancia, la libertad de pensamiento y la lucha en pro e los derechos humanos fundamentales: cuando era estudiante, tras de asistir, como uno más entre los confundidos espectadores, a la quema de un hereje, se conmovió profundamente por la actitud de la Inquisición católica -que no podía ocultar la crueldad y la vesania de sus acciones con sus justificaciones dogmáticas y su palabrería hueca- y se sintió impresionado como nunca por la dignidad con que el reo caminó, con su paso de santo indoblegable, hacia la hoguera. Una de las causas que lo hicieron alejarse del catolicismo y decidirse por la Reforma (cuando contaba con veinticuatro años) fue, por consiguiente, la idea de que una religión del amor no podía jamás fundarse en la intolerancia, y la certidumbre de que a un tribunal de la conciencia **no le convenía nunca el epíteto de santo, sino más bien el de anticristiano o, incluso, de diabólico.** A inicios de 1540, en el mismo año en que tiene lugar el suplicio de los primeros mártires protestantes en Lyon, huye a la ciudad de Estrasburgo, donde Bucero desde 1520 parecía haber implantado un régimen de relativa tolerancia, el verdadero oxígeno de la

investigación y el pensamiento. Ahi leyó atenta y devotamente la **Institutio** de Calvino donde éste, perseguido también por la Inquisición, pide al rey de Francia (Francisco I) el imperio de la libertad de creencias y de palabra. En este momento no puede, pues, prescindir de admirar a Calvino y de sentirse y de proclamarse su discípulo. La cercanía de Castalión con la figura de Calvino era tal por aquel entonces que durante algunos días vive en un hospedaje organizado por la mujer de Calvino en la ciudad mencionada.

Farel ve con simpatía al entusiasta Castalión. Intuye en él a un hombre enérgico, diligente y estudioso. El tiempo parece discurrir a favor del joven religioso y polígrafo. En efecto, a propuesta de mismo Farel, y con la anuencia expresa de Calvino, se le nombra rector de la Universidad de Ginebra, se le asignan dos ayudantes y se le ubica como predicador en la iglesia ginebrina de Vandoeuvres. Ya como rector, Castalión dispone por fin del tiempo necesario para emprender una obra acariciada por él desde hacia años: una nueva traducción de la Biblia al latín y al francés. Un librero de Ginebra está dispuesto a dar a luz dichas obras y a empezar por editar la primera parte de la traducción al latín, en la que Castalión pretende renovar y precisar la famosa versión de San

Jerónimo. El editor requiere de la autorización del hombre fuerte de Ginebra, el cual, para sorpresa del librero y de Castalión, se niega a proporcionarla. ¿A qué atribuir tal negativa? Dos son, al parecer, las razones que empujan a Calvino a denegar el permiso de la publicación. La primera tiene que ver con la traducción francesa (aunque aún no se hablara de llevarla a imprenta). Calvino, en efecto, apoya una traducción que, bajo su propia vigilancia, había realizado uno de sus parientes y a la cual hizo acompañar de un prólogo. La segunda hace referencia a la traducción latina, en la cual Calvino cree hallar errores debidos a "cierta inconsistencia teológica" del novel traductor. Después de ciertas cavilaciones, Calvino está dispuesto finalmente a dar su venia para que la traducción latina salga a la luz, con la condición insoslayable de "meter mano" en el texto o de corregir palabras y pasajes que, a su entender, pueden modificar el sentido pristino de la santa escritura. Castalión era un hombre modesto. Pero la modestia no anula el orgullo y la seguridad en si mismo, como bajar los ojos no significa siempre arriar el ánimo. No rechaza, desde luego, aceptar observaciones de Calvino en cuestiones de detalle. ¿Cómo va a desconocer la autoridad, la sapiencia teológica y la erudición eclesiástica del líder moral de los ginebrinos! Pero no puede aceptar la orientación

general que desea imponer éste a su traducción. Y por vez primera entran en contradicción el dictador evangélico y su futuro crítico...

La posición económica de Castalión deja mucho que desear. El sueldo que percibe apenas le alcanza para una sobrevivencia difícil y mediocre de él y su familia. Las estrecheces pecuniarias se le convierten en regla de vida. Hay una manera de salir de ellas: amordazar la "soberbia" y dar el brazo de sus convicciones a torcer. Pero Castalión no está hecho de esa pasta. Es uno de esos hombres que, si las circunstancias lo exigen, sabe soltar un **¡no!** aunque, al decir tal cosa, sea descalabrado por un trozo de firmamento que se le viene encima. Dados los escasos ingresos provenientes de su cargo, fundamentalmente honorífico, solicita al municipio el 15 de diciembre de 1543 que se le designe **predicador de la palabra divina**. El gobierno de la ciudad tiene tan buena opinión del joven teólogo, que no sólo accede a su petición, sino que lo designa como miembro del Consistorio.

Estos nombramientos son extendidos, no obstante, sin consultar a Calvino, el cual se molesta y enfurece con dichas disposiciones, sobre todo porque se halla convencido de que el Consistorio no debe comprender personas de opiniones dudosas y confusas o, lo que

tanto vale, de criterio independiente.

Inmediatamente después de que Castalión se entera, por Farel y otros pastores, de que Calvino se opone resueltamente a su designación, de modo inesperado e inusual, le exige al teólogo picardo que haga públicas las razones por **las** cuales cree que el cargo de pastor debe rehusársele. Calvino se ve obligado a pronunciarse. Y argumenta entonces que Castalión difiere de su propia interpretación bíblica -a la que considera como la hermenéutica veraz y definitiva de los reformadores- en dos cuestiones señaladas: una tiene que ver con el Cantar de los Cantares -del cual afirma Castalión que no se trata de un lirismo religioso o simbólico-religioso, sino de una poesía franca y decididamente erótica, sensual y chorreante de vida¹⁷- y otra se relaciona con el significado real del supuesto descendimiento de Cristo a los infiernos antes de la resurrección.

El Consejo quiere ser justo. E intenta convencer a Calvino y a Castalión de que realicen una controversia en público, que no sólo conllevaría un enriquecimiento doctrinario, sino que podría coadyuvar a que los feligreses afianzaran y precisaran sus creencias. Como es de esperarse, nuestro Castalión está dispuesto a

¹⁷ como lo evidencia, entre otros versos, esta metáfora famosa: "Tus dos pechos, como gemelos de gacela, que se apacientan entre lirios" 4,5

intervenir en dicho intercambio de pareceres, Calvino, con el orgullo de la cumbre, está lejos de desear dirimir este tipo de cuestiones frente a todos y al aire libre. En lugar, entonces, de hallarse dispuesto a intervenir en la disputa, larga, enfurecido, la siguiente exigencia: que Castalión modifique de plano y desde ya su pensamiento, en el entendido de que, si continúa, como hasta ahora, prestándole una confianza ilimitada a su flaco y endeble juicio, ello puede acarrearle muchas y muy desagradables sorpresas. Castalión no cede. Sabe, desde luego, que si no se subordina a Calvino en los dos puntos mencionados de la controversia teológica, pierde su lucrativa plaza en el Consistorio. Pero Castalión no puede nunca traicionarse. No consiente en convertirse en guiñapo a cambio de unas monedas de plata. La contraposición de caracteres de estos dos personajes no puede ser mayor: uno es soberbio, intolerante e impositivo. La necesidad de escalar el poder y, ya implantada en éste, de protegerlo, consolidarlo y expandirlo, nos habla de un espíritu en el fondo apocado e inseguro que, en una sobrecompensación psíquica, necesita presentarse ante los demás, en y por el ejercicio del poder, como un sabio de excepción, identificado con la verdad absoluta, todopoderoso, dueño de los destinos de los demás. El otro es modesto, tranquilo, seguro **de sí**. No anhela el

poder, ni sueña con devenir el gula indiscutible y carismático de un pueblo. Es dueño de la cualidad más señera del verdadero sabio, virtud de pocos y actitud necesaria en el proceso cognoscitivo: la humildad, ese sentimiento derivado de la clara conciencia de la limitación y precariedad del conocimiento humano. Calvino escribe de Castalión lo siguiente: "Es un hombre que, en cuanto puedo juzgar por nuestras conversaciones, tiene tales ideas acerca de mí, que es difícil admitir que pueda jamás entre nosotros llegar a establecerse una unidad" y es que "a Sebastián se le ha puesto en la cabeza que tengo yo ansia de dominar". ¡Cómo no va a desagradarle a Calvino este joven teólogo que vuelve explícito y abierto, lo que en él es implícito y cerrado, que, como un espejo veraz, le muestra la inconfesada imagen de su inconsciente! Por su parte, Castalión no huyó de la Inquisición católica de Francia, para postrarse a los pies de la autoridad del evangélico. La irreconciliable oposición de estos dos hombres tiene, pues, un carácter simbólico: no es sólo la antítesis entre la reforma ortodoxa y la reforma liberal, sino una de las luchas, de los capítulos, de las colisiones históricas entre la intolerancia y la libertad, la dictadura y el grito de rebeldía.

Castalión no puede morderse la lengua. En una

reunión de teólogos, pastores y maestros, tal cosa se hace evidente. Comentando un pasaje de las epístolas del Apóstol de los gentiles, Castalión siente la necesidad de combatir la intransigencia y los desplantes autoritarios de los sacerdotes evangélicos. Termina su perorata con las siguientes frases: "'Pablo era un siervo de Dios, pero nosotros nos servimos a nosotros mismos; era paciente, nosotros somos impacientes. Sufrió injusticia de los otros, pero nosotros perseguimos inocentes". La alocución es presentada en forma autocrítica, pero no cabe la menor duda de que lleva una dedicatoria. Calvino, presente en la reunión, guarda silencio. Echando mano de la astucia política de la que es maestro, medita en el arrojio de su adversario, mide las consecuencias de su posible reacción y piensa que no resulta oportuno oponérsele en ese momento y en ese sitio.

Poco después se lanza a la ofensiva. A Calvino no le cabe la menor duda de que contradecir a él en cuestiones de dogma y de interpretación evangélica es un delito contra la **república de Cristo** que se halla empellado en construir. Fundándose en esta descabellada y arrogante presunción, acusa a Castalión, no ante el **Consistorio** eclesiástico, sino ante el **Consejo civil**.

El Consejo se halla confuso. La buena opinión que

le merece el joven teólogo choca con la zoología fantástica de anatemas que sale de la boca de su caudillo espiritual. Por eso, su sentencia resulta ambigua, borrosa, indecisa. Castalión es amonestado (con la escasa severidad que permite la mala conciencia). Se le llama la atención, pero no se le condena ni siquiera se le despide. Únicamente se le suspende de su compromiso como pastor de Vandoeuvres. Pero su orgullo de varón cristiano monta guardia frente a todas y cada una de las piezas que conforman su dignidad, y no permite que nadie, en ninguna circunstancia, intente cambiar de sitio cualquiera de ellas. Como es lógico en un carácter así estructurado, Castalión renuncia a su puesto.

La resolución del joven rebelde lo arroja a donde tenía que arrojarlo: a la miseria, al círculo del infierno que se forma alrededor de una familia -mujer e hijos- que, a medida que pasa el tiempo, cae en cuenta de que el pan nuestro de todos los días no está asegurado, aunque se quiera trabajar, cuando alguien o algo quiere cobrar un **impuesto de dignidad** a un ciudadano de excepción. Durante algún tiempo, Castalión y su familia buscan y rebuscan inútilmente en el pajar del hambre la aguja de un desgano o un inapetencia. Pero tienen que seguir viviendo. Castalión sale entonces de Ginebra y cuenta a todo

mundo, a quien le preste atención, a quien tenga oídos para oír, que se vio en la necesidad de abandonar Ginebra a causa del carácter despótico, obcecado y enfermizo del "padre espiritual de la Reforma suiza". Calvino, nerviosa y precipitadamente, escribe misivas a diestra y siniestra a sus muchos amigos, cofrades y seguidores para ofrecerles una explicación de lo sucedido y quedar bien ante ellos. Calvino no puede soportar que alguien lo tache de déspota, amante del poder e intolerante. Nada hay que lo perturbe y lo enfurezca más, a él que quiere disfrazarse de modesto y alejado de todo interés personal por el poder, que se le desprendan las vestiduras y se muestre, en toda su desnudez, su carácter ambicioso, intolerante e infatuado. A medida que pasan los días, las cartas de Calvino se van convirtiendo en más acibaradas, coléricas y soeces. Injuria a Castalión, lo llama perro, le desea la muerte...¹⁸

Después de meses y meses, y ya instalado en Basilea, tras de muchos esfuerzos consigue Castalión el cargo de corrector de pruebas en la imprenta de dicha ciudad, logra emplearse como profesor privado y, por último, obtiene de la Universidad el nombramiento de lector de lengua

¹⁸ El gran Montaigne se conduele, por aquel entonces, de lo acaecido con Castalión y hace público **su** malestar.

griega¹⁹. Estos cargos, no obstante, vuelven a ser más honoríficos y agotadores que lucrativos. Razón por la cual, Castalión se ve precisado a labrar con sus propias manos la tierra de la pequeña casa que alquila en los alrededores de Basilea. Para redondear un presupuesto que le permita vivir decorosamente, se pasa incluso buena parte de la noche corrigiendo manuscritos, puliendo cartas ajenas y traduciendo diversos textos de diferentes idiomas. Además, en la medida en que sus fuerzas y el tiempo lo permiten, sigue trabajando en la obra de siempre: la traducción de la Biblia al latín y al francés.

La enemistad de estos hombres, agravada cada vez más, no ha llegado aún, sin embargo, al enfrentamiento final y decisivo. Podemos hablar de escaramuzas. Vocación de refriega. Pero la batalla definitiva se halla todavía en su proceso de incubación. Sólo cuando, en octubre de 1553, Calvino manda a la hoguera a Servet, y Castalión rasga la atmósfera con el rugido acusador que brota de lo más profundo de sus entrañas, estalla la guerra a muerte, enconada y sin cuartel, entre ambos personajes. La suerte está echada, y palabras como "reconciliación",

¹⁹ Conviene tener en cuenta que Basilea es la más acogedora y menos intolerante de las ciudades suizas de entonces. Ahí viven, transterrados, varios individuos que han logrado huir o que son víctimas de toda suerte de regímenes **dictatoriales**. Además de Castalión, allí se hallan Carlstadt, Bernardo Ochino y algunos anabaptistas como David Jotis.

"marcha atrás", "avenencia" son borradas del vocabulario de los guerreros.

Capítulo VIII

Que sigue al anterior y se halla salpicado de algunas reflexiones.

Pasa el tiempo, y no hay manera de acallar, en Suiza y otras partes del mundo protestante, el descontento por la sentencia y la ejecución en el palo del martirio de Champel. Los eclesiásticos del cantón de Vaud reprueban, horrorizados, el proceso. Aquí y allá, en la taberna, el púlpito, la escuela o la plaza, se oyen voces que no pueden controlar ni su volumen ni la indignación. En Ginebra misma las autoridades se ven en la necesidad de arrojar al calabozo a algunos ciudadanos que desapruban pública y ruidosamente la ejecución promovida por un Consistorio que se les aparece como gemelo de la odiada y repugnante Inquisición.

Calvino aprecia las circunstancias. Reflexiona un tanto y decide defenderse teóricamente. Redacta entonces su **Defensa de la legítima fe y de la Trinidad contra los espantosos horrores de Servet**. La mala conciencia del picardo, su truhanería teológica -si queremos llamarla así- lo llevan a engendrar, no una obra eclesiástica de consideración, sino un libelo plagado de sofisterías y de pobre e insustanciosa

argumentación. Este opúsculo, sin embargo, tiene una significación histórica especial porque conlleva el intento -secundado después por otras obras- de proporcionar el fundamento teórico-teológico para legitimar la intolerancia y la represión en sus aspectos más extremos dentro de la Reforma. La pretensión de Calvino parece prosperar. La Edad Media cree que ha llegado el momento de su resurrección. Los espíritus más conservadores y fanáticos de la Reforma están de plácemes. Pero de pronto rompe el silencio la indignada voz de Sebastián Castalión, el indomable, el fiero luchador en pro de la tolerancia, el gladiador eterno a quien no logra atemorizar ni silenciar el espadón de la teocracia, aunque en ello le pueda ir la vida.

Castalión ha terminado su libro en favor de la tolerancia. Necesita publicarlo a la mayor brevedad posible. Lo demandan los tiempos. El silencio puede devenir infamia y complicidad. No puede editarlo, desde luego, con su nombre. Querría hacerlo. Arrojar al rostro del tirano su libertad, independencia y valentía. Pero su esposa, sus familiares y sus amigos lo convencen de que tal enmascaramiento no es cobardía ni claudicación, sino repliegue necesario para continuar con vida, permitir el trabajo de una lengua sin amarras y dejar que actúe libremente la

"cápsula de pólvora" de su pluma. Escoge entonces un seudónimo: Martinus Bellius, y finge que el lugar de la impresión del opúsculo, fechado en 1554, es Magdeburgo en lugar de Basilea²⁰. En el libro de Castalión se recogen citas y sentencias de algunos de los más conspicuos representantes de la patrística como son San Agustín, San Juan Crisóstomo (Boca de oro) y San Jerónimo. Se incorporan al texto, asimismo, pronunciamientos liberales de las grandes figuras del protestantismo como Martin Lutero y Sebastián Frank. Como es lógico, no faltan observaciones, penetrantes y agudas, de Erasmo de Rotterdam. En todo esto salta a la vista que Castalión busca y encuentra testimonios elocuentes e incuestionables que asientan, sin dar lugar a subterfugios e interpretaciones dolosas, que es inadmisibles la pena de muerte contra el hereje. Parte memorable del texto, es que Castalión cita a Calvino contra Calvino. En efecto, y como ya hemos tenido la oportunidad de decirlo, cuando éste era perseguido por la Inquisición romana, se oponía resuelta y animosamente a la pena de muerte del hereje y hasta juzgaba anticristiano recurrir a tan inhumano procedimiento.

²⁰ El título de la obra es **De si los herejes han de ser perseguidos y de cómo se debe proceder con ellos, probado con sentencias de muchos autores, tanto antiguos como modernos.**

Muy pronto cae en manos de Calvino y sus discípulos un ejemplar de **De Haereticis**. Lo leen, con el hígado enfermo y la mirada biliosa, de una sentada. Les quema las manos. Pero la curiosidad, con los carrillos inflados, envía su fresco aliento para enfriarlas. Calvino se retuerce el ánimo y envía abruptamente al anónimo autor del escrito a la galería de sus odios personales, ahí junto al papa, el Santo Oficio, Miguel Servet y los anabaptistas. Los calvinistas, indignados, hablan del nacimiento de una nueva herejía tan dañina y vituperable o más que la de los gnósticos, de los arrianos, de los templarios, de los fraticelli, de los patarinos, de los albigenses, de los valdianos o de los bogomilas: el **bellianismo**, cuyo nombre se deriva, como puede sospecharse, del autor fingido que encabeza la diatriba contra la intolerancia de los ginebrinos. Apenas llega en su lectura al punto final del escrito, Calvino quiere una pronta y devastadora respuesta. "La última palabra no la puede tener el demonio", dice enfurecido, y medita durante algunos días cómo y quién debe ser el encargado de llevar a cabo la indispensable y urgentísima obligación de contestar a esa disoluta apología del libertinaje intelectual. Como es su constumbre, sin embargo, Calvino no quiere dar la cara. Desea ocultarse entre bambalinas. Empuja, por eso, a Theodor Beze -su más

cercano y entrañable discípulo- a que tome en sus manos el análisis, desmenuzamiento y aniquilación de la nueva herejía "que se oculta detrás de la apariencia de una progresista y atrayente defensa de la tolerancia".

Beze, que será el sucesor de Calvino, está convencido de que el enemigo principal de la **religión de la verdad** es la manga ancha, el relajamiento de la disciplina de los ángeles que montan guardia en torno al **símbolo de la fe** que los obispos iluminados del concilio de Nicea proporcionaron a la cristiandad. A él se debe la siniestra frase **libertas conscientiae diabolicum dogma**²¹. Nadie más indicado para dar respuesta a Martinus Bellius que el **alter ego** de Calvino. Menos frío, menos calculador y más silvestre que su maestro, dirá cosas que su mentor, por cautela y experiencia política, no está dispuesto a pronunciar o a que salgan a flote en el tintero. La finalidad fundamental de la respuesta de Beze -esto es, de Calvino- a Bellius (es decir a Castalión) es la amenaza de que al bellianismo no le espera otro porvenir que la hoguera. ¡Siempre la hoguera! ¡Siempre el "argumento" bestial de la represión y el aplastamiento!

²¹ La libertad de la conciencia es un dogma satánico.

A raíz de proceso y ejecución de Servet, se propagaron, como reguero de pólvora, las protestas extranjeras contra un protestantismo que se definía como dictatorial y represivo. La voces de reprobación se oyeron sobre todo en Francia e Italia. Calvino toma nota de estas críticas, y decide finalmente dar a luz un texto justificatorio personal para explicar sus puntos de vista y sus motivaciones.

Pero a Castalión le duele permanecer en la oscuridad. Ya no soporta arrojar la piedra desde el anonimato. Decide quitarse la máscara, arrojar a la basura su seudónimo y participar en la lisa levantando un puño que no yergue veladas las huellas dactilares de su identidad. Da la cara, pues. Y entra a una guerra franca y sin ocultamientos. Escribe a vuela pluma **Contra libellum Calvinii**, uno de los escritos polémicos más brillantes y temerarios, más incisivos y memorables de la época.

Castalión no niega la existencia de la herejía. No quiere subestimar su importancia y está convencido de la necesidad de salvaguardar los principios fundamentales inherentes a un credo. Pero piensa que al hereje no hay que intimidarlo, torturarlo y quitarle la existencia, sino sólo excomulgarlo. A Castalión se debe esta frase imperecedera y muchas

veces reproducida: "Matar a un hombre no es nunca defender una doctrina, sino matar a un hombre. Cuando los ginebrinos ejecutaron a Servet no defendieron ninguna teoría, sino que sacrificaron a un hombre; pero no proclama uno *sus* creencias quemando a los otros hombres, sino sólo dejándose quemar uno mismo por ellas".

El brillante, corrosivo y elocuente escrito polémico de Castalión no produce el efecto deseado, o la repercusión que podía esperarse de él, por la sencilla razón de que no halla editor. **Contra libellum Calvinii** no llega a la imprenta porque la censura, dotada del don de ubicuidad, no permite su publicación. Calvino está al tanto, en efecto, de la existencia del opúsculo en su contra y de que el autor es su adversario de siempre. Pone todo su prestigio en juego. Presiona y amenaza a Basilea, hasta que esta última, sumisa, decide impedir la publicación de la obra. Pasará un siglo para que este escrito fundamental vea la luz. Qué ironía. A Calvino, que perpetró con Servet un crimen de lesa humanidad, se le permite dar a luz cuanto escrito justificatorio salga de su cacumen; pero a Castalión, que protesta severa y dignamente en nombre de los derechos humanos, se le prohíbe hacerlo y se entierran nerviosamente sus palabras en la lápida del silencio.

Durante todo 1555 y 1556 Castalión se ve en la necesidad de enmudecer nuevamente. Como sigue resultando un peligro para la teocracia, Calvino y sus pastores le preparan una celada. Uno de los colegas de Castalión en la Universidad de Basilea, le envía una amable invitación, como si se tratara de un asunto meramente académico, para que exponga en público sus opiniones sobre el dilema **predestinación** o **libre arbitrio**. Castalión acepta inicialmente; pero pronto cae en cuenta de lo que se está tramando a sus espaldas y renuncia sin más. Calvino, furioso, ve fracasar su doloso intento. Como Castalión no se deja provocar a la discusión, se le acosa. Se le calumnia. Se le hace responsable de toda clase de escritos anónimos. Cuando, se estrecha y agudiza el acoso, de modo inesperado Philipp Melanchton, el amigo y continuador de Lutero, cierra filas al lado, no de Calvino, sino de Castalión y le dirige una carta -que es conocida y comentada por muchas personas- en que apoya al adversario moral del dictador ginebrino.

Calvino se enardece. La carta protectora, salida de una pluma tan prestigiada, lo saca de quicio. No sólo representa una defensa y hasta un aval doctrinario de su enemigo, sino que eleva la significación de Castalión ante la opinión europea. En estas condiciones,

Calvino cambia de estrategia: abandona el anonimato y la invisibilidad, para dar personalmente la lucha contra su crítico.

Busca un pretexto para lanzarse contra Castalión.

Y lo halla sin dificultad. Sus espías y mercenarios encuentran en manos de un mercader un libelo anticalvinista ramplón e indecente. Calvino, sin el menor fundamento, le asigna la paternidad del escrito a su antagonista y, con ello, la ideación de frases y conceptos tan descabellados como blasfematorios. Contra el folleto anónimo, atribuido sin más ni más a Castalión, escribe Calvino, más colérico que nunca, su **Calumniae nebulosas cujuadam**²². Consigue, sin embargo, el efecto opuesto al que busca, porque, por una parte, el consejo de la Universidad de Basilea, impresionado por la mañosa y mezquina campaña contra una de las personalidades más respetadas de su personal docente, revoca la prohibición de escribir que pesa sobre él, y, por otra, el Senado de la ciudad, en franca rebelión contra el tirano de Ginebra, concede a Castalión un permiso expreso para dar una respuesta pública.

Calvino busca agarrarse de lo que sea: cualquier infundio sobre Castalión es bienvenido y acreditado como verdadero por él. Ahí está, por ejemplo, el rumor

²² **Calumnias de un miserable.**

de que ¡Castalión se ha dedicado a robar leña! Castalión no puede menos que reírse de su impugnador. Y, en franca alusión a la teoría calvinista de la predestinación, sometida por él a rigurosa crítica, le dice a su rival: "si robo arrastrado por una fuerza coactiva, si robo a consecuencia de una divina predestinación, entonces tienes que declararme absuelto".

¿De dónde provenía el cuento del robo de la leña? ¿Tenía algún fundamento? Las cosas ocurrieron de la siguiente forma: Castalión, como muchos otros, se había dado a la pesca de trozos de madera que, cual vencidos lagartos, se veían impelidos por la corriente, en una riada del Rhin. Esto, desde luego, no es de ningún modo algo algo ilegal, si se tiene presente que la madera suelta en un río no se considera propiedad de nadie. 'Esa acción, además, fue solicitada expresamente por la municipalidad debido a que esos troncos amenazaban a puentes, embarcaciones y personas.

Calvino reflexiona. Sus ataques a Castalión deben seguir un curso distinto. Acusar a su rival de delitos del orden común resulta ineficaz y contraproducente. Su combate debe constreñirse a ser en un solo frente: el teológico. No conviene, por otro lado, que Calvino continúe dando la cara y permitir que su nombre, sacralizado por el poder, sea traído y

llevado por todo mundo. El debe pasar nuevamente a un discreto segundo plano. Animado por esta reflexión, impulsa a Theodor de Beze a jugar otra vez el rol de crítico del teólogo heresiarca que vive en Basilea protegido por la Universidad y el gobierno de ese cantón. Beze se especializa en la provocación. Se deleita en poner al servicio del fanatismo su carácter vulgar, su discurso soez y su chapucería teológica. En el año de 1558 se publica la edición oficial de la Biblia. Beze aprovecha esta circunstancia para lanzar, en el prólogo a tal obra, un maligno y malintencionado ataque contra Castalión, en que, entre otras cosas, le llama el "elegido de Satán". Castalión, que ha decidido no volver a tener tratos con el silencio, contesta rápidamente. Impulsado por la carta protectora de Melanchton y por un Consejo Universitario favorable a la tolerancia, responde a Beze. Pero, como sabe que detrás de él está Calvino, se dirige directamente a la voz del amo.

Castalión da a luz, además, un nuevo libro: **Conseil á la France désolée.** ,En este escrito sostiene la tesis de que la intolerancia no sólo es un crimen contra la libertad de la conciencia y la investigación, sino que conduce irremisiblemente al enfrentamiento y a la guerra. Sin justificar ni con mucho a los católicos, hace notar que el furor

calvinista lleva a los hugonotes -impulsados por los ginebrinos- a empuñar las armas. A decir verdad, Castalión atisba **la noche de San Bartolomé** y, subrayando la necesidad de la tolerancia y de la libertad **de** creencias religiosas, se anticipa al Edicto de Nantes. Todo hace pensar, en ese momento, que la muerte de Servet fue inútil. Es cierto que destrozó a un hombre. Pero también dio pie a que otro -Sebastián Castalión- denunciara lo irracional, caduco e inhumano que implicaba dicho procedimiento. Al parecer, en el palo de la tortura de Champel, de manera paradójica e imprevista, también se había chamuscado un tanto la intolerancia...

Capítulo IX

Donde se termina la historia de Castalión.

El libro de Castalión sobre Francia irrita como nunca a Calvino y sus pastores incondicionales. Se diría un fuetazo de sal sobre la carne viva. El sínodo general de la Reforma, bajo la influencia y la presión de Calvino, lanza un dictamen inapelable: se trata de un libro "muy peligroso y ha de prevenirse a todo posible lector en su contra".

De nuevo se le encomienda a Beze la tarea de responder. Y al igual que en los casos anteriores, el intercambio de ideas de estos dos personajes muestra el mismo desnivel: Castalión habla por sí mismo, Beze lo hace tácitamente en nombre de su maestro; Castalión argumenta, Beze insulta; Castalión denuncia, Beze persigue. Los odios de Calvino -disfrazados de una fría defensa de las "verdades cristianas"- suben de punto y viven el estado de ánimo de un perro de caza que no puede degustar entre sus dientes a su víctima. Poco a poco llega al convencimiento de que el porvenir del "elegido de Satán" no puede ni debe ser otro que el de Servet...

Calvino necesita que alguien denuncie a Castalión. No le cuesta trabajo dar con un tipejo que se preste a esa farsa. Se trata, en efecto, de un tal Adam von Bodenstein, el cual, siguiendo puntualmente las instrucciones de Calvino, acusa formalmente a Castalión ante las autoridades y los pastores de Basilea de sostener tesis heterodoxas y de ir contra los cantones calvinistas de Suiza. Pero de nuevo los acontecimientos no discurren sintonizados a los deseos de Calvino: Castalión demuestra con la mano en la cintura, ante el Senado, que su denunciante Bodenstein no es sino un testaferro de Calvino, su enemigo de siempre. Y acepta ser procesado con una sola condición: que Calvino y Beze se presenten como acusadores directos, sin subterfugios ni disfraces, ante el tribunal. Calvino y Beze, como era de esperarse, rechazan dicha comparecencia.

En estas condiciones, todo hace pensar que la torpe denuncia de los ginebrinos no puede prosperar, y que las gestiones de Calvino van otra vez al fracaso. Pero tiene lugar entonces un incidente que de golpe viene a beneficiar, y de modo ostensible y peligrosísimo, al dictador picardo.

Los habitantes de Basilea descubren, por una serie de circunstancias que no viene al caso tratar en

este sitio, que Jean de Bruge, un hombre honrado, de conducta ejemplar, que ha vivido entre ellos y a quien han dado sepultura y colmado de honores, no era sino David Joris, el famoso heresiarca, favorable al anabaptismo, repudiado por los reformadores de toda Suiza. Al descubrir su identidad, se le procesa después de muerto, se exhuma su cadáver en proceso de descomposición y, para ejemplo de todos, se llevan a la horca sus restos malolientes y desfigurados. El problema para Castalión es que Jean de Bruge era uno de sus amigos más cercanos y todo hace pensar (y otro tanto hicieron los ginebrinos y los pastores de Basilea) que Sebastián sabía de quién se trataba y por qué había decidido cambiar de identidad e irse a vivir y morir a Basilea. Los espías de Calvino y los pastores de Basilea -que empiezan a dudar de Castalión- descubren, además, la amistad de éste con otro hereje: Bernardo Ochino. Descubrimiento que, como el anterior, perjudica sobremanera a Sebastián porque hace pensar a muchos que Castalión no es alguien que desinteresadamente pugna por la tolerancia, sino un heterodoxo que -en compelia de otros- pretende socavar las instituciones eclesiásticas de la Reforma. Ahora las acusaciones contra Castalión parecen verosímiles y bien fundadas, como lo "demuestra" la amistad con David Joris²³ y con Bernardo Ochino -a

²³de quien, entre otros muchos agravios, Calvino no podía olvidar que fue uno de

quien se acusaba de sostener múltiples desviaciones en su obra **Treinta Diálogos** y que murió de cansancio en una de las veredas extraviadas de Suiza, perseguido por la iglesia reformada.

Por todo esto, y desde antes de que se inicie el proceso, Castalión está perdido. Y su poderoso adversario se halla en vísperas de cantar victoria y de proclamar ante los cuatro vientos de su época, que el "elegido del Demonio" ha sido por fin arrestado, sometido a proceso y castigado como Dios manda. Pero Calvino no contaba con que el destino, la Divina Providencia, la predestinación natural o simplemente una disfunción de la naturaleza, viniese en ayuda de Sebastián. En efecto, el 29 de diciembre de 1563, Castalión que, en el tráfago de la vida y al calor de una afición intelectual plena de luchas y sinsabores, ha ido perdiendo poco a poco la salud, deja abruptamente la existencia. La muerte lo salva, pues, de ser matado. El fallecimiento le permite burlarse de la hoguera que ya le estaban preparando sus enemigos. Su corazón, fatigado, se niega a esperar a que la historia lo convierta en mártir...

los que elevaron su enfurecida voz para protestar por la ejecución de Servet!

Capitulo X

En que, a manera de coda musical, se habla del tiempo y de la historia y se hacen ciertas reflexiones

Por obra y gracia del tiempo, cada instante le pisa los talones de Aquiles al siguiente. No cabe la menor duda de que en el principio era el Verbo; pero el Verbo en un estado de ánimo especial: como gerundio. El gerundio se ubica entre el pretérito y el futuro como el pecado entre la excitación y el remordimiento. Es el pan nuestro, desmoronándose, de cada día. Es un pastor que lleva su majada de segundos desde quién sabe dónde, hasta quién sabe qué. El gerundio es el algebra del tiempo, la barquichuela, en perpetua transformación de si misma, que navega por el río sin anclas del efesio.

En el elenco de todo gerundio, el personaje principal es la muerte. Muerte y tiempo serían sinónimos si no existiese la vida, es decir, el embarcadero de donde zarpan los gerundios a toda vela a hacer la travesía por sus respectivos charcos de lágrimas. La muerte, o mejor, las muertes son las cuentas que va ensartando el tiempo en su peregrinar por sí mismo. A decir verdad, la teoría de a

reencarnación le viene al **presente** como anillo al dedo. Si el tiempo es algo, no lo es ni el futuro ni el pasado: sólo en lo actual se puede erguir en hombros el infinitivo del verbo ser. Pero el borde del ahora -ahí donde se levanta su frontera con el participio pasado- se devela como el despeñadero de todo lo que existe. Por eso el hoy es la incubadora de la ausencia o el inicio del morral de fantasmas que cargamos en la espalda. Todo lo que tiene que ser lleva (reloj mediante) hasta el **ahora**, que no es en realidad sino la sala de espera de su dejar de ser. No hay excepciones. Hasta los gusanos que gozan en su presente de un festín de carroña -que en su pasado fue carne, litoral de belleza- traen dentro de sí, invisible todavía, un minúsculo cadáver, que nacerá a su muerte y servirá de alimento a otros animales más minúsculos. No hay excepciones.

Ciertamente que lo perpetuo, el cronómetro de nunca acabar, puede definirse como una isla atemporal sin futuro y sin pasado o como un ahora que se encarama a la palabra **siempre** para buscar, desde ahí, cómo todas los entes y criaturas forzosamente dan de pies a boca con su último suspiro...

Nada hay eterno: nadie posee, frente a las constancias de nacimiento o de defunción, un **acta de**

eternidad. La eternidad es el superlativo de lo imposible o, si se prefiere, la idealización de la nada, salvo que nos emellemos en llamar eterna a la fábrica de difuntos en serie que es la materia en movimiento o salvo que queramos guardar, como todo buen dialéctico, la paradoja "todo cambia menos el cambio" debajo de la almohada.

Sin embargo, hay un rincón en el universo donde el tiempo y, con el tiempo, la muerte no puede hacer de las suyas: la memoria. La memoria es, cantémoslo, la coagulación del tiempo. Su inconmensurable valía se funda en que tiene la sapiencia de darle respiración artificial a lo desaparecido: resucita muertos, reconstruye situaciones, escamotea olvidos. Memoria y tiempo luchan a brazo partido. El reloj se propone siempre ponerle trampas al aliento, urdir estertores, redactar epitafios. Pero la memoria tiene la función, de enmendarle la plana, corregir sus entuertos, dulcificar sus agravios. Que el tiempo destruye un abrazo, agusana una sonrisa, arroja a la fosa común carretadas de besos, la memoria exhuma la belleza, arregla la cama y reactualiza el orgasmo. La memoria es la goma de borrar del tiempo. Si no destruye la muerte, por lo menos atempera su tiranía y crea florecillas y renuevos en los campos de matanza. ¡Loada sea, pues, la memoria! ¡Benditos los recuerdos! porque logran que,

desde aquí, desde la psique, el pretérito sea reabsorbido por el presente, y no hay pompas fúnebres, ni paletadas de tierra, ni ataúdes graníticos, ni polvaredas de lustros detrás de nosotros que no sean destruidos por el relampaguear de un recuerdo.

Pero si el tiempo, si la muerte, tienen como enemiga la memoria, la memoria sufre como adversario el olvido. Ay, el olvido. Le gusta hacer pactos y más pactos con la muerte a espaldas del recuerdo. Cuando la muerte se nos olvida, se nos deshace entre los dedos, muere por partida doble. El triunfo verdadero de la muerte no es sólo colocar en la muñeca del brazo las ruinas del pulso, cubrir las fosas nasales de telarañas o hacer que un antiquísimo libro no sea sino polvo encuadrado, sino cuando, en complicidad con la amnesia, clausura los ojos de la nuca y convierte el pretérito en un definitivo, inexorable camposanto. Nuestra madre, nuestra tía, nuestro abuelo no mueren en verdad en el día en que su corazón da de sí, y se muerde los latidos, sino cuando arrojamos paletadas de limo sobre el recuerdo.

En veces olvidamos, porque **no nos gusta** convivir con un erizo, porque la carne viva también sufre al contacto de un espectro. Entonces sobrevive el olvido

intencional, la criptomnesia, las neuronas en el pozo. Recuerdos de dolor insoportable se sepultan en el sótano, en la galería de trebejos y olvidos de una casa: muñecas rotas, cartas amarillentas, vestidos de novia apolillados. Algunos de ellos lanzan alaridos, no pueden proseguir aguantando la respiración, nos guiñan el ojo o dan de plano manotazos para salir a la intemperie. Pero otros cierran los párpados para empezar a desmoronarse.

Hay otra forma peor de perder la memoria. Cuando los años, cuando la fatiga. La memoria, este arrojar puñados y puñados de cerebro hacia la espalda, se nos va evanesciendo lentamente. No sólo tenemos lágrimas, huecos, borrones sin cuenta nueva, sino una retentiva cada vez más deshilachada e inservible. La rememoración recibe tarascadas o zarpazos del olvido. Extravía un rostro. Se le evapora una palabra. Por los hoyos negros de la mente se le cuelan besos, conversaciones, circunstancias, meses enteros, odios, fantasías. Comenzar a peinar olvidos y extraviar, por ejemplo, el nombre de una amante es el signo inicial, inconfundible, de que se empieza a envejecer.

La tercera edad no sólo se halla en vísperas de sentir, a la vuelta del último minuto, la asfixia definitiva que ennegrece para siempre las entrañas, sino

que, con su memoria tullida, temblorosa, vacilante, se halla dedicada al holocausto, al genocidio, a la matanza de tantos seres, proyectos, ensueños e infortunios que, diezmados por la acción implacable del pretérito, habían renacido -¡la nostalgia nos sirve para pescar espectros!- por obra y gracia de una memoria que, aunque intenta escamotear el designio del tiempo, también se desliza por los santos óleos del gerundio y no es sino una precaria y efimera caricatura de la eternidad.

A tijeretazos, la amnesia le cercena al tiempo una de sus dimensiones: el pasado. El amnésico es un hombre que mira de reojo el porvenir desde el presente. Pero que pierde la vista tan pronto vuelve los ojos a su rastro de huellas. La imaginación lo hace fabricar fantasmas prematuros, ideales a la mano, utopías que utilizan deseos por adobes: pero si tiene la desdicha de olvidarse, de no recordar que hay que echar a volar la imaginación y que es preciso jalar y jalar el hilo de la cometa del futuro hacia el presente, el **ahora** se le transforma en corpúsculo, coágulo sin tiempo, reloj sin manecillas. Sólo le falta el **olvido de al** para identificarse con la muerte.

¿Pero acaso no es el tiempo el **poder tras el trono** de la historia? ¿No es verdad que todo lo que palpita a espaldas del presente, se halla en el

inexorable proceso de descomposición de lo que **fue** en su día? ¿Qué se hizo el rey Don Juan? ¿Dónde está Carlomagno? ¿En algún lugar de Europa se escuchan los ecos en sordina de la cruzada de los niños? El "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado" se reduce hoy a ser un extraño crujido en medio de la nada? Los glaciares. El paleolítico. Troya. Moisés y su decálogo de dedos. Los fusiles cargados de Marsellesa. **Marx** y su círculo de puños estudiosos. Todo eso no sería, simplemente ya no, si la memoria no acarreará hacia acá, hacia el presente, lo ya esfumado o cadavérico, o lo que halla su sitio en el tiempo más morridor y espeluznante de la conjugación de los verbos que aluden al trayecto, a la cuna y al sepulcro, al hacerse de un básculo, al meditar en las leguas de un propósito o al calzarse un devenir cualquiera.

Malo que la memoria histórica sea adulterada. Que en vez de congregarse en el **ahora**, en la conciencia, en la materia gris la verdad huidiza - como la zorra que se oculta, muerta de miedo, en la falta de olfato del sabueso- se traigan los embustes, los prejuicios, las falsificaciones, las apariencias, las semiverdades, lo que -a pesar de su acta de nacimiento garantida por la mismísima evidencia- jamás de los jamases se implantó en la existencia ni fue

contemporánea de los acaecimientos que gozaron, en el **hic et nunc** de su momento, la tangible presencia de la carne.

REFLEXIONES IV

Al llegar a este punto, brota en la cabeza del autor -después de haber pergeñado los capítulos que el lector ha tenido la paciencia de leer- algunas preguntas dignas de tenerse en cuenta y que nos conducen a hacer ciertas reflexiones.

Si se recuerda el nombre de Konrad de Marburgo y su papel dentro de la Inquisición medieval, si no se olvida la vida y la muerte del sastre aragonés victimado por la Inquisición española, si se tiene en cuenta el tercer cisma dentro del cristianismo y cómo los reformadores, demandantes de tolerancia, se convirtieron en intolerantes tan pronto se hicieron del poder, si se rememora, por último, lo que la opinión pública ginebrina pensaba de Calvino, la materia de las nueve cartas que dirigiera Linguorio a Castalión y lo que con todo detalle escribimos de éste, surgen varios interrogantes: ¿Cómo se gestó este cristianismo que, en el siglo XVI, se divide de nueva cuenta? ¿Cómo es que todos los contendientes se dicen cristianos? ¿Por qué tanto la víctima como el verdugo hablan en nombre de Cristo y no cuestionan nunca su amor y su fe por El? ¿La aceptación del cristianismo por parte de millones de individuos se debe únicamente a la prédica de Jesús? ¿Es obra también o principalmente de los apóstoles en general y de Pablo de Tarso en

particular? ¿Podría haberse encumbrado y adquirido su carácter ecuménico sin la acción política de Constantino, sin el primer concilio de Nicea, sin la sistematización filosófica de San Agustín y sin la actividad espiritual y mundana de las órdenes religiosas?

Estas preguntas no son, o no son sólo, botones de muestra de una retórica que cuida su jardín con el mismo gesto con que un poeta cuida sus metáforas, sino que, entrañando cuestiones de vida o muerte, ser o no ser, materia o espíritu, son demandas imperiosas de respuesta.

Para hallarle contestación a tales preguntas, tal vez no haya otro camino que la historia. Pero penetrar en la historia es acceder a un laberinto donde no pocas veces el mismo hilo de Ariadna se marea, da traspiés, se siente enmarañado y se olvida de la entrada, porque la historia no es una disciplina que nos entregue, a un tronido de los dedos, la verdad por la que suspiramos, sino que también -hoy lo sabemos- ha sido durante milenios crucificada, muerta y sepultada. Y está por verse si en su interior se esconde, como oscura semilla, la gloria de la resurrección y el estruendo universal de su fanfarria.